

daniel moyano



EL OSCURO



daniel moyano
EL OSCURO

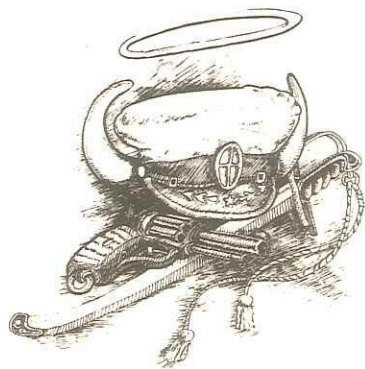
Los Nuestros 10
EDICIONES DEL SOL





Los
Nuestros





daniel moyano

EL OSCURO

Los Nuestros 10
EDICIONES DEL SOL
1994



Colección dirigida por Adolfo Colombres

Tapa: Oscar Díaz

Diseño gráfico: Ricardo Deambrosi

Ilustración de portada: Alina Cazes

© 1994

Ediciones del Sol

Wenceslao Villafañe 468

1160 BUENOS AIRES - ARGENTINA

Distribución exclusiva: Ediciones Colihue

Av. Díaz Vélez 5125

1405 - Buenos Aires - Argentina

I.S.B.N. 950-9413-53-4

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA



I

El coronel se miró al espejo y volvió a comprobar que su rostro se parecía cada día más al de su padre. “A medida que envejezco”, se dijo haciendo deslizar los dedos desde las sienes hasta las mejillas.

Él había fijado en su mente una imagen de sí mismo que no coincidía con los rostros sutilmente cambiantes que el espejo reflejaba a medida que pasaban los años. La imagen detenida en la memoria conservaba todavía algunos rasgos atribuidos a su madre, de remoto origen europeo. Ahora, en cambio, en el rostro vulnerado por la suma de los días, él no era el hombre que siempre había creído ser; los bigotes parecían proclamar una falsa ferocidad y le daban más bien una expresión implorante. Alguna prominencia en los pómulos, la forma de las cejas y algunos pliegues de la boca al pronunciar ciertas vocales, la manera de masticar y, sobre todo, la expresión de los ojos modificada por algunas arrugas, le devolvían la cara terrígena de su padre tocando el tambor en la banda policial de la ya olvidada ciudad de La Rioja.

Pero no le devolvían la cara del padre entonces joven tocando el tambor en la plaza, contemplada por el niño que había sido él cuando procuraba imitarlo con dos palitos arrancados a un árbol, golpeando sobre un tambor imaginario, sino una cara también detenida por él en su memoria, la

de un padre envejecido que lo seguía por todas las ciudades del país y que lo acosaba desde puertas y ventanas sin decidirse a entrar y decir concretamente qué quería. En la memoria, el que tocaba el tambor era un hombre viejo, con la misma actitud que tenía cuando lo acosaba. Y cuando lo acosaba, él creía verlo con su tambor colgando del cuello y los ojos inmovilizados en esa expresión implorante que ahora, en su propio rostro, tenía ante el espejo *simplemente para saludarte, hijo; iba pasando por aquí.*

Separó los dedos de las mejillas y se miró las manos. Nunca las había visto en un espejo. En ellas, también estaba presente su padre con los meñiques levemente torcidos y los nudos excesivamente grandes en los metacarpos evocando lejanos antepasados leñadores según un dedo nudoso de su padre, en un tren, en una mañana apenas probable, diciéndole “allá está Chepes, debe de haber algunos tíos tuyos por allá”. Chepes, ubicada en el extremo lejano que señalaba el dedo de su padre desde la ventanilla, era una aldea con grandes pilas de leña traída por hombres rudos desde el fondo del desierto, vista con ojos soñolientos a través de un vidrio y de un amanecer inciertos. De aquel viaje, la memoria sólo retenía la visión de ese instante; allí no estaba el rostro de su padre: apenas el dedo índice señalando hacia las pilas de leña. La memoria guardaba, en cambio, el final del viaje: una casa en medio del desierto, una galería donde sus tías —unas enormes mujeres enlutadas que nunca había visto— decían “acá está más fresco”, aunque el calor fuese intolerable para él en cualquier parte de la casa. Había un cántaro de barro cubierto con la tapa de una olla, y sobre ella un jarro desportillado. Bebió de allí con cierta repulsión con la mano izquierda para no poner la boca en el mismo lugar del jarro donde sus tías ponían, sin duda, sus labios relumbrantes. “¿Viste qué fresquita?”, se plegaban los labios de una de las tías en la misma forma geométrica que los de su padre cuando pronunciaba ciertas vocales. Su padre lo había llevado allí para que se despidiera de los parientes más próximos antes de partir e ingresar en un liceo militar, según el ofrecimiento de un tío apenas entrevisto que costearía los primeros cursos. El

recuerdo de aquel tío lo alivió un instante. Su rostro no se parecía ni al de su padre ni a los de las tías enlutadas, y se aproximaba, en cambio, al de la madre, aunque de ella no recordase casi nada. Giró la mano ante el espejo, mirándola, como si borrara así todo lo que acababa de pasar por su mente y tuvo otra vez la sensación de estar luchando contra algo desconocido e incontrolable. Apagó la luz y fue a su dormitorio, único lugar de la casa que todavía no era hostil a su sensibilidad.

Los otros lugares estaban relacionados con el acoso interno que sentía desde hacía mucho tiempo. Había descubierto que los objetos sobrevivían a los hechos y los veía como ruinas de la vida transcurrida. En un armario de la habitación de Margarita, su mujer, estaban las cartas pueriles donde él y ella, durante años, se comunicaron sus sentimientos; en otro, las cartas incesantes de su padre, algunas de ellas abiertas y padecidas y otras todavía sin abrir, amontonadas en un rincón para épocas de mayor sosiego, escritas por su padre en los años que iban desde el comienzo de su vejez hasta la parálisis que lo postró finalmente. Quizás en el mismo armario estuviesen los recortes (maldita costumbre de mi mujer de guardar todas las cosas) de los diarios con el frustrado golpe de estado que motivó su retiro del ejército. Y vaya a saber en qué lugar de la inmensa casa estaría el tambor recibido poco después de la muerte de su padre con la breve noticia enviada por doña Dora, su suegra: "Se lo envió porque ese fue el deseo de su padre en los últimos años".

Entró en el dormitorio y se paró en medio del cuarto sin saber qué hacer. Estaba por ir a la cocina para tomar un nuevo vaso de agua sabiendo que la repetición del hecho alteraría más sus nervios, cuando llegó por la ventana, con el aire nocturno, la risa de Olga. La risa era otra vez la noción de la precariedad y del enemigo invisible.

Olga trabajaba en su casa desde hacía varios años. Había sido siempre un ser gris y servicial separado de él por la fórmula "señor coronel" que ella utilizaba invariablemente para preguntar o responder. Pero desde la separación física con su mujer, acaecida el verano pasado, Olga se transformó,

alentada por una intimidad súbitamente surgida entre ella y Margarita, comenzó a reír con esa risa tan fuerte y destemplada que revelaba para él un aspecto desconocido de su personalidad. Las espiaba desde distintos lugares de la casa y veía que hablaban en voz baja, que reían juntas, que compartían secretos y misterios.

La risa de Olga venía desde las verjas metálicas que separaban al amplio jardín de la calle, también arbolada con pinos vetustos como los de la casa. Allí estaba ella con el hombre de la moto, que la visitaba casi todas las noches para vulnerarla debajo de su falda. Después aparecía ante él sirviéndole el té o la comida, esgrimiendo en su seriedad y en sus ropas castas la fingida dignidad de su sexo.

Menos mal lo de la risa, se dijo, porque después de todo detuvo su impulso de bajar otra vez automáticamente, sin tener sed, para tomar otro vaso de agua. Caminó entonces por la habitación como si caminar implicase ya una seguridad con respecto a la precariedad que significaba bajar a la cocina. Vio que las luces de los letreros de la esquina próxima se desparramaban por el piso y tomaban parte de la cama. La risa de Olga había cesado bruscamente. Sobre las frondas de los pinos se extendían otras luces que, enlazadas con las que morían en su propio lecho y en el piso de la habitación, formaban hacia el oeste el gran resplandor de la ciudad. En algún punto, debajo de ese resplandor gigantesco, estaría su mujer.

Se sentó en la cama y miró hacia un punto fijo del aire del cuarto, como si hubiese allí un espejo que le devolviera la imagen de su padre. Pero no había tal imagen. El espejo imaginario le decía que la risa oída no era de Olga sino de su mujer. El hombre de la moto era, sin duda alguna, "el otro" presentido.

Echó su cuerpo hacia atrás como si ahora huyese del espejo y luego se puso boca abajo, en la cama, pensando que de todos modos hubiera podido bajar por un vaso de agua para tomar la pastilla. ¿Cuántas había tomado hoy? Tres por día, hasta lograr el control de los síntomas, después usted mismo sabrá cuántas debe tomar; llegaba la voz del médico, pero mezclada a la reciente visión del lejano Chepes con sus pilas de leña.

Lo que el padre señalaba con el dedo índice no era aquella población, sino el frasco de las pastillas en lo alto de una pila de leña; pero al dedo índice del padre correspondía el rostro del médico que le habló paternalmente con un rostro cuidadosamente afeitado.

Después bastó mover la cabeza hacia el otro costado para borrar todas esas tonterías. Abrió los ojos y vio sobre los mosaicos del piso el ritmo de luz y de sombra de los letreros luminosos de la esquina inmediata. Una nueva carcajada de Olga llegó por la ventana, pero no la oyó cabalmente; se dijo que era una simple repetición. Cuando el letrero se apagaba, el piso tenía el color conocido, pero al encenderse tomaba una coloración azul.

Luego percibió, de algún modo, todo lo que estaba hacia atrás en el resto de la casa, en los armarios, en los rincones, como para impedir que la memoria se equivocara. Los recortes de diarios con los golpes de estado en los que de un modo o de otro había intervenido; la historia del estudiante muerto que había conmovido a su mujer hasta ser un factor más de desacuerdo con él; las cartas y el tambor del padre y tantas cosas más. Faltaba solamente la decisión para quemar todo aquello algún día, a fin de que sólo fuesen luego un simple dato de la memoria que puede perderse en cualquier momento e incluso ser modificado, porque todo aquello era la historia de la precariedad, del mal que lo había acosado durante toda su vida.

Cerró los ojos como para que los objetos desapareciesen, y supo, en una tortuosa divagación de datos y de objetos, que lo único verdaderamente bueno en su vida había sido el liceo. En esos años todo había sido bello y seguro. Pertenecía a un orden perfecto que jamás se alteraba. Las cosas se hacían en días y horas perfectamente establecidos y significaban salvación. Cuando saliera de allí, tendría un grado y entraría en otro orden superior todavía, más perfecto y congruente, según lo atisbaba. No habría pobreza ni limitaciones. Habrían quedado muy atrás las pilas de leña de Chepes, las tías enlutadas, el cántaro sucio, la banda de la policía con su padre tocando el tambor, y el mundo se le entregaría como una

inmensa Margarita de belleza indestructible. Sin embargo, lo que vino después del liceo fue también precariedad; de modo que los días en el establecimiento eran para él como una infancia dulce, irrecuperable. Comenzaron los hechos contradictorios del mundo, los hombres equivocados, la interminable ancianidad del padre y su posterior parálisis, los acosos del viejo, el cambio en Margarita a la que jamás hubiera considerado capaz de decir "lo que pasa es que siempre te consideraste perfecto; solamente vos eras el sabio; solamente vos tenías la razón y todos los demás estábamos equivocados". El mal no solamente lo había acosado a través de mucha de la gente que le tocó tratar, sino también a través de su padre indigno y luego de su propia mujer. Salvo los años del liceo, todo había sido para él precariedad y angustia del mal. El mundo era un inmenso caos lleno de contradicciones y de pobreza. La gente se burlaba de la moral y de las buenas costumbres y todo se precipitaba en un vacío desconocido donde moraban las fuerzas enemigas. Se dijo que el error había sido salir de su ciudad natal y emprender la aventura del bien. Debió tocar el tambor como su padre, con una ancha gorra en la cabeza; ignorar a Margarita, porque ella pertenecía a ese mundo precario regido por Mario, aquel tipo que fue su novio antes que él y que decía que en el mundo no había cosas ni malas ni buenas, sino simplemente cosas.

Todo lo conquistado al salir de aquella precariedad primordial era falso. Margarita había fingido siempre; nunca había pensado o sentido como él, porque bastó el desdichado episodio del estudiante para que se revelara y pensara que el mundo y la vida que habían elegido no eran verdaderos. Bastó el encuentro casual con Mario para que se transfigurase (lo había advertido en cierto temblor de su voz y en la mirada súbitamente viva) demostrándole así que él no había conquistado nada. "Porque mi mujer es una puta", iba a decir su mente, pero detuvo el pensamiento con un resto de respeto hacia ella y porque los informes del detective no aclaraban nada todavía.

Ya otra vez había detenido esa frase a punto de salir los pocos días de casados. Él asistía un tanto dolorido a la

paulatina destrucción de la castidad que tanto había amado en ella. Consideraba que la mujer era el sujeto pasivo que debía asistir a su sensualismo sin participar abiertamente de él. Le molestaba que Margarita se desnudase delante de él y que insistiese en hacer las cosas con la luz encendida. A él le gustaba verla desnuda, pero a hurtadillas; le gustaba espiarla en el baño, pero no quería mirarla en su desnudez y que ella también estuviese mirándolo. Le parecía una forma de prostitución.

Después se adaptó a esa pérdida, pero con el tiempo encontró una nueva forma de castidad o de inocencia en ella, que le restituía a la Margarita que lo esperaba los sábados en la pensión, sentada, con las rodillas bien cubiertas por el largo vestido, en el banco debajo de las madresevas. Era su manera de aceptar todo lo que él le decía, todo lo que él pensaba sobre el mundo y la vida.

Por la noche, después de la comida, mientras Margarita bordaba o tejía, él le contaba los sucesos del día para demostrarle una vez más que los hechos cotidianos en los que él participaba eran la justificación del modo de vivir que habían elegido. Margarita no se enteraba jamás de lo que ocurría en la ciudad, en el país o en el mundo sino por lo que Víctor le contaba. Y a ella solamente le interesaban porque él lo contaba, de otro modo jamás se hubiese enterado de esto y de aquello. Las cosas tenían importancia según pasasen o no por la órbita de Víctor. Ella demostraba siempre un gran interés, aunque no comprendiese ciertos procesos político-castrenses, y abría sus grandes ojos asombrados en un gesto de absoluta virginidad mientras la boca de él explicaba matices o razones profundas. A veces, para aumentar más aún el goce de la contemplación de la inocencia, él introducía algún elemento de duda. Ella alzaba entonces los ojos de su labor y se comunicaba íntimamente con él diciéndole asombrada y *cómo es eso*. Él daba una explicación preparada de antemano y le demostraba, otra vez, que se hallaba asistido por la razón, porque-la-moral-y-el-respeto-a-las-jerarquías, y todo lo demás.

Era hermosa, entonces, la concordancia de ellos con el

mundo, aislados en aquel dormitorio donde llegaban a esa hora los últimos rayos de los letreros de la esquina próxima, lejos de una humanidad equivocada, del cuerpo menudo de su padre y de toda precariedad. Desde el cuarto de la planta alta donde él se había aislado hacía algunos meses, no había posibilidades visuales de dominar toda la casa, por cuya razón el coronel, en sus constantes acechanzas del mundo externo que lo circundaba dentro de su casa, comenzó a percibir todo con el oído. El cuarto le daba una seguridad para su actitud, le permitía mantener íntegra su fe en medio de un mundo que se desmoronaba. El resto de la casa apenas atisbado, ya que cuando salía lo hacía directamente por la escalera posterior, era entonces como un campo de batalla, como una zona cuyo tránsito significaba peligro. Nunca había estado en una guerra, pero podía imaginarla. Quizás llegar a las posiciones enemigas fuese un acto congruente, verdadero, donde la noción del propio valer se multiplicaba. Pero cruzar las zonas neutras, donde todo era oscuro pero quizás una luz pudiera encenderse de pronto, era, en cierto modo, complicidad, adulterio, falsedad. La zona neutra de la casa pertenecía por ahora a su mujer, cuya única presencia, desde hacía tanto tiempo, eran sus pasos.

Podía diferenciar perfectamente los pasos de Margarita de los de Olga. Olga caminaba con pasos largos y opacos, transitaba por los ámbitos recordados como si se deslizara; Margarita en cambio lo hacía con pasos cortos y nerviosos; los tacos de sus zapatos repiqueteaban como el pico de un pájaro sobre una superficie dura. Sabía, por su resonancia, cuándo la mujer cruzaba por la sala alta (la zona más próxima a su dormitorio), por la biblioteca, por los pasillos, hasta que entraba en su habitación donde la alfombra ahogaba los sonidos. Él, desde la suya, trató muchas veces de tener indicios auditivos de Margarita en su dormitorio, pero nunca había logrado oír nada. Su mujer entraba en el dormitorio y desaparecía.

No solamente los pasos desaparecían en la habitación, sino su cuerpo, su existencia, la Margarita sentada en el banco del fondo con la falda cubriendo enteramente las rodillas, sus

manos sosteniendo el Czerny y el *Gradus ad Parnassum*, forrados con papel azul, cuando volvía del conservatorio; esos libros que tenían en la parte superior un rótulo cuidadosamente escrito con óvalos perfectos que contenían sus datos, óvalos azules que llegaban también al liceo semanalmente en sobres siempre iguales en aquellos años. El cuerpo como ciego debajo del vestido, el cuerpo que se estrechaba con el suyo los fines de semana cuando volvía del liceo y que hablaba con un calor familiar, un cuerpo con aspecto de invierno protegido que lo protegía a él también y le adelantaba en el abrazo el tiempo que no había transcurrido todavía. Era todo eso y mucho más lo que desaparecía con los pasos.

Desde que decidieron dormir en cuartos separados, el cuerpo de Margarita comenzó a desvanecerse. Desaparecido del mundo táctil, se convirtió, poco a poco, en una especie de superficie memoriosa, cuya turgencia yacía oculta debajo de ámbitos llenos de asperezas, en una especie de oscuridad latente separada de la luz expectante como los espacios neutros entrevistados. Los pasos oídos desde su cuarto, en realidad, representaban esa envoltura que la separaba para siempre de la punta de sus dedos. Los pasos no eran la representación vívida del calor del cuerpo ciego debajo del vestido amarillo, allá en los años de la pensión de la calle Pringles. Significaban otra realidad, la del mundo que empezaba fuera del centro de Víctor, el mundo de la precariedad, inseguro y doliente, sin esquemas salvadores, sin dogmas precisos, inclinado siempre en la pendiente del naufragio.

En aquel mundo, el cuerpo de Margarita era como el de cualquiera, un simple contorno geométrico cuidadosamente establecido e infinitamente repetido, el ombligo ciego y los pechos ciegos y las piernas solitarias. En cuanto al rostro salvador, ahora era simplemente el pasaporte, un detalle ilusorio que le permitía al cuerpo que llevaba hacia abajo el desarrollo de una breve historia personal, de una posesión. Con el rostro, el cuerpo le pertenecía; o quizás creaba la ilusión de la posesión, porque en realidad, formando parte de aquella masa amorfa de cuerpos de la horrible humanidad, el cuerpo pertenecía a todos, al hijo de las circunstancias repetido

en cada minuto, a un mundo que tentaba pero en el que no había ninguna seguridad. Justamente por eso él había preferido siempre realizar el acto de amor en la oscuridad. Palpando su cuerpo, pero no viéndolo, sentía que le pertenecía verdaderamente, que estaban ambos en un inmenso vientre. Entonces el cuerpo de Margarita era una prolongación del suyo; su miembro dentro del cuerpo de Margarita era un cordón umbilical, un vaso comunicante que le demostraba la verdadera posesión. En la oscuridad no había ningún peligro de que nadie viese y poseyese, por el solo hecho de la contemplación, el cuerpo de Margarita que ella había diferenciado para él con los rasgos casi tristes de sus ojos alargados y las oes admirativas de su boca cuando le preguntaba por alguna cosa que ella ignoraba y que él poseía en su conciencia. *Pero cómo fue eso*, decía el cuerpo suyo de Margarita desaparecido ahora debajo del resplandor intermitente de los tubos eléctricos de la esquina próxima.

Por eso, cuando ella se desnudó delante de él en pleno día, tuvo la sensación de una derrota. Margarita entraba así en el mundo no previsto por los dogmas salvadores, en la humanidad irremediable, y era hurtada a su tacto para entrar en la arritmia de las calles populosas, de las playas impías, en el mundo de los peces que enarbolaban sus alfanjes, en el olor sudoroso de la tropa. “¿Te pasa algo?”, decía la voz de Margarita desde una multitud arrítmica. “No me pasa nada”, respondía él sintiendo que todo se perdía. “Pero por qué”, insistía ahora toda la multitud. “Te dije que apagaras la luz”, decía él como si con esa frase pudiera detener la consumación.

Sin embargo, la forma de sus senos y el estrangulamiento de su contorno en la cintura, que él sumaba a su propio cuerpo en la oscuridad de la noche, le producían nostalgias visuales mezcladas con un inconfesado deseo de poseer también a la inmensa humanidad. Entonces la espiaba en el baño por el ojo de la cerradura, contemplaba extasiado aquellas formas ajenas bajo el agua de la ducha, el precuerpo de Margarita antes de su aparición, una especie de virginidad salvaje o de viejo pecado ennoblecido que se brindaba a los ojos genero-

samente. Cuando ella comenzaba a vestirse, él se iba a la habitación y la esperaba para poseerla con una urgencia que no admitía explicaciones. Ella accedía asombrada como si todo su cuerpo fuese una gran *o* admirativa preguntando a la vez por algo que solo él conocía. Pero en esos casos, la entrega de Margarita era una simple concesión, sin la alegría o la explicación del juego previo, y él sentía esa ausencia y pensaba que la humanidad que se le entregaba allí era un acto concedido por la imposición de una simple circunstancia, por un pacto previo, y sentía que la humanidad, de todos modos, jamás se le entregaba cabalmente. Así, el acto de espiarla en el baño se renovaba permanentemente y no encontraba saciedad.

El timbre del teléfono parecía estar sonando muy lejos. Víctor dormía, y una parte de su conciencia le dijo que Olga atendería, bajaría su falda y correría hacia el edificio para atender, maldita yegua, si todo fuese normal, pero otras partes de la conciencia, lentamente arribadas, comenzaron a demostrarle que desde que separaron los cuartos y, sobre todo, desde que contrató los servicios de Joaquín Echenique para que siguiese a su mujer, había trasladado el teléfono a su reducto y lo tenía al lado y estaba sonando muy cerca de su cabeza (parece que la pastilla me adormeció demasiado, será necesario reducir la dosis hasta lograr el control de los síntomas, cómo no doctor); entonces se dio vuelta en la cama y llevó el aparato al oído. “Un momentito que le van a hablar”, y en el silencio que había en el tubo después de esas palabras podían llegar los tacos de ella repiqueteando por las calles de la ciudad, o su propia voz confesándole *estuve toda la tarde con Mario, pero no es el que conociste, es otro; se llama Mario también, estaba desnudo dentro del baño*. Se pasó una mano por los ojos y oyó la voz de Joaquín diciendo: “su mujer pasó la tarde en un cine, sola; tomó un taxi en San Martín y Belgrano, se bajó en el consultorio del dentista Núñez, en la calle Urquiza, donde estuvo dos horas; caminó siete cuadras, saludó a varias personas, hombres y mujeres, y se fue a comer, como todos los jueves, a la casa de los Zapiola, desde donde salió hace cinco minutos en el auto de la familia, de manera

que tiene que llegar a su casa aproximadamente a la medianoche, eso es todo, hasta mañana". Colgó el tubo y oyó una nueva carcajada de Olga, lejana.

Quedó sentado en la cama y pensó que ahora sí tenía realmente deseos de beber un vaso de agua fresca. Pero debía bajar inmediatamente a la cocina y hacerlo con rapidez, porque si Margarita no se demoraba en el camino, él se arriesgaba a encontrarla en la cocina.

Es la historia de siempre, todos los jueves hace las mismas cosas, y todos los miércoles otras parecidas, y todos los días de la semana, pero si no bajo ahora puedo encontrarme con ella en la cocina o en el pasillo; los lunes hace lo que tengo anotado, los martes podría ir al cine también, pero solamente va los jueves; sin embargo, quedan algunas zonas oscuras y vaya a saber qué es lo que hace en esos momentos; un buen vaso de agua fresca, yo lo estaba tomando al lado de la heladera cuando ella apareció en la puerta de calle y caminó con Olga hacia la cocina, pero cuando me vio se detuvo, se demoró a propósito conversando con Olga para que yo tuviera tiempo de subir, menos mal que no nos encontramos, lo que yo necesito saber es qué piensa, qué pasa dentro de su cabeza, y tomar un gran vaso de agua fresca antes de que los tacos de ella traspongan el umbral del portón y hagan ese ruido de lajas removidas en el sendero que va a la cocina donde resonarán como tambores golpeados con metales y luego los peldaños de la escalera, uno por uno, sucesivamente, cada vez más fuertes, el pasillo alto, con ruidos de cadenas, la salita, repiqueteando en la cabeza, la biblioteca, apagándose y luego el silencio de su dormitorio donde también están los pensamientos de ella, porque sus pasos cuando entra en el dormitorio se ahogan en sus pensamientos.

Lo que pasa es que todo lo que te rodea está mal; nosotros estamos mal, y el mundo entero está mal; solamente el señor coronel es perfecto y está rodeado de imperfecciones; ordenaste la muerte del estudiante y después dijiste que lo que mata es el material, los hombres no matan, el señor coronel no mata; abandonaste a tu padre porque tocaba el tambor y tenía nudos en los dedos, perdiste a tus mejores amigos

porque ellos estaban equivocados, porque el respeto a las jerarquías y a la moralidad, y estabas agachado espíandome en el baño por el ojo de la cerradura, yo no sé qué te pasa, Víctor, cómo has cambiado tanto en los últimos años, decía uno de los pensamientos de Margarita.

La moto del hombre de Olga arrancó, se fue y se perdió en la noche; se ve que calculan que está por llegar Margarita, y Olga se quedará parada contra el portón para esperarla. Hasta el jueves Titina, hasta el jueves Margarita, y después los pasos por el sendero de piedras; así que será mejor que espere para bajar, no vaya a ser que, pero ella no se alejó por lo del estudiante ni por lo de mi padre, yo nunca lo odié, ella se alejó de mí porque yo me parecía a él, yo también tengo nudos en los dedos y manos como las suyas, cada vez me parezco más a él, si no fuera por los bigotes la boca mía sería la suya y como las de las viejas de Chepes que tomaban el agua hedionda de los cántaros y fruncían los labios vengaparacá, m'hijito, viejas de mierda.

Cuando Víctor era chico no se parecía a su padre. "Es la cara de la madre", decían los tíos y las tías cuando lo veían, y él estaba acostumbrado a oírlos y había crecido con ese convencimiento. Un viejo leñatero de Punta de los Llanos, muy amigo de su padre, un hombre callado y nervudo, solía decirle "pero acá está el rubio", y lo acariciaba con sus manos toscas. Después lo soltaba y agregaba: "le tengo preparado un alazán". Sin duda alguna, él había sido rubio o casi rubio (algunos vellos de los brazos, a la luz de una lámpara, tenían resplandores del cabello de su madre), o por lo menos castaño, ya que el hombre se lo decía, aunque el hombre del alazán era negro y para colmo leñatero, trabajaba al sol con la leña y el carbón, y hasta lo blanco del ojo era más bien pardo. Pero después, con el crecimiento, los rasgos de la madre fueron perdiéndose y él comenzó a parecerse, con los años, al indio soterrado que había en lo profundo de su padre, venido desde el corazón del desierto. Cuando él abandonó la mesa humilde y la casa y el viñedo y las paredes ásperas y los techos altísimos de su dormitorio de La Rioja y se fue a estudiar y comenzó a ir a veces a las casas de sus compañeros,

de paredes lisas y muebles relucientes, las gentes que usaban esos muebles y vivían entre esas paredes tenían el cabello como la punta de sus vellos a la luz de la lámpara y cuando se referían a alguien decían “es criollo, pero muy bueno, una persona buenísima”. En esa época comenzó a mirarse al espejo con atención para descubrir paulatinamente que no era tan blanco como creía o como lo había sido en su niñez, sino que tenía la tez indefinida, pero más bien morena, casi como la de su padre.

Pero ella no esperó a que me pareciera totalmente al viejo para dejarme. Me abandonó antes, cuando la transformación de mi cara y de mis manos empezaba a acercarse a su figura. Eso es lo que se llama una traición. En el mundo hay solamente dos tipos de personas: los héroes y los traidores. Ella pertenece a los traidores. En el baño, debajo de la lluvia, comenzaba a convertirse en la segunda especie, pero yo creía que todavía me pertenecía. Cuando empezó a traicionarme revelándose en contra de su propio marido para defender al imbécil del estudiante, en realidad estaba defendiendo a Mario, ojalá Joaquín pueda averiguar algo, y termine de una vez con las calles y los taxis y las peluquerías y los dentistas, defendiéndolo desde el baño con el estrangulamiento de la cintura y el chorro de agua jabonosa por el vientre, ¡Cómo has cambiado Víctor en los últimos años! Pero si bajo ahora a tomar el vaso de agua los tacos van a sonar entre las lajas y después en el ladrillo picado y en las piedras, y al entrar en la cocina me va a encontrar despeinado y va a creer que soy un derrotado y porque en último término no tolero su mirada porque no sé qué otras cosas estará mirando cuando sus pasos se ahogan en el dormitorio y en sus pensamientos, porque ella no esperó a que me pareciera totalmente al viejo para dejarme, yo la saqué de la pobreza, pero qué se cree después de todo con el Czerny y el Hanonn y el arte y las novelas y tantos libros que le llenan la cabeza de macanas, y ahora viene a despreciarme porque me parezco al viejo que después de todo es mi padre. Pero acá está el rubio, claro que le tengo preparado un alazán.

“Gracias Titina, hasta el jueves Margarita”, llegaron las

voces, y después el rumor del auto que se iba como la moto. Los pasos de Margarita y de Olga comenzaron a crecer por el sendero de ladrillo picado, se metalizaron en las lajas y luego en el mosaico del portal para detenerse en seguida en la cocina. La puerta de la heladera sonó dos veces, y el encendedor eléctrico chirrió claramente. Puso las manos en la nuca y vio en la pantalla de un cine el paso de los verdugos hacia la habitación del hombre que iban a ajusticiar. Llevaban los zapatos en la mano para no hacer ruido.

Ella no había llorado todavía cuando le dijo que tenía la mentalidad de un verdugo. *Siempre tuviste la mentalidad de un verdugo*, había dicho su boca y después lo había repetido uno de sus pensamientos dentro de la habitación donde se sepultaba para llevar la vida de las multitudes. El estudiante estaba en estado de coma y los diarios se ocupaban de él, y Margarita también dando a su boca una expresión desconocida, un rictus parecido al de sus tías de Chepes después de beber el agua de los cántaros, y, en la forma de la boca, el alma de Margarita decía que él era un verdugo. Nunca había imaginado la forma de un verdugo, pero ahora estaba en la pantalla de un cine, dentro de la noche, y caminaba despacio por los pasillos de la prisión con los zapatos en la mano para no despertar a la víctima que dormía y debía ser sorprendida y ejecutada en el tiempo más breve posible. Pero la víctima, el héroe de la película, no dormía, estaba despierto, levantado, con un oído pegado contra el muro de la celda esperando los pasos ahogados del verdugo. *Venga para acá m'hijo*, decía la boca de Margarita con la forma de los cántaros en la boca, y él atisbaba apenas las pilas de leña de Chepes a través del vidrio empañado, pero la leña, aunque estuviese lejos, se hacía sentir en el olor de la ropa de su padre, un traje descolorido y mal entallado que se movía en la parte de las rodillas con el traqueteo del tren. El ruido de las cucharitas llegó a sus oídos más claro que otras veces, y después, alguna risita ahogada, reprimida en el momento del desborde, quizás de Olga o quizás de Margarita. Se levantó y pegó el oído contra la puerta para oír mejor. Hubiera abierto, pero en ese caso ellas habrían oído el chirrido de la puerta, y no quería

que supieran que él las estaba espionando. Indudablemente eran dos risas, pero imposible saber a quién pertenecía cada una. Volvió a la cama y puso otra vez las manos debajo de la cabeza y extendió los ojos hacia donde se representaba la pantalla del cine. Los verdugos pasaron cerca de la celda del protagonista hacia otras celdas lejanas, seguidos por la expresión aterrizada del muchacho que había pegado su oído contra el muro. En otra celda la víctima elegida dormía con un sueño tranquilo. Los hombres se detuvieron y con movimientos lentos pusieron sus zapatos en el suelo fuera de la celda todavía. Margarita y Olga eran ahora apenas un cuchicheo. La pantalla desapareció con todos sus personajes. Los reflejos de los letreros luminosos, cuyas intermitencias eran bien claras en el piso, hacían vibrar también el aire intermitente entre una luz más o menos viva y otra cenicienta. El rumor del automóvil que ya había partido volvió levemente a su memoria y oyó *hasta el jueves Titina*, como dentro de algodones. La heladera fue abierta otra vez y más tarde un grifo despidió un sonido rápidamente interrumpido. Pronto vendría la parte más cercana de Margarita; el misterio del cuerpo y del alma de su mujer se acercaría, subiendo las escaleras, a su punto de máxima percepción; luego decrecería para desaparecer en el cuarto de ella con todos sus pensamientos. Era un movimiento que acechaba y esperaba pacientemente todos los días desde la mañana vacía con todo un largo día vacío por delante hasta la noche tardía que le brindaba apenas un relámpago de contacto auditivo. Porque con el silencio de la noche los movimientos de Margarita tomaban vida y se aproximaban a esa realidad que nunca había podido comprender cabalmente, de la que Margarita misma formaba parte. De día sus pasos se perdían en una totalidad; de noche podía oír, a veces, hasta su respiración, si ella pasaba muy cerca de la puerta de su dormitorio. Una tarde, cuando sus oídos no habían aprendido todavía, estuvo un buen rato oyendo su respiración. Cuando se apartó de la puerta diciéndose que no tenía sentido esa acechanza, advirtió que se trataba de un artefacto eléctrico que en algún punto de la casa simulaba el ritmo de una respiración humana. Ahora en cambio, sus oídos podían

diferenciar perfectamente los rumores. *El letrero grande falla otra vez*; lo sabía porque la intermitencia había cesado en el aire ocupado antes por la pantalla. Bajó los ojos al piso y vio que, efectivamente, la luz estaba quieta sobre la superficie lechosa. Los verdugos abrieron sorpresivamente la puerta de la celda, entraron violentamente, olvidando el silencio y la precaución, y tomaron los brazos de la víctima. Comenzaron a hablar en voz baja procurando no despertar con sus voces al compañero de celda. *Serénese; ha llegado el momento; todo va a pasar muy rápido. Su solicitud de clemencia ha sido denegada.* Pero la víctima dormía y no oía, sus ojos estaban detrás de los párpados y su mente era más silenciosa que los pies descalzos de los verdugos por los largos corredores. Después abrió los ojos, mientras las bocas de los hombres repetían las frases *ha llegado él, pasar muy rápido*, y los músculos de su cara hicieron varios dibujos cambiantes que comenzaron a extenderse por el aire del cuarto como las ondas del agua cuando cae una piedra.

Oyó el primer paso de Margarita sobre el primer peldaño de la escalera y se dijo que esta vez no se levantaría; esta vez procuraría oír desde la cama solamente. Fue exactamente como el de ayer. Pero en seguida vino el segundo paso, apenas más perceptible, y luego el otro, y el otro, más arriba, más cerca de sus oídos, *caminó siete cuadras, la tarde en un cine, sola, tomó un taxi en*, y ahora sus pasos subían la escalera, por la orilla de la alfombra, según su costumbre, de lo contrario la casa entera hubiera sido como un sepulcro de Margarita, el sepulcro de su dormitorio; y en los últimos pasos, más nítidos, como dados cerca de su oído, su presencia invisible comenzaba a tomar vida, y eran lo contrario al hueco de sus medias, algunas veces entrevistas sobre las sillas polvorientas. En la sala alta sus pasos eran ya su cuerpo olvidado, sus ojos perdidos en sí mismos y sus cabellos siempre inmóviles negándose a tomar vida o a ser siquiera la forma de un recuerdo. Después el intolerable ruido de la puerta de su dormitorio, primero abriéndose, luego cerrándose bajo su breve puño, y después el silencio hasta el otro día, hasta que pasaran las horas como una larga e interminable avenida llena de estatuas iguales, de fin no entrevisto, y luego, las intermitencias de los

letreros luminosos en el piso y también en el aire, la respiración interminable de la luz, donde en realidad comenzaba la espera, a veces para nada, porque Margarita no llegaba en ningún punto de las intermitencias; salía la moto del hombre que vulneraba a Olga en la puerta de calle bajo los pinos, pero luego no se oían los pasos de Margarita; la casa entera quedaba bajo el silencio, las estatuas no daban paso a las respiraciones de la luz y se prolongaban hasta un tiempo intolerable, porque Margarita no había salido ese día. Era lunes, lo olvidé, ella se queda en casa ahogando su rumor en los ruidos caóticos de la casa, también ahogada en el ruido de la ciudad, también intolerable.

Víctor se levantó, abrió cuidadosamente la puerta y cruzó por la sala en puntas de pie. Sus pies en la escalera bajaron buscando el centro de la alfombra. Algún rumor de Olga llegaba todavía desde las dependencias de servicio. En realidad, no tenía tanta necesidad del vaso de agua, pero lo tomaría de todos modos. Hubiera preferido un whisky. Dos horas antes había estado allí comiendo solo mientras oía el ir y venir servil de Olga. En ese momento, el ámbito y los ámbitos cercanos habían tenido un carácter preciso. Ahora en cambio, después de la llegada de Margarita, parecían no pertenecer a la casa, parecían traídos por ella desde los *caminó siete cuadras, la tarde en un cine, taxi en San Martín* que llegaban por el teléfono en la voz de Joaquín, pero tenían la fuerza y la persistencia de los pasos de su mujer por los peldaños de la escalera.

Vio las sillas en desorden, los dos pocillos de café, las colillas de dos cigarrillos en el cenicero, y pensó que Margarita ahora *actuaba*. Los seres, mientras estaban quietos, eran más o menos perceptibles, aunque siguiesen siendo impenetrables. Estaban allí como parte del orden del mundo. Pero cuando actuaban comenzaba a enredarse una madeja que no tenía fin y que complicaba las cosas hasta volverlas intolerables. Cuando actuaban, se volvían dueños de sus destinos y generalmente se destruían, si no tenían la fuerza suficiente con la que solamente algunos están dotados. Las complicaciones del mundo caótico de las multitudes dolientes no eran para todos. Alguien debía velar por ellos, como él lo

había hecho por Margarita, para que el orden no fuese alterado. El mal, si no se movía, no era pecado; pero en cuanto actuaba alteraba el orden del universo. Y los hombres nunca estaban quietos. En ese punto, el pensamiento lo abrumó con muchas implicaciones y para evitarlo dio un paso, abrió la heladera y sacó la botella del agua. Mientras bebía miraba de reojo las sillas casi juntas, los pocillos y las colillas manchadas con pintura de labios, y dejó pasar por su mente, sin detenerlo, un pensamiento donde Olga y su mujer se besaban. El pensamiento había venido en la forma de una pantalla de cine, pero, en vez de estar las víctimas y los verdugos, Olga y su mujer se besaban y sus cabezas parecían titilar en una luminosidad incierta producida por algún defecto de la proyección.

Ahora que estaba abajo, subir hasta su cuarto podía ser un hecho intolerable. El día acababa de comenzar para él con la certeza de los pasos de su mujer por los peldaños y luego por la sala alta. Lástima que fuera de noche y las actividades cesasen poco a poco en la inmensa ciudad y en los barrios lejanos. Pero la ciudad había vivido durante todo un día y ahora descasaba. Él, en cambio, había permanecido, había estado acechando la explosión de la vida, que para él era, mientras la voz de Joaquín por el teléfono no se la extendiese en toda su infinita variedad, el oír los pasos esperados hacia el final del día. No subiría a su cuarto. No lo haría de ningún modo. Se pasearía por su casa en su refugio cierto y después, cuando el sueño lo venciera, subiría. Pero de pronto los ámbitos recobraron el aspecto que tenían después de la llegada de Margarita, perdieron su carácter preciso y decidió abrir la puerta del garaje. El rumor del motor le devolvió cierta seguridad. Cuando estuvo en la calle, aferrado al volante, vislumbró hacia el fondo las grandes avenidas casi vacías y sintió una íntima alegría. Abrió un vidrio y dejó que entrara un aire más bien frío. Los semáforos hacían señas a lo lejos. Ella no había llorado todavía cuando le dijo que tenía la mentalidad de un verdugo, pero estaba próxima al llanto, a un acto que él consideraba grave, porque el hecho de que llorase por haber descubierto que él era un verdugo, además

de ser un acto de absoluta libertad que la apartaba de él, significaba muchas cosas de difícil comprensión y la apartaban irremediablemente. En primer término, no tenía sentido que llorase, porque si él era así, ella debía aceptarlo tal como era, para eso lo quería y había elegido compartir su vida. De modo que si lloraba era porque lo perdía o porque lo ganaba. Y como si lo ganaba no tenía por qué llorar, era claro que lo hacía porque lo consideraba perdido. Cuando dijo lo del verdugo, puso la misma boca de las viejas de Chepes, no con el rictus tan particularmente familiar que él había observado en su padre y en él mismo, al espejo muchas veces, procurando hablar y masticar de otra manera para atenuarlo (finalmente pudo ocultarlo con el bigote), sino con un rasgo propio que significaba desdén. En realidad, las relaciones entre ambos habían concluido con ese gesto, pero tuvieron que esperar todavía la muerte del estudiante, cuya agonía duró varios días, para que la separación tuviese un punto de conclusión claro. Ella lo supo cuando apareció la noticia en los diarios, pero él lo sabía desde varias horas antes. En tiempos normales, cuando Margarita era todavía lo que siempre había sido, ese ser leal e inocente, él hubiera podido llegar y decir que por fin el estudiante había muerto y que con su muerte habían avanzado un poco más en el restablecimiento del orden y de las buenas costumbres, pero, después de la forma de su boca cuando le habló como si lo hiciese desde el agua de los cántaros del pueblo ceniciento atisbado a través del vidrio húmedo, era muy difícil hacer entrar esas palabras en sus oídos; por eso calló y, cuando ella le preguntó por el estudiante dijo que no sabía nada. Él veía venir esa actitud en su mujer, sabía que el hecho la afectaría, y aún podía transformarla, según los anticipos que ella misma le había hecho ver. Por eso deseó muchas veces que el estudiante no muriese. Por otra parte, los diarios habían dado mucha importancia al asunto, y la opinión pública estaba sensibilizada; él era el jefe de policía y la represión a los estudiantes no había concluido todavía, de modo que la muerte del muchacho contribuiría a complicar el desarrollo de los hechos. Si el estudiante no moría, él mismo podría salvarse del rictus

de la boca de su mujer. Mientras tanto, sentía que su alma desconocida se alejaba de él, que lo repudiaba, que su cuerpo siempre por desear era como un pez esquivo en aguas cada vez más turbias. Los malditos estudiantes, pensó, y vio a Mario inclinado sobre sus libros en la pensión. Su voz serena daba siempre forma a sus palabras irrefutables, porque hablaba bien, porque sabía decir las cosas, aunque sin duda no hubiera sido capaz de ninguna acción realmente valadera. Vivía en un mundo de palabras creando mundos aparentemente perfectos o congruentes que solo existían de la boca para adentro. Joaquín mismo no se había liberado de ese defecto, según pudo advertir cuando fue a verlo para pedirle que averiguara sobre Margarita. Joaquín había sido, sin duda, amigo de Mario, estudiaba como él y se burlaba también del uniforme, de la bandera, de Dios y de todas las cosas sagradas. Ellos habían aceptado la precariedad y vivían en la curva del naufragio. En realidad, la expresión de la boca de Margarita cuando le dijo lo de la mentalidad de verdugo se parecía a un recuerdo que él tenía de Mario, una carcajada que a menudo resonaba en sus oídos. Después del rictus de Margarita, él comenzó a interesarse por el estudiante. Aquel día, después de leer el parte diario, conversó por teléfono con uno de los médicos. “Las posibilidades de que viva son remotas”, dijo la voz. Entonces empezó a desear que viviera.

Llegaba a su casa y ante los ojos inertes de Margarita, que sin hablar le preguntaban, decía que parecía estar reaccionando favorablemente. Pero su respuesta no hacía variar el rostro de su mujer, como si todo él fuese su boca en el rictus que temía. Las palabras concluían, y el rostro de ella seguía como velado por su frente ancha, como si la frente hubiera ocupado todo el rostro con su inexpresivo silencio y su resplandor de fatalidad. La frente de su mujer se le representaba en el despacho de la jefatura cuando leía por las mañanas las novedades y se enteraba de que el estudiante agonizaba, y ya no podía desear que no muriese porque la muerte sobrevendría a pesar de sus deseos. Entonces deseaba fugazmente que todo acabase de una vez, aunque la muerte del estudiante significase también su propia destrucción. Imaginaba las

cosas que podría decirle a Margarita cuando el hecho se produjese, pero lo que era una razón profunda para él, lo sabía, sería para ella una frase sin sentido. *Yo no lo maté; es el material lo que mata*, subsistía en su mente, aunque no le sirviera para nada. *Pero en realidad lo que nos separa no es el hecho del estudiante, sino ese espíritu*, ensayaba su mente diciendo que en realidad el estudiante era un pretexto para ocultar otras cosas que siempre quedaron sin explicación; pero él no iba más allá de la enunciación, porque allí vislumbraba la fatal complicación de las cosas, de las gentes en la calle y en la playa, de las multitudes precarias, de los hombres que no están quietos y se levantan y actúan y con el actuar tejen la madeja incomprensible. La muerte del estudiante no llegaba nunca como dándole a él una coyuntura para que trazase nuevos planes. En el despacho pensaba que debía sacrificar cualquier situación personal en el cumplimiento de su deber (podría decirle también a Margarita, cuando el estudiante muriese, que él simplemente había obedecido órdenes; pero sabía que la frase no tendría valor para ella, el rictus diría *Eichman también obedecía órdenes*), y en ese caso estaba dispuesto a afrontarlo todo, pero cuando llegaba a su casa y presentaba un otro orden en la vida, una continuidad congruente, fácilmente perceptible con la sola presencia de Margarita, pensaba que cualquier opción lo vulneraría. Estaba sin duda en la madeja, en las playas heterogéneas donde las multitudes se arrimaban al contacto animal de las pieles regidas por el azar. Las estrellas no están fijas en el cielo —decía el rictus de la boca de su padre— y los cometas aparecen en tiempos precisos. Ella no había llorado todavía cuando le dijo todo aquello, pero si lloraba, el rictus concluiría y él no tendría posibilidades de detenerlo.

Advirtió que había pasado dos veces por la misma avenida y sintió que se trataba de una nueva repetición. Tomar agua varias veces, pasar varias veces por la misma calle, todo eso como si el estudiante no acabara nunca de morir. Últimamente todos sus actos eran simples repeticiones. Ella también repetía los mismos ritos a través del aparato telefónico en la voz de Joaquín. Parecía que la madeja intrincada, el

laberinto que se iniciaba a partir de los actos, era una simple repetición. Lo molestó pasar otra vez por la misma avenida (en realidad era la tercera vez), pero pensaba que después de todo era la calle más ancha y más cómoda para desplazarse libremente. Había recobrado cierta tranquilidad y no era oportuno turbarla con esas impresiones. En una esquina miró fugazmente hacia la cuadra donde estaba el consultorio del dentista. La calle estaba desierta a esa hora, pero a la hora en que Margarita andaba por allí era una de las calles más transitadas de la ciudad. El dentista, los Zapiola, la peluquera; el vaso de agua, las pastillas de Librium, la luz de los letreros y los datos siempre idénticos de la memoria. Ahora, en cambio, tenía la mente despejada y se sentía dueño de una extraordinaria lucidez. Los hechos posteriores a la muerte del estudiante habían perdido su atmósfera deformante y volvían nítidos, perfectamente concluidos, en su estricta significación. Sin embargo, más que hechos parecían sonidos. Era como si los estuviese oyendo a través de la puerta, además de verlos claramente en cierto ámbito del aire fuera de su conciencia. Se acordaba bien del ruido de las ruedas del automóvil sobre las lajas. Lo había dejado allí por si Margarita, según su costumbre, quería salir después de comer para recorrer la ciudad. La puerta de la cocina hizo un ruido seco, y los ojos de él vieron a Olga preparando la mesa para la cena. Los diarios no estaban en su lugar, en la mesita de la sala había varios de ellos en distintas partes del comedor y aun en la cocina. Como era un poco tarde, decidió lavarse simplemente y sentarse a la mesa. Más tarde se mudaría de ropa. Hasta allí los hechos eran muy claros y mantenían su cronología. A partir de entonces, se interrumpían para dar imágenes vivas y detenidas. No desaparecían en el tiempo, parecían fijos como una proyección luminosa sobre una pared. Para hacerlos avanzar en el tiempo había que buscar otro hecho, pero éste no era el subsiguiente, sino un hecho que estaba más allá, detenido también. Y había muchos, con variadas composiciones, listos para proyectarse sobre la pared o en el aire. Menos mal que no estaban envueltos por nada y concluían allí mismo. No tenían más explicación que su exhibición. Por

una parte, era mejor esa quietud, porque el movimiento, la cronología, los movimientos perdidos entre una imagen y otra significarían, sin duda, complicación. Cuando él dice *alguna novedad*, como todos los días, la mano de Margarita se detiene en el aire con la cuchara; ella alza el rostro por primera vez y él ve su frente y luego los ojos a punto de estallar. Había estudiado mucho esa imagen en sus largas horas de encierro y de espera hasta lograr su inmovilización. Lo alto de su frente (no hablemos de los ojos) comenzaba a descender hacia las evidencias, hacia las certezas. Una de esas certezas era que ella jamás hubiera esperado una pregunta cuando todo estaba lleno de la muerte del estudiante proclamada por los diarios dispersos en distintas partes de la casa. Pero la frente había hablado así antes, mucho antes, cuando murió el padre. Estaban en la cama, estirados como dos sombras quietas, envueltos por la muerte del viejo. Ella procuraba hablarle del padre, y él se mostraba complaciente, respondía con atención a todo lo que ella decía, procurando ocultar la indiferencia que, a pesar suyo, le había producido el suceso. Quería ocultar que no estaba emocionado y que había aceptado el hecho como una fatalidad. Él esperaba que ella terminase de hablar de su padre porque quería amarla; no sabía por qué la noticia del padre le había despertado esos deseos. Ella se dejó poseer fríamente aquella tarde, lo sintió y lo vio después en lo alto de su frente, y hacia abajo de la frente estaba ahora el rostro, inmovilizado como la cuchara que mantenía en el aire, y le decía que no podía preguntar si había alguna novedad cuando todos sabían que el estudiante había muerto. Él lo adivinó y dijo: *sí, fue anoche, pero me enteré esta mañana*; y ella bajó la cuchara y se tomó los ojos con los dedos para que no estallasen. Y no estallaron, y él tuvo luego una esperanza, largamente mantenida en un silencio de él y de todos, que hacía sentir el ruido de los cubiertos, el del pan que se quebraba, el del líquido cayendo en el interior de las copas. “Lo que pasa —se dijo doblando por una calle angosta pero muy larga— es que ella no entendió que mi silencio era ya contradecir mis principios, porque en realidad, si ella no hubiese actuado, si ella no se hubiese evadido previamente,

porque lo del estudiante fue un pretexto, yo tendría que haber dicho naturalmente que por fin el estudiante había muerto y que, con la muerte de muchos más como él, el orden se restablecería finalmente. Ella creía que mi silencio era cualquier cosa, no sabía que yo estaba preocupado por la actitud de ella y porque presentía que todo se me venía abajo. Lo que yo quería evitar era que llorara, porque entonces estaba perdido. Hablábamos cada uno un lenguaje distinto.” La calle no era tan larga como parecía, pero el automóvil había tomado ya por la gran avenida de circunvalación donde sus pensamientos solían ser más claros.

Ella separó los dedos de los ojos como si supiera que si lloraba entrarían ambos en lo incierto, y él vio que los ojos estaban secos todavía. Los ojos secos eran otra proyección luminosa y estática sobre la pared. Miró hacia la derecha donde la ciudad terminaba, y vio los ranchos y las lagunas. Desde el avión, hacía mucho, todo eso era una franja verdosa y la avenida, un hilo. “Si hubiéramos tenido un hijo”, se dijo y apretó el acelerador. Los ojos secos desaparecieron. Sin duda, un hijo hubiese interrumpido el silencio que siguió al espectáculo de los ojos secos. Hubiera hablado él del estudiante. *Yo lo conocí, fue compañero mío, no crean que las cosas son como las pintan*, habría dicho el hijo. Pero habían tenido que estar solos ante el hecho con sus dos voluntades contrapuestas, habían amontonado en el cuerpo muerto del estudiante todo lo que durante muchos años habían callado. Para colmo, cuando habló sacó todo su silencio, toda su furia, todo lo que había estado fingiendo durante tantos años: “para eso hicieron la revolución”, dijo con un hilo de voz, él no sabía si de miedo a decir eso o dominada por la emoción. Y puso esa horrible boca que despertó su ira. Y ella pensaba que hablábamos del estudiante cuando en realidad estábamos hablando de otras cosas, por eso no pude aguantar más y, cuando le vi la boca, le grité y le dije la puta de tu madre y todo eso. Lo que pasa es que ella le dio a las palabras una importancia que no tienen. Un insulto no es nada más que eso, un insulto, no un hecho demostrado. Le dije cosas duras, pero fueron solamente insultos, algo que se dice y se olvida. Yo creí

que entonces lloraría, pero no lloró, se puso seria otra vez; el rictus felizmente se movió y dio paso a su frente otra vez, donde había un resplandor, y a los cabellos quietos. Para colmo entró Olga y le grité también algo a ella, no sé por qué, y después seguí comiendo en silencio, porque me había arrepentido. El coronel pensó entonces cambiar su actitud, borrar de alguna manera lo que había dicho y hecho, fingir que se condolía por la muerte del estudiante, pero se dijo que no tenía sentido. Él bajó los ojos hacia el plato y no vio mucho tiempo la expresión de la cara de su mujer, pero ahora estaba en el parabrisas y tenía un algo de sonoro. A partir de ese momento, las imágenes de Margarita eran auditivas. Él no vio cuando soltó el llanto y le dijo criminal y todo lo demás. A partir de ese momento, se movieron las imágenes, y era difícil retenerlas. La oyó llorar desde distintos puntos de la casa y trataba de reconstruirla así; ella se iba hacia el dormitorio subiendo las escaleras, pero no entraba en el dormitorio de ellos, sino en el cuarto alto proyectado para el hijo no nacido, donde estaba la cama que solía ocupar su padre cuando venía de La Rioja y donde ella puso después todos sus pensamientos secretos. Yo no sé qué te pasa Víctor, cómo has cambiado en los últimos años, y estabas agachado espíandome en el baño por el ojo de la cerradura. Allí, en esa cama arrumbada, terminaban todos los rumores de Margarita y comenzaba el silencio y el titilar incesante de los letreros luminosos. Había tomado una ruta que llevaba a otras ciudades, quién sabe a dónde, y decidió regresar. Necesitaba luces, edificios. Tomó la dirección contraria y sintió un viento de frente. Tenía en la cabeza la imagen del silencio del dormitorio de su mujer, detenido también como una proyección luminosa contra la pared. En ese silencio concluía todo lo que pudiera hacer él para recomponer las cosas. Y era un silencio que percutía; pero lo rompió bruscamente con un acto de su voluntad, y los pliegues de su rostro acompañaron con un movimiento esa destrucción interna.

Lo que el silencio del cuarto ocultaba llegaría más tarde en la voz de Joaquín por los hilos del teléfono. Algún vínculo tenía todavía.



II

Los ojos del coronel vieron cerca del mediodía que aquel sector de la ciudad crecía en ritmos estrepitosos. La multitud gesticulaba con un movimiento de peces. Para captar una imagen en el brevísimo tiempo que había entre un movimiento y otro hubiera sido necesario inmovilizar los rostros en una placa fotográfica. Allá hubieran aparecido entonces los mundos conclusos de las caras bajo los sombreros o los cabellos, las manos como reptantes en los extremos de la longitud de los brazos, las bocas abiertas en absurdas geometrías producidas por las oes destempladas de los vendedores ambulantes. Fuera de la placa fotográfica, el movimiento incierto de los peces en un acuario demasiado pequeño para tanta cantidad parecía el paso interminable de un tren vivo que se mordía la cola como una serpiente y no cesaba nunca de transcurrir. Las bocinas, las conversaciones, las chimeneas, las máquinas y los gritos producían en el aire, para su oído atento, una gigantesca arritmia que ocupaba todos los lugares posibles del tiempo como si éste ya no fluyese ocupado en su integridad por un ritmo absoluto. En los extremos de los dedos colgantes y en las puntas de los zapatos, los ojos de Víctor vieron que el sol se desplegaba como una cabellera silenciosa y que adentro, en las mentes, donde el sol era sólo un símbolo, millones de ciudades minúsculas mul-

tiplicaban en lo profundo una historia sin fin ni principio.

Había estacionado el automóvil a cinco cuadras del lugar adonde iba, la oficina del primer piso donde su antiguo amigo Joaquín Echenique tenía instalada una agencia privada de investigaciones.

Los ojos de Víctor miraban el penoso desplazamiento de la multitud, pero la mente estaba recordando una noche límpida. Los astros parecían fijos en el firmamento, y la voz de su padre, mientras lo arropaba porque corría un aire frío, le decía que todo aquello se desplazaba hacia una lejana constelación. Dentro de la mente de Víctor había otra multitud, más pequeña, y otra arritmia, más perceptible, allá en una plaza con palmeras. Los ojos y la mente se inmovilizaron en lo alto de las palmeras, y los pies, lentos, doblaron en una esquina donde había un puesto de venta de frutas. Pero los pies y el puesto de frutas no coincidían con la mente, porque los ojos bajaron de lo alto de las palmeras y vieron que en los registros bajos de la banda, el tema trivial de la marcha se volvía apenas melancólico, y la brisa de la montaña, calentada en el desierto, inflaba las chaquetillas blancas de las trompetas y de los clarinetes, que habían pasado a un acompañamiento de síncopas. Las mujeres ondeaban en sus vestidos floreados alrededor de los músicos, y los niños seguían el ritmo establecido con ramitas arrancadas a los pinos oscuros apenas iluminados por las lamparillas eléctricas. Los ojos de Víctor tenían un resplandor de futuro y, pasando por la hilera de parches, se detenían (o no podían ir más allá) en el tambor de su padre, cuya gorra demasiado grande para su cabeza parecía un parche más bajo la luz incierta de los faroles. La brisa era más fuerte en la punta de las palmeras y se perdía en un juego de hamacas, donde otros ritmos ajenos al de la banda formaban una especie de arritmia que a veces coincidía sin embargo con algún contratiempo o con las síncopas de los clarinetes o con el ondear de los vestidos de las mujeres que empujaban por la tierra regada los lentos cochecitos de los niños. Entre árboles y cerca de otras luces, los toboganes ritmaban también, con los cuerpos que lanzaban hacia los pastos, un tema de algarabía de pífanos humanos y armónicos

artificiales hechos sobre una cuerda muy aguda. Los ojos volvieron a lo alto de las palmeras y de allí giraron hacia el puesto de frutas, cerca de una casa de la que salía un vapor de tintorería, y la mente de Víctor impulsó sus mecanismos verbales, pero éstos no funcionaron, como en un sueño.

El maldito olor de las bananas en las esquinas por falta de ordenamiento, porque no debería haber puestos de venta callejera en una ciudad como esta, y para colmo lo miran a uno con esa cara de desgracia, por eso no me gusta salir así a la calle, siempre me lo digo pero salgo, prefiero estar dentro del coche donde nadie lo mira a uno y sólo hay que entenderse con los semáforos, y la ciudad es muy grande y uno puede andar horas casi sin dar vuelta, y todavía está la pampa y todo el país, aquí en cambio, entre toda esta gente sudorosa, me acuerdo de la película aquella “Alí Babá y los cuarenta ladrones”, lo estaban por ajusticiar al tipo y él tenía que pasar entre una doble hilera de sables, y le cantaban una canción de guerra, tajo por aquí, tajo por allá, pero no lo mataban, lo dejaban pasar un poco más adelante, pero a lo mejor le daban el golpe de gracia en la mitad o en la otra punta de la hilera, y así me miran, pero a lo mejor no, a lo mejor a mí me parece es la gente de todos los días, a lo sumo se ríen estúpidamente como aquellos que vivían al frente de la pensión, menos mal que en el coche puedo andar horas y horas, lástima que a la noche vuelvo y puedo encontrarme con ella y con la pared y con la cama y el rostro del viejo en el espejo.

El olor de las bananas había quedado atrás. Más allá de la tintorería había una casa de música, con un escaparate lleno de tambores. Fue justamente esa visión la que produjo en su mente el sonido de las últimas palabras referidas a su padre, cuya memoria yacía, en la forma de un tambor, dentro de un mueble de la casa entre muchas cartas, algunas sin abrir, escritas por su padre durante mucho tiempo.

Hijo querido y todas esas palabras dignas de una mujer acosándome siempre con su existencia inútil, doliente en un mundo doliente, sin duda hay mucho dolor en el mundo, y todo aquello de que ya sé que tampoco me contestarás esta carta, y los datos de la vida de toda la gente de allá, como si

yo me acordara de todos, y la descripción detallada de su infierno como si yo no tuviera mi propio infierno en el dormitorio de mi mujer a diez metros del mío, las cartas y el tambor con que se ganó dignamente la vida y tantos otros lugares comunes como decía aquel profesor civil, pero a esta hora me gustaría estar en el coche y cruzar cincuenta veces la ciudad. En el auto nadie puede hablarte, nadie puede decirte nada. Los ves y te miran, eso es todo. Y si vas fuerte, apenas pueden mirarte.

El problema era pasar ahora por la doble hilera de guerreros, cuyos alfanjes levantados llegaban hasta la mitad de la otra cuadra. Por qué no se podía estacionar en esa calle era sin duda otra estupidez producida por la falta de ordenamiento. Todo era un caos, malditas porquerías. La mitad de esta cuadra y la mitad de la otra, todo eso está lleno de alfanjes. Los alfanjes terminaban justamente en la entrada del edificio donde Joaquín tenía instalada la agencia. Cuando llegara allá estaría protegido. Los alfanjes no se veían, pero sin duda estaban escondidos. Había que andar con precaución. Ahora mismo estaba quizás cerca de la mitad de la hilera, y la gente pasaba fingiendo indiferencia. Pero en cualquier momento podía comenzar la canción, tajo por aquí, tajo por allá. Si seguía avanzando como hasta ahora, si lograba disimular, se salvaría. Pero bastaría un simple gesto de sus ojos o de su boca (un rictus como el de la boca de su padre) para que lo descubrieran. En el caso de que así fuese —y era lo más probable—, tendría algunas posibilidades. Había que tratar, entonces, de que lo descubriesen, ya que esa parecía la única alternativa; pero que por lo menos fuera cerca de la entrada del edificio. Sin embargo, eso no era nada más que un deseo. Mejor cubrirse por si lo descubrían ahora mismo o en el próximo paso. ¿Detenerse? Imposible. Quizás fuera peor. Entonces seguir avanzando, pero con la clara conciencia de la amenaza. Pensar entonces que lo descubren en el próximo paso. Para eso, ya el paso que se está dando es muy importante. Pero desgraciadamente el paso ya está dado, a punto de concluir. La única solución, entonces, es atacar. No hay defensa mejor que el ataque, eso lo sabe cualquiera; ellos,

también. Pero había estado avanzando. Si llegaba a la entrada del edificio, a la derecha, en seguida vería el tablero indicador de la planta baja. CO.TE.SA. 2º, G, decía el tablero; no aclaraba que era una agencia privada de detectives. Lo había visto otra vez cuando no se animó a entrar porque había que subir las escaleras y en cualquier peldaño podía estar el cuerpo del padre. Los tambores y el humo de las tintorerías estaban por desaparecer. Si desaparecían, quizás desaparecieran también los alfanjes.

La plaza de las palmeras y la banda pueblerina parecían un refugio más o menos seguro, pero eran también motivos de distracción, de modo que las palmeras desaparecieron, y el rumor de la marcha desapareció en un rumor de tambores apagados. Aquello no llegaba más allá de la extensión de las cadenas de las hamacas; era un mundo que se cerraba en sí mismo. Ahora, en cambio, estaba más allá de la extensión de las hamacas o de las intermitencias de los toboganes, más allá, entre los árboles, ahora estaba en el futuro, en el lugar donde se está viviendo, aunque no se lo desee. Desde las hamacas, quizás todo esto hubiera parecido una larga extensión donde cualquier punto, cualquier lugar, era el de la voluptuosidad soñada. Pero acá era un camino perfectamente definido, un mundo también cerrado que tenía también sus propias hamacas y sus propias extensiones. Aquel era un mundo fácil. Allá, en la ingravidez, cualquier cosa carecía de peso; era posible una gigantesca construcción como la del mundo mismo; pero aquí estabas limitado por algunas leyes irreversibles, tenías que medir tus propias fuerzas y saber hasta dónde llegaban. Joaquín en su agencia poseía algunas soluciones, podía saber qué hizo y qué hacía ahora su mujer, abrir un poco los círculos conclusos que se le presentaban por todas partes. Su sabiduría era, sin duda, un suceso fuera de lo común; por eso la había esgrimido en un diario: CO. TE.SA. Agencia Privada de Investigaciones, Persecuciones, Seguímientos, absoluta reserva. Pero para poder aspirar a una participación en ese súbito escape de lo concluido, de lo irreversible, había que llegar todavía hasta la mitad de la cuadra siguiente y saber por lo menos qué paso se estaba

dando para poder dar el próximo correctamente. Si llegaba allá, los vendedores ambulantes dejarían de gritar tajo por aquí, tajo por allá (porque en realidad era eso lo que pregonaban), y podría atisbar las oficinas abiertas desde las que saldría en un ritmo seguible el tableteo de las máquinas de escribir. El tren no se mordería más la cola, y la inmensa curva comenzaría a abrirse como la cabellera de un cometa. El nudo del cabello de su madre podría desprenderse en cualquier momento, y su súbito desplegarse, su único y verdadero valor, sería deslumbrante.

Pero era muy difícil que de todo aquello surgiera la cabellera de su madre, porque ella estaba en el limbo. Su padre, en cambio, estaría decididamente oculto entre alguna de las hileras de guerreros. Allá tendría alguna oculta forma de representación. Protegería el cabello de su madre (¿de qué color?) con todo ese disfraz, y, si él llegaba cerca, si parecía que quería descubrirlo o que por lo menos deseaba descubrirlo, su padre bajaría el alfanje invisible sobre su cabeza. *Buscabas a Bustos para quitarle su cuchillo, pero no para protegerme a mí, sino para matarme con él.* Todavía podía estar por allí el rostro de su padre. Presentirlo, descubrirlo, era evitar el peligro. Era como trazar sobre un mapa los movimientos del enemigo.

Pero encontrándolo de golpe, en cualquier lugar, sin un previo presentimiento, el rostro de su padre era tranquilamente el rostro de toda la humanidad, la multitud amorfa y zahiriente de las playas y de las calles, el tren vivo mordiendo la cola para no escapar de sí mismo. La otra vez no estuvo entre la doble hilera de alfanjes; la otra vez estuvo en los peldaños de la escalera que conducía a las oficinas de Joaquín, por eso no se atrevió a subir. En realidad, no era su rostro, sino sus despojos. No quería pisarlos sobre los escalones ensangrentados. Aquella vez tuvo que afrontar los alfanjes como ahora, pero entonces eran visibles, cada hombre lo llevaba enarbolado, y él podía verlos, calcular su poder destructivo, sus potencias o sus melladuras, verlos de cerca, en fin, y dominarlos. Pudo pasar con riesgos, pero sin ulterioridades. Ahora, en cambio, estaban ocultos entre los hombres bajo

formas imposibles de reconocer, y, sin duda, su padre no se repetía en las escaleras, sin duda estaba en otro lugar; acá, por ejemplo, en el siguiente hombre o en el que me sigue a las espaldas.

Antes, los despojos del padre sobre la escalera habían fingido una historia para impedir la depredación, para impedir la remoción de los cuerpos después de la batalla en busca del botín del triunfador. Los despojos del cuerpo de su padre en los peldaños de la escalera habían inventado una larga historia para impedir que nadie los vulnerase en su sagrado abandono. En la historia aquella, el padre se había jubilado después de tocar durante treinta años el tambor entre las palmeras y ahora lo acosaba por todas las ciudades adonde él iba para gritarle o proclamarle la precariedad de la que, sin duda, todos participaban después de la batalla.

Todos, menos su padre, cuyos despojos, ya en instancias definitivas, fingían todavía una historia para vengarse. En esa historia, había muchos espejos puestos allí solamente para que su padre se multiplicara. Él y Margarita estaban comiendo en el salón con otros oficiales y otras mujeres de diversa belleza que devolvían los espejos, aparentemente hechos para ellas. Antes, de esa noche, su padre había merodeado por su casa sin atreverse a entrar, aguardando su salida para decirle después “pasaba por aquí, me alegro de haberte visto, ya me iba, mañana regreso”. El viejo tenía un día del mes perfectamente designado para estar con él y con su mujer, y a veces venía en un día no previsto y era insaciable; y, cuando las coyunturas para estar en su casa desaparecían, lo acosaba por todas partes. Sabía cuidadosamente cuáles eran los lugares frecuentados por él, los lugares donde se hacían las comidas de camaradería con otros oficiales y sus esposas reflejadas en los espejos, la ubicación del club, los días de equitación y todo lo demás. Coleccionaba los recortes de diarios donde hablaban de su hijo, como si esta fuese otra forma de captación y quizás de dominio. En la historia fingida por los despojos, su padre estaba, y además era cierto, en el salón lleno de espejos interrumpiendo la comida mensual de camaradería. Todo transcurría como en la plaza de las palmeras; los ritmos eran

perfectos, aunque allá las hamacas y las mujeres ondeantes en sus vestidos inflados por el viento que venía de las montañas fingiesen otras figuraciones perceptibles y dominables. En el salón, todo hablaba de una quietud, y Margarita estaba hermosa con una piel cuyo color proclamaba su tibieza. Había bebido unas gotitas y tenía en las mejillas ese rubor que solían tener allá en los años debajo de las madre selvas. Él se levantó para ir al baño, caminó por el piso brillante que le devolvía una imagen suya no tan perfecta como la de los espejos. Cuando abrió la puerta del baño, sintió que ésta chocaba contra un cuerpo tendido en el suelo. El cuerpo era el de su padre, que fingía buscar unos anteojos supuestamente caídos que estaban muy cerca de su mano. Estaba espíandolo. Él sintió vergüenza y humillación. "Disculpe", dijo el viejo, como si no lo hubiese reconocido, mientras tanteaba en el suelo. Él tuvo que fingir también que no sabía de quién se trataba. Alzó los pies y pasó por encima del cuerpo del viejo. Orinó esperando que se incorporase, que hallase los anteojos y se fuese de una vez. Después entreabrió la puerta y lo vio marchar a tientas por un costado del salón, al lado de los espejos, echando miradas temerosas hacia las mesas donde hombres y mujeres reían. Sólo Margarita no reía, aterrada, sin duda, ante la figura del viejo multiplicada por los espejos pasivos. Después tuvo que volver, derrotado, fingiendo una sonrisa cómplice ante la risa de los oficiales, que celebraban con muecas de sus bocas aquella inesperada aparición. Las gotitas de sangre en las mejillas de su mujer, que le habían hecho presentir una noche de amor, habían desaparecido más tarde, a las dos de la mañana, cuando ella, llorando, le decía que lo perdonara, que el viejo no tenía la culpa.

Todo eso habían fingido los despojos sobre los peldaños de la escalera. Por eso no se había animado a subir; porque hubiera sido no como pasar sobre él levantando los pies, sino como pisarlo entre un estrépito de anteojos que se rompen. Un insecto que se pisa en la oscuridad. Sin duda, los despojos no estaban en el primer peldaño, ni en el quinto, ni en el séptimo. Pero podían estar en cualesquiera de ellos. Por eso retrocedió aquel día después de vencer la doble hilera de

alfanjes levantados y se refugió en el automóvil, donde nadie te mira ni te dice nada, y recorrió cincuenta kilómetros de ciudad por las grandes avenidas. Ahora, sin duda, su padre estaba nuevamente oculto para impedirle llegar a la oficina de Joaquín para impedirle saber lo que Margarita estaba haciendo en medio de la inmensa humanidad.

El viejo llegaba de La Rioja un par de días antes de la fecha fijada para la visita. Llegaba e iba directamente a la pensión de doña Dora y se dedicaba, durante el tiempo restante, a preparar cuidadosamente la visita. Eran días muy felices para él. Tenía que llegar a mediodía, pero se preparaba desde las primeras horas de la mañana. Sabía que Víctor se disgustaba ante el desaliño y los detalles descuidados. Masticaría sin abrir la boca, cuidando no decir nada cuando estuviese masticando. La alegría de los preparativos, el lustrado del calzado, el difícil nudo en la corbata, el sombrero cuidadosamente cepillado, lo llevaban a veces a aceptar una copita de vino que le traía doña Dora, por lo que cuidaba muy bien de ponerse en la boca antes de llegar un par de pastillitas que hacían desaparecer todo vestigio de la libación. A veces estaba ya por salir cuando doña Dora lo llamaba para decirle “espere don Blas, hay que coser ese bolsillo”, o “es necesario planchar mejor esos pantalones, acá falta un botón, póngase esta corbata de Luis. ¿Cuándo se afeitó? ¿Anoche? Entonces mejor deje la afeitada para el día de la visita, esa barba ya comenzó a crecer otra vez”. Ella estaba en todos los detalles. “No, gomina no; eso sí que no; eso me hace picar la cabeza después”, decía él. Nunca había podido cortarse las uñas de la mano derecha; era muy inútil con la izquierda; por eso doña Dora le tomaba a veces la mano derecha y enarbolaba las tijeras mientras le decía algunas cosas sobre la manera de comportarse ante su hijo. A veces doña Dora olvidaba aquel detalle, pero la propia Margarita, en la casa, se las cortaba, hasta que le regaló esa hermosa pinza especial para cortarse las uñas que él perdió después en un viaje de regreso.

Cuando él llegaba a la casa, por lo general estaba Víctor esperándolo. Lo saludaba siempre con la misma fórmula verbal y en idénticas actitudes. Margarita, en cambio, variaba

siempre su vocabulario. Si era invierno, ella solía decirle a veces “¿y su abrigo, padre?” Él entonces respondía que cuando salió, en La Rioja, no hacía frío y que por eso no lo había traído. Se lo había regalado ella. Había sido de Víctor, pero le andaba bien, quizás un poco grande. Víctor lo recibía en el comedor con una sonrisa siempre igual, que él durante mucho tiempo recordaba como algo próximo a su mujer, pero que después, al desaparecer esa semejanza (al desaparecer o al dejar de ser percibida), relacionaba en cambio con las puntas blanquecinas de los pelos de los bigotes de Víctor. Cuando él entraba en la sala de la planta baja, Víctor estaba generalmente mirando un cuadro en la pared tomándose las manos atrás, sobre la cintura. Él entraba, Víctor sonreía y lo llevaba hasta una mesita donde había dos vasos y una botella de whisky. No le prohibía beber. Él mismo lo invitaba a hacerlo. “No sé si me hará mal”, decía él, pero Víctor seguía sonriendo como si las puntas de sus bigotes fuesen el extremo de su risa y llenaba los vasos. Cuando terminaban el whisky, entraban en el comedor y se sentaban a la mesa. En seguida lo hacía Margarita, y Olga servía la sopa. “¿Queso?”, decía Víctor sonriéndole, y él respondía “suficiente, hijo”. Últimamente no tenía problemas para tomar la sopa, porque se había hecho arreglar la dentadura y eso facilitaba la succión desde la cuchara a la boca sin hacer ruido. Víctor quería que gustase de los platos, que dijese si uno le gustaba más que otro, si le parecía que estaban bien preparados, pero a él no le interesaban los matices de los sabores; simplemente, quería estar cerca de su hijo; comer era un hecho menor; no tenía ninguna importancia el sabor de la comida, que era una simple excusa para la contemplación. Durante la comida se hablaba poco, apenas sobre cosas circunstanciales, el viaje, el tiempo y alguna otra cosa parecida. Después de la comida, hablaban mucho. Él podía extender sus consideraciones sobre cualquier tema. Víctor lo oía sin interrumpirlo y parecía complacerse de todo. A él le gustaba llegar al fondo de las cosas y las explicaba, a su manera, tratando de que todo quedase perfectamente claro. Cuando terminaba opinando, como si algo se lo exigiese, Víctor no decía nada, callaba, y él

no sabía si su callar era negación o asentimiento, aunque quizás fuera esto último, era lo más probable. Sin embargo, después de aquellas conversaciones y cuando Víctor se había ido, él sentía siempre que había hablado de más, que había dicho alguna cosa fuera de lugar. Se prometía entonces no opinar nunca más; la próxima vez no diría una sola palabra. Luego lo olvidaba y volvía a opinar sobre tantas cosas, incluso sobre las fuerzas armadas, ante el silencio siempre enigmático de Víctor. Después de la comida, salpicada con bastante vino, aún podía tomar otra copita (algo fuerte con el café) y entonces le venía esa modorra tan linda, sabiendo que había una cama para él en el cuarto alto. “Duerma un poco, don Blas, le va a venir bien”, y él sentía que estaba un poco mareado, pero a la vez sentía que Víctor lo sabía y que no le decía nada; la prueba era que él mismo le ofrecía las copas. El viejo solía subir las escaleras, entonces, pensando que había un contrasentido, porque si tomaba allí, en la casa de él, Víctor no se enojaba, pero si lo hacía afuera, no lo podía tolerar. Eran hermosos esos días, pero el día acababa pronto; a veces, cuando se levantaba de la siesta, Víctor se había marchado y ya no lo vería hasta el mes próximo. Era duro tener que esperar otros treinta días para verlo sin disgustarlo, para decirle algunas cosas que siempre callaba por temor. Entonces lo acechaba, como decía Víctor, lo seguía para mirarlo, para que su viaje y su amor no quedasen inconclusos.

Durante un instante, las dos filas de guerreros parecieron desaparecer; se habían ido quizás por la bocacalle que acaba de cruzar. Ya estoy en la cuadra de la agencia, menos mal. Los guerreros habían sido sustituidos por hombres muy parecidos a los que integraban la banda en la plaza de las palmeras; tenían la mansedumbre de ellos. Y, aunque no la tuvieran, él estaba acostumbrado a verlos. Los había oído durante años en la plaza, hacia el crepúsculo, en sus bancos rosados emboquillando sus trompetas. Porque estar en aquella plaza era en cierto modo verlo o saberlo todo. Los ritmos de la banda y el de las hamacas formaban, después de todo, la increíble hazaña de la vida, y desde uno de esos bancos, entre los árboles, podía ver las leñas de Chepes, el liceo, el paso del

cometa incendiando las crestas de las palmeras y la bala que interrumpió el correr del estudiante sobre la avenida. Conocía todo aquello. Los hombres lo leían en sus atriles, pero lo callaban y simplemente tocaban; seguían el ritmo establecido por la batuta. Esos hombres afortunadamente estaban ahora acá. Conocía sus miradas y sus resignaciones. Menos mal, porque ahora voy a saber lo que hace mi mujer. Pero de pronto advirtió que, en vez de trompetas, los músicos emboquillaban lanzas o alfanjes, tajo por aquí, tajo por allá, no puedo cubrirme por ningún lado, estoy en una llanura increíble, los flicornos están armados hasta los dientes, los trombones parecen instrumentos musicales, pero son armas. Aunque sin duda todo era otra de las historias urdidas por su padre en la sobremesa, otra historia fingida por sus despojos para evitar la depredación. No debí dejarlo tomar tanto vino. Alguien, enarbolando un cigarrillo apagado, le pidió fuego. No tengo. Gracias de todos modos. El hombre se alejó rápidamente,; tenía el mismo aspecto del redoblante. Pero la historia de estar en cada peldaño había sido gastada, de manera que ahora, si podía llegar hasta la entrada del edificio, subiría por los peldaños sin tener la sensación de estar pisando el cuerpo de su padre. Cuando el hombre que le pidió fuego desapareció, Víctor sintió que se había dejado llevar por pensamientos absurdos. Es por el olor de la gente, de la muchedumbre, se dijo. En el auto no pasaría nada. Ellos te miran a veces y uno los ve. Eso es todo. En el auto estás protegido.

Cruzó rápidamente por el amplio vestíbulo lleno de espejos. El ascensor seguía sin funcionar. En el tablero la sigla CO.TE.SA. era casi ilegible, pero a él le pareció la más grande de todas junto a otras siglas que anunciaban operaciones inmobiliarias. Había hablado previamente con Joaquín. Su voz no era como la que él recordaba. Joaquín era una parte no atisbada de su vida. En los años de convivencia en la pensión nunca había tenido relieve. No recordaba casi nada importante de él. No tenía vínculos. Un pensionista más, como tantos otros. Cuando la voz de Joaquín le dijo por teléfono que había sido subalterno suyo hasta hacía muy poco tiempo

en la central de policía, Víctor pareció sorprendido. “Hubiera ido a verme”, dijo. “No lo creí oportuno”, respondió. “¿Y cómo es que salió? ¿Quiere volver allá?” “De ninguna manera. Hacía mucho que quería irme.” Todo eso había sido el tono no recordado de su voz. Le había costado mantener el diálogo, pero por lo menos ahora tenía un vínculo, un asidero; el tono de su voz podía ser perfectamente un vínculo.

Subió las escaleras con decisión. La máquina se ha puesto en marcha, pensó. Le gustaba estar en marcha, sentir que después de un peldaño subía otro más, porque eso era acción, los mecanismos de sus defensas se ponían otra vez en movimiento después de tantas contrariedades. Desde el desdichado episodio del estudiante, todo anduvo mal para él. Tuvo que renunciar a su cargo en la policía para no llevar adelante la polémica alentada por los diarios, y, para colmo, se había peleado con su mujer. Pero el estudiante me sirvió para saber quiénes me querían realmente, se dijo. Sirvió para demostrarme muchas cosas. Ahora estás solo, pero sabiendo a qué atenerse. Se sentía como recién salido del liceo, con todo el mundo por delante. Hasta ahora todo lo que había creído definitivo había sido simplemente una serie de etapas. Ahora has quemado etapas. Ahora estás otra vez con todas tus fuerzas.

Sobre el vidrio opaco de una puerta, estaba pintada la sigla. Este Joaquín, se dijo. Una secretaria lo introdujo en una sala de espera donde había dos hombres y una mujer sentados, un perchero y una mesita con revistas extranjeras. Se acordó de su primera extracción de muelas. La sala de espera era parecida. Su padre lo acompañaba. Ya verás que no duele. Él había temido, pero cuando salió se dijo que en realidad no le había dolido nada. ¿Viste que no duele? Nada de dolor. Dio dos o tres pasos por la salita sin decidirse a sentarse. Mejor espero afuera. Desde afuera, a través del vidrio, vio moverse la sombra de la mujer. Vaya a saber qué historias traen éstos. Estás entrando en el mundo de las cosas precarias. Los dos hombres salieron con otro que no había visto. La mujer había entrado en el despacho de Joaquín. Él entró en la salita y se sentó. Se sentía cómodo en su traje civil. Si le duele, que tome

este calmante, dijo el médico acariciándole la espalda. Ojalá todos los chicos fuesen como él. En realidad, no habrá mucho que hablar. Evitar los recuerdos comunes. La misión es bien simple y además debe de acordarse de Margarita, de manera que la entrevista puede ser corta. Ojalá fuera corta. Ojalá pudiese estar poco después atravesando la ciudad por las grandes avenidas a cien kilómetros por hora.



III

No lo reconocí en seguida, quizás a causa de los bigotes, que desfiguraban los rasgos fisonómicos puros que yo recordaba de él. La fotografía suya que habían publicado los diarios no hacía mucho, siendo yo todavía su subalterno, cuando el asunto del estudiante, era de otra época. Yo estaba licenciado cuando lo nombraron y reunieron a todo el personal para conocer al nuevo jefe. Me hablaron del discurso que pronunció entonces, en el que se refirió a una nueva misión de las fuerzas del orden para un nuevo país que comienza. El hecho es que yo hubiera renunciado al volver de mis vacaciones si no me hubiera pedido uno de mis jefes que me quedara unos días más hasta poner al día al nuevo, porque con los tumultos estudiantiles había mucha actividad. Había pensado visitarlo en su despacho para recordarle nuestra amistad y saludarlo antes de retirarme de la actividad oficial (tenía la agencia montada y aquello era un desorden), cuando me enteré de que había renunciado. Según dicen, le pidieron la renuncia para evitar la polémica que se había iniciado con algunos diarios a raíz de la muerte del estudiante. En total, su gestión en el cargo no duró un mes.

Me había anticipado su visita por teléfono, y, cuando la secretaria me dijo que había llegado y estaba esperando, traté de encontrar en mi ánimo una faceta que le fuese favorable

en honor a la vieja amistad. Entró luego en mi despacho y después de mirarme me dijo que yo no había cambiado mucho. No sabía si tutearlo o no. Me pareció un hombre demasiado ceremonioso. Yo habría dudado si no hubiese sabido que era él; hasta ese punto no lo reconocía; pero después de la duda, empecé a reconocerlo poco a poco, descubriendo ciertos rasgos ocultos en una expresión más o menos postiza que trataba de representar un rostro adusto y severo. Cuando cambiamos las primeras palabras (había dicho que yo no había cambiado nada, pero la frase parecía circunstancial, porque a mí me pareció que él no estaba seguro de que yo y el recuerdo que tenía de mí fuésemos la misma entidad), pareció que sus recuerdos y sus ojos se pusieron de acuerdo, porque su rostro perdió entonces una buena parte de su expresión fingida y se acercó, con un breve rictus, a un momento que permanecía en mi memoria a través de los años. Fue como si el coronel volviese súbitamente a su pasado, a su juventud. En ese momento, recordé la fotografía que había visto en el diario, es decir, su rostro en situación de normalidad se acercaba bastante a la imagen del grabado. Allá también tenía una expresión severa que los bigotes trataban de acentuar, pero, pese a que todo parecía normal en la fotografía, uno podía darse cuenta, apelando a los recuerdos de la pensión de la calle Pringles, de que detrás de los músculos tensos, los dientes apretados y las cejas bajas había unos ojos íntimamente temerosos.

El ordenamiento mental que hice de sus rasgos me hizo recorrer un largo camino antes de que el archivo de la memoria me dijese que efectivamente allí estaba él. Sospeché que él podía estar allí, pero no tenía todavía la certeza de que fuera así. Antes de que su cara fuese para mí algo que se separa de la multitud, viví otra vez en un solo instante la fachada descolorida de la pensión, la calle polvorienta, la fábrica y unas grandes avenidas pavimentadas que rodeaban el barrio. Vi también las madre selvas del fondo de la casa, tan tupidas, a Mario, el estudiante de la última habitación, la luna del verano en la galería y el ruido que hacían los insectos y también el ruido de una fiesta, en esa misma galería en la que

Margarita lloraba ante el rostro sin asombro del cadete Víctor. En ese instante, el archivo me dio el dato preciso: se trataba de él.

Recordé aquello entre melancólico y avergonzado. Tanto él como yo éramos entonces jóvenes y tontos, llenos de inhibiciones y estupideces, y nos hacíamos los serios, los adultos para hablar de grandes cosas en la galería, cuando él venía los sábados del liceo y esperaba a Margarita, que no había regresado todavía del conservatorio donde tomaba sus lecciones de piano. Era eso lo que me daba vergüenza. Yo hacía en ese tiempo mi bachillerato a duras penas, en el turno nocturno, y trabajaba durante el día en un estudio contable para pagarme la pensión. Él era más distinguido, nombraba a todas las buenas familias de La Rioja, pero no con el acento de su tierra, que advertí luego tan dulce al oído en la boca de su padre, sino en un tono cuidadosamente estudiado que impedía conocer a través de él su lugar de origen. Lo que me daba vergüenza sobre todo era la actitud que dije, en la que ambos, sin duda, fingíamos para demostrarnos mutuamente que éramos personas muy honorables. Nuestro único tema era el futuro, al que habíamos identificado con el espacio que se extendía por encima de los árboles de la avenida próxima y que podíamos ver desde la galería. Y todo lo que deseáramos era aparatosamente externo, jamás tuvimos un momento de sinceridad.

Después del dato del archivo, su rostro me pareció familiar, aunque, naturalmente, no era el mismo. No tenía ahora Víctor esa especie de fuerza que parecía surgir de él y de todos sus actos. Parecía un hombre íntimamente torturado. Me dije que lo que antes me pareció una postura, una máscara, era, sin duda, el síntoma de un agotamiento. En cuanto se sintió cómodo, comenzó a hablar, pero sin precisar nada, refiriéndose siempre a los grandes temas. Yo no atendí bien esas palabras; estaba ocupado en dejar fluir en mí otra de sus imágenes: la del día en el que llegó a la pensión con el sable que le habían entregado en un acto público. El sable y el uniforme se me desdibujaban un poco; y, cuando trataba de reconstruirlo dentro de ese esquema, él insistió sobre no sé

qué cuestión sobre el destino de los hombres. En ese instante, la entrevista me pareció absurda, como si tuviera que avergonzarme de ella. Era como si nos hubiéramos juntado otra vez en la galería de la pensión y estuviésemos fingiendo grandes propósitos. Como si nos hubiéramos puesto a contar todo lo que habíamos pasado a través del futuro ya vivido, pero que en vez de contar lo sucedido estuviésemos inventado.

No solamente me sentía incómodo, sino que no era dueño de mí. Estoy acostumbrado a tratar a mis clientes con cierta fría cortesía que los obliga a exponer sin rodeos el cochino asunto que generalmente los trae. Aparecen poniendo cara de santos para decir finalmente que el marido o la mujer o el socio están dando pasos falsos. Hay toda una psicología del tipo que sabe que lo han pasado al cuarto. Yo, de este lado del escritorio, estoy inmunizado del mundo que ellos representan. Para mí los únicos problemas son los ingresos mensuales, el alquiler del local, los sueldos de mis colaboradores, y aparte de eso, vivo en un perfecto equilibrio con el resto del mundo. Eso me da seguridad sobre mis clientes, y ellos lo sienten así, estoy seguro. Hay toda una garantía detrás de uno. Ellos fuman, se mueven en sus asientos, tosen y hablan y toman expresiones que aparentemente son naturales y que, en realidad, son siempre medrosas, para explicar de algún modo que ellos se ven en esa situación por una razón ajena a ellos mismos, pobrecitos. Son seres anónimos, caras que apenas si he visto en una parada de ómnibus o en un café del centro. Nuestro trato es meramente comercial, o sea que se basa en una serie de normas fáciles y elementales que cualquiera puede cumplir. El coronel, en cambio, pertenecía desgraciadamente a una parte de mis recuerdos (quizás a esos recuerdos que uno trata de olvidar voluntariamente) y no me permitía tratarlo como a los demás. Pero, por otra parte, tampoco era un amigo, una persona a la que uno puede hablarle lisa y llanamente, sin cortapisas ni falsas cortesías. Simplemente habíamos sido amigos en un tiempo que había perdido toda importancia para nuestras vidas actuales, situadas sin duda muy lejos del centro de la galería iluminada donde habíamos dicho tantas

estupideces. El Víctor que yo hubiera podido sentir como amigo, al que él apelaba ahora, era para mí su fotografía en los diarios, con sus absurdos bigotes que le daban el aspecto de un disfrazado. Por otra parte, es difícil tratar a una persona que alguna vez ha tenido un vínculo con nosotros, pero que, al mismo tiempo, es un vínculo inexistente. No sabía si tratarlo como a un ex amigo o como a un simple cliente que estaba del otro lado del escritorio soslayando las leyes y las buenas costumbres. Su aspecto de derrotado había iniciado en mí un leve sentimiento de piedad, que perdí cuando me dijo, contestando una pregunta, con una suficiencia que buscaba no sé qué, que él se había enterado de que yo era el dueño de una agencia privada de investigaciones por sus propios informantes. “No olvide que fui miembro de la SIDE”, dijo con una mezcla de seguridad y espanto que me impedía ser sincero con él. Debí de advertir mi expresión de perplejidad, porque agregó, con sinceridad y tratando de abandonar su postura anterior, que de no ser yo su amigo, de no existir un vínculo entre ambos, jamás hubiera recurrido a una agencia de investigaciones para tratar de solucionar sus problemas. La explicación me pareció razonable y traté de recuperar el sentimiento de piedad que se había iniciado en mí momentos antes. Piedad que no impediría, por otra parte, que yo pensara, antes de saber a quién debía investigar, ordenar que lo investigasen a él mismo, si era necesario, como hago con muchos de mis clientes para enterarme de algunas cosas que ellos mismos ocultan y que son necesarias, a veces vitales, para la investigación.

No me animaba a decirle “al grano”, como hago con otros clientes en situaciones parecidas, y llamé a mi secretaria para que nos sirviese café, no tanto por el deseo de invitarlo, sino para tratar de lograr, después de esa interrupción, un nuevo rumbo en la situación. Pedir el café significó un alivio momentáneo, porque en seguida, por la vaguedad de lo que él decía, volví a sentirme incómodo y sobre todo por no poder tenerlo en la circunstancia primordial y natural en que deben estar todas las personas que tienen trato comercial conmigo. Cuando se dan esas circunstancias, todo se resuelve fácilmente.

te. De lo contrario, surgen siempre problemas que nada tienen que ver con el asunto. La situación a la que me refiero es bien clara. Ellos vienen a mí por motivos de los cuales son responsables, por no haber cumplido o no haber sido cumplimentados en algunas de las cosas que las leyes y los estatutos indican expresamente, y yo debo averiguar qué punto de gravedad hay en todo eso. Allí termina mi misión. Un paciente ve a un médico porque le duele algo, y el médico puede averiguar el punto de gravedad de su mal y se lo dirá o no. Pero no va a matarlo. Eso lo hará después un verdugo, ¿no es así? Mi profesión es igual. El coronel, en cambio, no sé si por haberme conocido en otros tiempos, tenía todo el aspecto de venir a pedirme que yo mismo ejecutara a los que no habían cumplimentado en él lo que ordenan los códigos. No venía a pedirme, me parecía, el cumplimiento de una tarea rutinaria, según lo expresa claramente mi propio código en los avisos que pongo en los diarios: "Agencia privada de investigaciones, seguimientos, persecuciones, pruebas, absoluta reserva." Eso es muy claro. Todas estas presunciones me impidieron en el primer momento ser con él todo lo franco y espontáneo que quizás él hubiese deseado.

Estábamos tomando el café cuando reiteró por tercera vez que había visto el aviso en el diario y que después le *informaron* que se trataba de su antiguo amigo. La frase era, para mí, más que un estancamiento, un retroceso. No avanzaba más, no preguntaba nada. Hubiera sido natural hablar de cosas comunes, de antes, o por lo menos de la actualidad, de cosas cotidianas, pero él estaba como el muchacho estúpido en el centro de la galería y me hacía sentir a mí tan estúpido como él. Decidí que le costaba evocar cualquier cosa vivida en común, porque quizás ninguna tuviera para él una significación precisa; de modo que yo mismo empecé a preguntarle algo. "Sí, me acuerdo, o me parece que me acuerdo", decía sorbiendo su café. Estuve por preguntarle por la mujer, pero no sé qué olfato especial me llevó a callar. Sospechaba desde el principio que el problema que lo traía se relacionaba con ella. En la última semana, casi todos mis clientes habían resultado simples cornudos, quizás por eso, callé.

Después pareció animarse un poco y se puso a hablarme de su breve gestión como jefe de policía. “Se ve que participaste en el golpe”, pensé, un poco para tratarlo como a un cliente normal y que en todo caso significaba simpatía. Habló de la última revolución como si se tratara de la única y dijo que estaba plenamente identificado con ella. “Soy un hombre de la causa”, dijo, y se refirió al estado de descomposición en que se hallaba la repartición policial cuando él se hizo cargo de su jefatura. “Sin seguridad interna, sin orden interno, no puede haber progreso”, dijo. Se extendió bastante sobre el asunto, pero en ningún momento mencionó al estudiante muerto. Me hubiera gustado para ampliar el tema: yo había conocido al estudiante, había procedido con él no solamente cuando lo mataron, sino cuando golpes militares anteriores crearon climas de agitación, pero él parecía ignorar el problema central que para la opinión pública había tenido la repartición durante su gestión al frente de ella.

Estaba hablando de su retiro de las fuerzas armadas cuando terminó su café y, colocando el pocillo en el plato, dijo “al grano”. Yo lo miré con atención y tomé la lapicera. Comenzó a hablar tratando de definir con una especie de encabezamiento una situación para él demasiado compleja, una especie de mezcla de hechos y de recuerdos que no me aclararon nada, a no ser la certeza de que se trataba de un hombre de inteligencia trabada.

De todas sus palabras, que pretendían seguir un orden estricto, pero que nada aclaraban en hechos o conceptos claros, pude sacar en limpio que su mujer andaba dando pasos falsos. La palabra *pecado* que se le escapó para referirse al asunto me hizo pensar otra vez en los jóvenes tontos hablando en la galería. Desvié la atención de lo que esa palabra podía significar para tener un panorama claro del denunciante (siempre necesario cuando este tipo de trabajo se complica un poco) y me dije profesionalmente que se trataba de un simple seguimiento. Seguir mujeres infieles es una cosa muy fácil en nuestro trabajo. Pensé que me liberaba del asunto y que la tarea podía ser cumplida perfectamente por un colaborador, pero él salió al encuentro de mi pensa-

miento diciéndome que debía ocuparme personalmente de su asunto.

—Hace años que no veo a Margarita— dije.

—No ha cambiado mucho —dijo él—. Es decir, físicamente.

En su aparentemente ordenada exposición, Víctor expuso algunos hechos más o menos importantes, pero, en general, se dedicó a interpretarlos. Además de su mujer mencionó a su padre, a la suegra y a Mario, el estudiante de la última pieza, aunque a este último no por su nombre, pese a la importancia que tenía en ese momento.

—Como usted recordará —dijo subrayando sus palabras— ese estudiante mantuvo relaciones con mi mujer hasta que me conoció a mí.

—No lo recuerdo —dije.

—Actualmente, es dueño de un negocio cuyas señas le daré en seguida —dijo.

—Perfecto —dije yo.

Cuando parecía estar entrando de lleno en su problema diciendo que ese hombre se había visto con su mujer no hacía mucho tiempo, comenzó a hacer consideraciones sobre el mal, que acosaba al hombre ocultándose permanentemente bajo formas distintas. El hombre debía dedicar su vida a descubrir sus reductos para destruirlo. Yo tenía que comprender que no eran los seres humanos los culpables, sino el mal, que se adueñaba de ellos. “Desgraciadamente—continuaba—, la destrucción del mal implica casi siempre la destrucción de las personas donde él habita. No sé si me explico.” Dijo que él había vivido siempre acosado por el mal, que le había impedido vivir su vida “de acuerdo con las normas rectas y justas que usted y yo conocemos”. Siempre había luchado contra él no solo individualmente, como persona, sino desde la función pública. Cuando comenzó a razonar así, cambió de rostro, se enardecía, su respiración se hizo agitada. Al rato se serenó otra vez; parecía que se había liberado de algo. Volví entonces a insistir para que siguiera un orden coherente dándome los datos que yo necesitaba para mi trabajo, pero no me oyó y comenzó a elogiarme diciendo-

me que yo cumplía una hermosa misión, y habló de la importancia que los policías tenemos en el mundo. Volvía a hablar a lo grande, relacionando sus experiencias con un orden universal. Se refirió también al país, “permanentemente castigado por la inmoralidad de la gente y los políticos venales”.

Finalmente logré introducirlo en un diálogo que me permitiría averiguar lo que necesitaba para mi trabajo.

—Quiero saber, estimado amigo —le dije—, si mi trabajo se limitará a ayudarlo a reconstruir cosas vividas en común o a seguir a su mujer.

—Un poco las dos cosas —dijo—. No olvide que yo iba a esa pensión una vez por semana y que usted estaba allí todo el día. Puede ayudarme a reconstruir muchas cosas.

—Yo trabajaba todo el día, sólo iba por la tarde para comer algo y salir para el colegio. ¿Recuerda que yo estudiaba de noche?

—Bueno, en realidad, quiero que investigue.

—Perfecto —expresé—. Según eso, ¿debo seguir a su mujer?

—Por un lado, sí —dijo con temor—. Pero lo que más me interesa es otra cosa.

—Usted dirá.

—Eso relacionado con el recuerdo.

—Ya le dije que mis recuerdos de ese lugar no son muy claros.

—Bueno, no se trata de eso exactamente. Quiero que usted reconstruya cosas que pasaron.

Lo miré como si no entendiera nada.

—Me refiero a sus relaciones con ese muchacho. Necesito saber hasta dónde llegaron.

En ese momento, me acordé del estudiante muerto. En la revolución anterior nos ordenaron buscar y apresar a varios sospechosos, entre ellos al estudiante aquel. Lo sacamos de la cama con el comisario Egusquiza, que le dio una patada en los testículos. Hacía una semana que lo teníamos preso; ya había dicho todo lo que podía decir, no había dudas; pero Egusquiza quería sacarle más de adentro. “Debe saber más; hay que

llegar al fondo”, decía. Estaba ahora por decirle al coronel lo que le hubiera respondido entonces a Egusquiza, decirle, por ejemplo, que hay un punto en que los seres son inviolables y no se puede ir más allá sin destruirles algo, pero dije simplemente:

—Parece difícil.

—¿No es su oficio? —replicó.

—De modo que deberé seguir los pasos de dos Marios: el de antes y el de ahora —dije.

—Exactamente.

—Digamos que usted quiere conocer el origen de este asunto.

—Así es. Porque hay alguna razón en el pasado para que se repita ahora en el presente.

—¿La pensión continúa o ha desaparecido?

—No lo sé. Desde que murió mi padre, no he vuelto por allá. Mi mujer hace tiempo que no va, creo.

Después de tanta conversación, se trataba de averiguar hasta dónde habían llegado las relaciones entre su mujer y Mario y qué pasó después entre ellos cuando se encontraron. Una historia simple y vulgar que él agrandaba desmesuradamente y que por eso mismo despertó mi piedad. De lo contrario, no me hubiera ocupado del asunto.

—Perdóneme —le dije—. ¿Ha intentado preguntárselo a su mujer?

—En ningún momento, y ahora es tarde para hacerlo. Estamos prácticamente separados.

Se había animado ahora, parecía más dueño de sí; el tono de su voz era convincente.

—Quiero advertirle que es muy difícil reconstruir una cosa ocurrida hace tantos años. Ni siquiera sé si viven todos los actores.

—Por supuesto que no se trata de una reconstrucción precisa, no le pido que averigüe qué pasaba en la pensión en los días de semana que yo no estaba, aunque eso sería lo ideal. Necesito saber cuál era el clima real de la casa justamente en los días en que yo no estaba, porque pienso ahora que el clima que me mostraban los fines de semana no era el mismo que

se respiraba todos los días. Pienso que se trata de una gran estafa.

Estaba ansioso de una respuesta mía. Dejé de dibujar sobre el papel donde había comenzado a anotar algo cuando se inició la conversación, por si aquella actitud contribuía a aumentar su ansiedad creciente. Parecía congruente lo que decía, pero a mí me sonaba a falso. Dejé de dibujar, pero me quedé pensando sin saber qué decir.

—Los actores viven. El sujeto en cuestión, ya le dije, tiene un negocio aquí cerca. Mi suegra vive todavía. Sé que estaban por vender la pensión para ir a no sé qué pueblo del interior. Eso complicaría un poco su tarea. No sé nada más de ellos. Hace mucho que estamos totalmente desvinculados.

—¿Su mujer le dijo que se había visto con Mario?

—Sí, me lo dijo, pero eso no significa nada.

Me quedé pensando otra vez.

—Necesito saber si será posible esa reconstrucción —dijo.

La monotonía del tono de sus frases me llevó otra vez al clima de la galería. Era el joven tonto preguntando o afirmando cosas. Yo no me animaba a decirle que me parecía absurdo y me sentía tonto también.

—Técnicamente es casi imposible —dije sintiendo que estaba diciendo yo también unas estupideces espantosas—. Del Mario actual y de la Margarita actual me hago cargo; pero de lo que ellos fueron no puedo garantizarle nada —agregué tratando de salir de la imbecilidad.

—Pruebe de todos modos, se lo ruego —dijo en un tono más congruente, casi fuera de la galería aquella.

Cuando se levantó para irse, logramos decir algunas cosas normales, volvimos a cierta congruencia impuesta por las frases circunstanciales. Pero cuando salió y cerró la puerta, llevándose mi promesa de que entraría en ese juego ridículo, volví a tener la impresión de estar conversando con él en la galería.

Mi colaborador había estado esperándome todo el tiempo en la sala.

—¿Algo importante? —preguntó.

Y su frase me pareció terriblemente estúpida.



IV

—Estamos en la calle Pringles al 5000, mi coronel —dijo el asistente.

—Continúe —dijo Víctor— *'porque de allí a la muerte, es necesario que usted lo sepa, hay muy poca distancia, sobre todo a la edad de su padre, se lo digo como médico, pero también como amigo, siempre que sea una parálisis como la que usted describe.*

Pringles 318, la palabra pensión arriba y el olor de la cocina. Ese parecía el primer dato de la mente anticipando una sucesión interminable. Como si tuviera una cronología propia, la memoria no le daba por ahora datos ordenados de la vieja pensión, no le mostraba la imagen de él mismo, con su padre, cuando llegaron por primera vez con la dirección anotada en un papel, sacada de un viejo baúl de las tías enlutadas que bebían el agua de los cántaros. Pero el papel se borraba, no alcanzaba a tener forma alguna, y el signo Pringles 318 aparecía en cambio cuidadosamente dibujado en un sobre rectangular que venía de La Rioja con su nombre y esa dirección. Adentro había una carilla escrita por el padre con la relación minuciosa de sucesos menores, datos sobre parientes, lluvias caídas, etc.

Pringles al 5000 no era la calle asimilada. Podía ser cualquier calle. Sus veredas y sus fachadas no tenían ninguna correspondencia con él. Sus recuerdos nacían en el 318 y

llegaban quizás al 500. Después, la calle pertenecía al mundo externo, más allá del espacio abarcado por la extensión de las cadenas de las hamacas en la plaza de las palmeras y de los tambores de su padre. La cuadra del 300 tenía, en cambio, una equivalencia exacta dentro de su cabeza, dada quizás por un color (el polvo sobre las frondas de los árboles en la avenida inmediata) o el rumor de los trenes (el polvo que levantaban los trenes al lado de la avenida) y de la fábrica en su respiración incesante. Pero no era eso tampoco: adentro había cosas que existían como vísceras no presentidas. Mejor no pensar en el polvo sobre las frondas o en el sentimiento de las vísceras, total él todavía estaba en el 5000 y era mejor dejar todas esas cosas para la cuadra del 300. Pero de pronto llegaron los dientes de doña Dora, como un sobresalto, y el odio concentrado en sus pupilas pequeñas. Alzó un brazo como para indicarle al soldado que doblase, que irían para otro lado; olvidé que tenía un compromiso urgente, claro, la reunión con los representantes de las fuerzas vivas, pero la boca no dijo nada, sus dientes permanecieron cerrados, apretados, y el gesto del brazo se perdió en el aire, no puede ser que no vaya a ver a mi padre cuando está muriendo. Tres mil. Hasta acá llegaba antes el pavimento, y ahora también. No ha cambiado nada.

Pero no llegarían los recuerdos, porque la cuadra del trescientos... Dejar para allá todo lo que quiere salir ahora. Cuando llegue al trescientos, una llama me quemará la cara. Dentro de la pensión, en la cuadra del trescientos, los codos de su padre se levantaban como dislocados alzando los palos para tocar el tambor en la marcha inicial y en la final. Durante el desarrollo del concierto, su padre usaba su uniforme blanco, su gorra desmesurada y ponía las partituras en los atriles. Las había copiado él mismo con signos musicales menudos (éstas que parecen negritos saltando un cerco son las fusas), unos puntos como gotas de agua llenas de tinta azul y largas ligaduras que parecían el paso de un cometa. ¿El uniforme blanco o el marrón terroso? Porque si era blanco, como parecía que era, el viento venido por el desierto agitaba las puntas de las palmeras en la plaza e inflaba las mangas de

las chaquetillas, y las madres con sus niños y los soldados dominicales con sus amores domésticos andaban por allí mientras el tema de *Coriolano* se hundía decididamente en el fraseo profundo de los trombones. Si era marrón terroso, en cambio, un aire apenas frío serenábase en los pinos (retoño del pino de San Lorenzo, en sus ramas hay un resplandor de gloria, descúbrete) y su padre, abotonado hasta el cuello, levantaba los codos para dejar caer los palos rítmicamente sobre el parche con los ojos clavados en el director, mientras él y su madre, mientras él y el color bronceado de la piel de su madre (porque decididamente su color era lo único que había retenido de ella) miraban desde el banco el desaliñado transcurrir de la tarde del jueves en la plaza de las palmeras y oían la marcha donde el héroe de Corioles era conducido por los heraldos hacia su urna funeraria. En la pausa que señalaba el cambio de tema para entrar a selecciones de música popular, los uniformes blancos o marrones se erguían y se dispersaban alrededor de los bancos silenciosos donde habían quedado los instrumentos y la marca de la saliva de los músicos. Entonces su padre se acercaba, acariciaba los cabellos de la madre (¿de qué color?), lo miraba a él y después liaba pacientemente un cigarrillo. "Ahora vamos a tocar algunos tangos." Pero no era él quien tocaba, apenas servía su padre para las marchas iniciales y finales y para cambiar las partituras en los atriles mientras algún saxo le decía en voz baja, con sorna, que contara algo de los astros. Tres mil.

Y la avenida pasó como un sonido. No tenía por qué hablar con doña Dora. Saludarla cortésmente y después encerrarse con su padre. Para colmo era una mujer que no se daba cuenta de las situaciones, que no había entendido nunca sus desplantes y que, cuando lo veía, seguía tratándolo con un estúpido afecto. Menos mal que la inocencia. La avenida pasó como un sueño, resultó un buen chofer el tontito este, pero la avenida pasada es ya como la otra, que tenía los árboles altos y frondosos con las copas llenas del polvo que levantaban los trenes, sobre todo al venir del liceo. Claro que a veces era invierno, y las hojas habían caído, los árboles estaban desnudos, tenían el uniforme marrón terroso de la plaza donde se

mecían las hamacas siguiendo un ritmo contrario al de la música que ejecutaba la banda. Los dientes de doña Dora parecían postizos y eran como el dibujo de las bocas de las tías. Tu único defecto es tu madre, le había dicho una vez a Margarita, y ella asintió con sus ojos invictos, todavía no tenía esa frente llena de sombras y de resentimientos. Los dientes de la mujer, de doña Dora, impedían ver los codos levantados del padre cuando redoblaba sobre el parche mientras las mangas de la chaquetilla se inflaban con el viento, pero ahora, hacia el dos mil, habían desaparecido felizmente, y el padre lo despertaba en medio de la noche. No quiero levantarme. Pero hijo, se trata de algo muy importante, es el cometa, tiene que verlo. Allá en la pieza vecina se oía el rumor de la madre, que sin duda ataba su cabello para levantarse y ver también al cometa en medio del cielo, pero, desgraciadamente, la madre no salía nunca del cuarto, o él no la veía salir, porque, después lo sabía, estaba afuera. Afuera él tenía los ojos como clavados en la bola de fuego y no podía verla a ella, que tiritaba quizás también con los ojos alzados, oyendo las explicaciones de su padre. Si ella hubiese aparecido, él la recordaría ahora, tendría algo más que el color de su piel y la certeza de su calor irrecordable. El padre lo envolvía en la frazada y alzaba un dedo hacia arriba. Volverá a la tierra dentro de 76 años. Estará en ese mismo lugar, cuando transcurra ese tiempo, esperándonos. Después la voz de la madre llegaba inmensamente: por favor, Blas, este chico está aterrorizado; por favor, vamos adentro. Él desde la cama oía después *parabólico y elíptico*, palabras que sin duda, en su inexplicable significado, expresaban todo lo que de terror le había producido a él el paso por el cielo de aquella cabeza con su inmensa cabellera. Nunca había visto a su madre con la cabellera suelta; era larga y hermosa, sin duda, varias veces envuelta sobre la cabeza, para desenrollarse únicamente ante su padre, no puedo salir, Blas, estoy toda despeinada. El limbo.

Los cometas se dividen también como las amebas; en cambio, nosotros damos a luz los hijos en un largo parto doloroso que dura toda la vida. Un mismo cometa puede dividirse y aparecer después con dos cabezas y dos cabelleras,

dos cometas separados por distancias de millones de kilómetros, decía la boca de su padre a través de la puerta de su dormitorio dentro del limbo donde su madre desenrollaba sus cabellos. Por favor, Blas, tengo frío, este chico está aterrorizado. Lo que ahora necesitaba era un buen trago de whisky. La botella está en la gaveta, pero el tontito este. Las hojas no habían caído ahora, el verde de la avenida se divisaba a través del parabrisas y allá adentro estaba su padre y la memoria de los astros. Quiero que me comprenda, papá. No es que yo lo desprecie o lo odie. Cómo voy a odiar a mi padre. Sin embargo, pienso en su muerte como en una cosa natural y más bien liberadora. Siempre fuimos muy distintos. Usted fue amado por mi madre, de la que provengo, y de allí surgió todo este asunto. Pero en realidad usted era indigno de ella, de nosotros; somos tan distintos. Uno es lo que es y no puede dejar de serlo. Actuamos en planos muy distintos. En realidad somos como el cometa que se ha dividido en dos. Usted mismo dijo que no hay posibilidad de un encuentro. Están separados por distancias que da miedo pensar. Los padres son cosas de uno mismo que uno abandona. Yo siento que lo quiero, pero no lo necesito. Hay que acostumbrarse a eso. ¿Por qué no aceptar el paso del tiempo? Parabólico. Corniforme. Dentro de la gaveta. Pero no voy a poder estar mucho; la reunión es impostergable. Puedo volver a verlo otro día. La gente tarda mucho en morir. En realidad, la muerte es una serie de postergaciones. Un acto lerdo. Dentro de la gaveta, el tontito. Es necesario que usted lo sepa; hay muy poca distancia, siempre que sea una parálisis como la que usted describe. En realidad no se trata de la parálisis. Ha pasado el tiempo, eso es todo. Crinito. Y el cometa está a millones de kilómetros de la tierra. Caudato.

Su padre levantaba los codos también para pegar cuidadosamente el papel de color vivo sobre el bastidor de caña. Si hay un poco de viento, podremos remontarlo esta misma tarde, decía su padre mientras él, acodado sobre la mesa, veía cómo sus dedos nudosos daban forma al curioso aparato volador. Los había visto remontarse en el cielo, pero no acababa de creer que esas cañas y esos papeles pudieran elevarse según se lo

había asegurado su padre. Siempre entre la felicidad y el miedo; esta vez su padre era la felicidad que se cumplía cronológicamente. Sus manos toscas parecían suaves adelgazándose en sabios movimientos pequeños y en imperceptibles contorsiones para dar al papel la forma volátil deseada. Él ponía el engrudo donde su padre señalaba; no tanto, porque puede empacharse y entonces no volará. Se entregó sin reservas a la imagen feliz de su padre. Pegaron las cintas para la cola. Afuera empezaba a correr el viento. Sirven también para la defensa antiaérea, decía un profesor años después mientras él recordaba las cintas azules que constituían la cola, parecidas en el color a las cintas con que su madre ajustaba su cabello desconocido. Su padre le estuvo dando durante muchas horas toda aquella felicidad. Pero después se la destruyó con la palabra del miedo. *Esto también se llama cometa*, dijo su voz en un pliegue maligno de la boca.

Si ya pasamos el mil, voy a tener que pensar cómo actuar ante doña Dora y todas esas otras personas que sin duda habrá allá, pensó el coronel, pero no miró hacia las paredes para ver la numeración, prefirió dejar que los ojos pasaran apenas por las fachadas para ver si las recordaba, aunque nada le dijese todavía. Pero sin duda en algún punto comenzarían a volverse familiares. Algún color, alguna forma, un poco más allá, concordaría con su memoria. Hasta ahora las fachadas eran de colores reconocibles, pero gradualmente avanzaban hacia el gris, a medida que se acercaban a las vías férreas y al polvo de los trenes. Mientras tanto, las primeras gradaciones del gris lo acercaban, poco a poco, al centro de sus recuerdos.

Le diría al asistente que si se demoraba más de una hora le recordara que a las veinte tenía una reunión impostergable. Encontrarse con el padre y con los fantasmas de doña Dora y de las personas que sin duda la rodeaban, porque siempre estaba rodeada de gente, era menos doloroso que asistir a la contemplación de los despojos del tiempo (cómo me hubiera gustado no haber estado gastado para llegar con usted al triunfo de su vida, decía la voz del padre antes de la parálisis dentro de su carta), a las evidencias de que el tiempo había pasado muchas veces. Por eso no había ido a la pensión en

tantos años, por más que Margarita dijera a veces que se trataba de un no superado desdén por todo aquello. Volver a la pensión significaba un retroceso, una súbita pérdida de la visión de lo que estaba adelante, aunque nunca hubiera visto qué había adelante y aunque nunca hubiera sabido qué quería, qué deseaba, adónde quería ir finalmente. Era justamente lo que dijo aquel oficial de estado mayor cuando planearon aquel golpe: debemos saber qué es lo que queremos, para qué cosa concreta vamos a voltear a este gobierno. Después resultó un traidor indigno de la causa. Ordenar los pensamientos, se dijo. Entrar y saludar como si el tiempo no hubiese pasado. En cuanto a papá, en los primeros instantes será como si nada hubiese ocurrido. Él es demasiado comprensivo.

Todo eso era fácil, pero sin duda lo más difícil era el hecho que estaba ocurriendo, es decir, la ida a la pensión. Porque entrar en esa casa era un hecho definitivamente postergado, y entrar ahora significaba tiempo gastado, algunos pasos del cometa por el espacio incomprensible. Superaría ese contra-tiempo y después se ocuparía concienzudamente del dilema de saber qué era concretamente lo que quería de las cosas. Saber eso significaba sin duda toda la sabiduría. De modo que el hecho de entrar en la pensión y soportar todo lo doloroso no era nada más que una simple distracción para aquella inmensa tarea que realizaría después. Llevaría mucho tiempo, habría que dedicar un día o un mes a cada parte del problema. Si llegaba a saber lo que quería sería, indestructible. Lástima que saber aquello era casi una urgencia, y el paso del cometa, demasiado lento. Dentro de setenta y seis años estará en ese mismo lugar, tus ojos podrán verlo, decía la voz del padre mientras el cabello de la madre se ocultaba en la noche que los rodeaba. En la noche era imposible reconocer el color de la piel, aunque la luz del cometa los bañaba a los tres con un resplandor casi lechoso y aparecían animales y molinos y plantas a la distancia como si estuviese amaneciendo. Los motivos de su padre, como casi todas sus cosas, eran erróneos. No coincidían con la realidad. La urgencia por saber qué era lo que quería no tenía relación con el paso del

cometa, que abarcaba dos o tres vidas en su inútil parábola. Todas las cosas que pudiera decir sobre los astros no llegaban más allá de la cometa de papel que trataron de mantener inútilmente en el aire aquella tarde. Sin duda, su padre había estado siempre muy lejos de saber lo que quería y no pudo hallarlo en los inútiles libros que traía de la biblioteca. Ahora él tenía que ganar el tiempo perdido, dedicar todos sus esfuerzos al conocimiento del verdadero deseo. Por eso la visita a la pensión no era en modo alguno una distracción, una detención, sino una simple pausa dentro del movimiento, porque después de todo conocer otra vez a su padre significaba, sin duda alguna, una parte del conocimiento de la verdad que se apetecía. Su mente desde ahora estaba entregada a esa meta, de manera que entraría sin vacilaciones y vería pasar todo como los árboles desde la ventanilla del tren; parece que estamos al ochocientos.

Las fachadas eran casi completamente grises y parecían tener correspondencia con sus vísceras. La casa de altos de la familia Puig apareció nítida en el aire con el balcón cuidadosamente igual a sí mismo, allí donde estuvo con Margarita muchas veces en las reuniones que hacían los sábados para bailar y tomar unas copas. Era en el salón de la planta alta, y ellos, hacia la medianoche, salían al balcón para ver las luces de la ciudad, y, cuando estaba por verlas ahora, otra vez, el automóvil había pasado ya, estaba cerca de la fábrica de soda (todavía) donde había siempre camiones estacionados. Las vías férreas eran ahora nítidas; la puerta giratoria para los peatones estaba allí. Muchas veces lo vio entrar a su padre y levantar la mano libre mientras en la otra traía su pequeña valija. Era cuando él y Margarita huían de los pensionistas, de sus charlas estrepitosas y de su falsa camaradería para sentarse en el banco de la vereda y ver pasar los trenes por la vía inmediata. Muchas de esas veces había aparecido su padre levantando una mano. Después llegaba y decía siempre lo mismo: hacía mucho calor en La Rioja, así que decidí venir; acá se respira mejor. Doña Dora se alegraba cuando lo veía, reía con esos dientes agresivos y se apresuraba a prepararle un cuarto. Usted sabe que siempre tengo un cuarto para usted.

Y después venía todo lo demás. Ni siquiera eran recuerdos vivos, ni siquiera tenían la dulzura nostálgica de otras evocaciones. No valía la pena atenderlos un solo instante, eran repeticiones sin sentido. Un mundo todavía demasiado próximo, pese al tiempo transcurrido. Frente a la fábrica de soda, pero un poco más allá, había sin embargo algo que no era opacidad. Era la casa de la familia Hernández, donde él se refugiaba cuando se disgustaba con doña Dora. Su trayecto, de una cuadra, había sido recorrido muchas veces por Margarita, que trataba de apaciguar su ánimo y el de su madre. Lo hacían dormir en un cuarto limpio y muy bien ventilado y ante su preocupación, sonreían y decían "ya pasará, es normal que ocurran estas cosas". Todo era perfecto en esa casa, desde la disposición de los muebles hasta la figura de sus habitantes. Mirta, la hija, por ejemplo, era como una sombra en la casa, con sus libros y sus vestidos que parecían fundirse en ella misma, como si fueran enteramente piel. Su padre, apolíneo, que desde su sillón levantaba de vez en cuando la vista de su lectura para decir algo siempre atinado, y la esposa, ese prodigio de feminidad. Había siempre silencio en la casa, como si sus moradores anduviesen de puntillas para no alterar la vida permanente que surgía de muebles, paredes y cuadros. La familia y los amigos que visitaban la casa se movían en planos seguros, en direcciones cuidadosamente previstas de antemano; sin duda alguna, todos ellos sabían lo que querían. Aquella noche iba a dormir allí. Había discutido con doña Dora y no quería volver a la pensión. De pronto, él se puso a hablar de doña Dora porque sabía que los habitantes de esa casa reprobarían su conducta. "Ustedes deben de saber perfectamente que ella tiene un amante, miren qué ejemplo para la hija", había dicho él. Hernández padre, ante el silencio de Hernández hijo, sonrió como atribulado (sin duda su sonrisa era reprobación) y dijo que eso, de todos modos, no tenía relación con el motivo del disgusto. "Cómo me comprendían", pensó. La casa había desaparecido antes que él la evocase, pero miró hacia un costado por si la descubría. Sin duda todos ellos habían cumplido un alto destino. Sin duda no sufrían ninguna forma de la precariedad.

En la precariedad se nace y ella dura toda la vida, salvo cuando se le sacrifica la tranquilidad como yo, para luchar por algo más alto. Pero lo que vieron sus ojos fue la cuadra del trescientos, el almacén de ramos generales con su mostrador de estaño anexo, adonde iban los borrachos de la fábrica, amigos de su padre. Adentro estaba su padre. Desde allí había llegado borracho muchas veces a la pensión. Te juro que no aguanto más; ahora mismo voy a buscarlo. Víctor, estás con el uniforme. Ese es un lugar muy feo. Pasó por la casa de los Hernández y tuvo que saludar cortésmente a la hija que salía en ese momento, miren qué situación de bochorno. El sable de cadete le bamboleaba, todavía no se había acostumbrado. Él no recordaba nunca esa situación, salvo el paso por la casa de los Hernández y el bamboleo del sable. La versión que contó a Margarita fue muy distinta. Su padre, años después, en tono casi risueño, se la recordó tal como había sido. Yo estaba por defenderlo. Eran unos obreros grandotes. Conmigo no hubo problemas, no los había habido nunca. Usted llegaba y me decía vamos papá, yo tomaba el último traguito y salía. Me voy con mi hijo, les decía a ellos, que eran unos buenos amigos míos. Entonces nos íbamos despacito para la pensión, y yo, para calmar su enojo, sacaba de la valija las pasas y las frutas que le había traído desde La Rioja y que no le había mostrado antes. Pero aquella vez los obreros se enojaron. Bustos no lo quería a usted. Yo le había dicho a usted: no estoy borracho, hijo; estamos tomando unas copas con los amigos. Bustos le dijo a usted que había que tener más respeto por el padre, si no le habían enseñado eso en el liceo. Usted no dijo nada. Los otros muchachos tomaron el asunto a la ligera. Se reían (y eso no me gustó) de su uniforme. Parece que llegó el carnaval, fíjese lo que dijeron. Usted no sacaba los ojos de mí, muy abiertos y con mucha rabia, y no le importaba nada de lo que decían los otros. Yo no sabía qué hacer; los conocía bien y sabía que detrás de la burla y de la risa podía venir lo que estaba sintiendo Bustos. Bustos se había acercado mientras tanto, y usted dijo ese es el ejemplo que me das. Bustos dijo acá no queremos maricones y lo trató de pelotudo, fíjese lo que dijo. Usted no giró la cara hacia él, siguió

mirándome a mí con esos ojos próximos al odio, creo. Pero yo no me preocupaba por mí; conozco bien a esa gente, he andado mucho por el mundo y estaba pensando en cómo defendería a mi hijo. Por qué se vino con el uniforme, pensaba, pero no tenía tiempo para pensar mucho en esas cosas porque los tipos parece que estaban decididos a algo. Este es el ejemplo que le da a su hijo, decía usted cuando Bustos le puso una mano en el hombro. Mirá muchacho, es mejor que salgás de aquí, te pueden arrestar por entrar en lugares donde hay gente que trabaja para vivir. Usted sin duda no se acordaba de esto porque durante todo ese tiempo estuvo mirándome. Después, cuando Bustos lo alzó en el aire tomándolo por la ropa cerca de la nuca y usted comenzó a sacar el sable yo me abalancé sobre él, pero los muchachos me detuvieron. Usted cayó en la calle, y por detrás llegó el sable que le había quitado Bustos. Yo no quise seguirlo; usted se levantó y nos insultó a todos. Quise salir después, pero ellos me detuvieron mientras Bustos bajaba la cabeza, creo, y pagaba la cuenta y salía diciéndome perdonemé don Blas. Usted desapareció en seguida, y yo no me animé a verlo otra vez, así que me quedé allí con los muchachos. Tomamos varias copas esa tarde. Era domingo, estoy seguro. Cuando oscureció, salí despacito para buscar a Bustos y darle su merecido. No me gusta la violencia, pero en ese caso se trataba de mi hijo. Yo sabía que a usted lo había afectado mucho el asunto. Después volví a la pensión pensando que Margarita y doña Dora me dirían todo lo que me hubiera dicho usted, pero ellas no variaron su actitud de siempre. Doña Dora me dio un café bien cargado y me llevó a la cama. No le dé importancia a estas cosas, don Blas, dijo, y, desde la galería, Margarita, con su vocecita de siempre, me dio las buenas noches. Al día siguiente salí para La Rioja y estuve tres meses sin volver. Me daba vergüenza. Pero algún día voy a encontrar a ese Bustos; tengo tres o cuatro cosas guardadas para decírselas.

—Pare aquí, en el 318 —dijo el coronel.

La casa de enfrente le trajo todavía algunas asociaciones súbitas, algunos rostros imbatibles que permanecían pese al

voluntario olvido. Ante esas figuras temía llegar, no sabía por qué, con el uniforme puesto. Y ellos siempre estaban allí, en la puerta, cuando él llegaba con el uniforme, la valija y el sable bamboleante. Si él miraba hacia allá, ellos saludaban con una voz fuerte; decían buenas tardes en un tono efusivo, como si fuesen viejos amigos. Pero nunca miraba, pasaba por delante mirando un punto fijo en el aire, menos mal que en seguida entraba en la pensión. Ellos no decían nada si él no los miraba, aceptaban su indiferencia como una cosa natural. Cada día le costaba más encontrar el punto en el aire.

—Si demoro más de cuarenta minutos, recuérdeme que tengo una reunión —dijo el coronel al chofer y enfrentó a doña Dora, que había salido y a la que había visto muy pocas veces en los últimos años, pero las suficientes como para estar enterado de su paulatina vejez.

Doña Dora dijo algunas palabras que lo enteraron de las últimas novedades. Él, después de muchos “claro, sí, no, correcto”, dijo “estoy perfectamente enterado de su evolución” y “cómo le va Luis”, viendo que éste lo miraba. Después lo condujeron hasta el cuarto del viejo, que daba a la galería.

—Ahí lo tiene; trate de no decir cosas que lo intranquilicen —dijo la mujer y desapareció.

Luis, con una mano, le indicó primero que no entrara y luego, como habiendo oteado el horizonte para cerciorarse de algo, le dijo que avanzara.

En situaciones similares, cuando venía alguien a verlo, Luis aprovechaba para alegrarlo una vez más al viejo y asomándose y adoptando un aspecto ceremonioso decía: “señoras y señores, tengo el alto honor de anunciarles como número extraordinario la presencia de un famoso ilusionista”. Ahora, sin embargo, con un tono que pretendía ser jocoso dijo:

—Mi querido don Blas, tal como se lo prometí muchas veces, aquí tiene a su hijo.

—Evitar emociones —oyó Víctor que dijo Luis a su oído cuando él entró en el cuarto.

El viejo yacía en un sillón reclinable, prácticamente

acostado, de espaldas. Estaba por decirle a Luis que los dejara solos, pero advirtió que éste había desaparecido. Miró a su padre unos instantes y vio solamente sus ojos, porque el resto parecía solamente su ropa, una ropa vacía, como si no estuviese habitada por un ser viviente. Las piernas tenían el aspecto de esos grandes muñecos que había visto a la entrada de las tiendas, unos palos largos y muertos cubiertos con unos inmensos pantalones. Él quiso tocar una pierna gruesa, tan grande como los pantalones que la cubrían, pero no alcanzó a llegar al delgado palo que la sustentaba. Alzó entonces los ojos y vio, más arriba del dintel, una cara llena de colorines y unos ojos blancos y negros que se movían apareciendo y desapareciendo, girando dentro de las órbitas por los impulsos de un dispositivo mecánico.

—Bueno, papá, acá estoy —dijo y evitó un impulso de buscar o de llamar a Luis y tratando a la vez de olvidar el resto de la visión del muñeco, donde una voz surgida por un altoparlante oculto en el pecho del adefesio fingía ser su voz y decía *únicamente en la casa de los pantalones encontrará lo que usted desea.*

Los ojos del viejo se movían en dos direcciones como queriendo decir algo. Víctor esperó unos segundos y se inclinó ante el padre buscando su rostro para besarlo. Los ojos del viejo crecían, pudo ver fugazmente pequeñas serpientes rojas cerca de las pupilas. Después los ojos desaparecieron, y él sintió en los labios la frente del padre. Los ojos, otra vez, crecieron como ante una lupa, a medida que él se iba separando, y poco después recobraron su aspecto normal y el movimiento pareció más lento, quizás a causa de la distancia o porque el viejo se tranquilizaba.

No puede comunicarse de ninguna manera, es horroroso, pensó, y quedó unos instantes él también inmóvil, como esperando que sucediese algo. Quizás, se dijo, si yo le digo que cuando quiera decir sí, estoy contento, o eso me alegra, levante los ojos, y que en caso contrario los baje —ya que esos dos movimientos parecen ser los únicos que puede hacer—, podemos comunicarnos alguna cosa. Inmediatamente la idea le pareció absurda.

Lo miró un largo rato, tratando de saber si el padre realmente lo miraba a él o estaba mirando algún punto fijo en el aire, tan difícil de sostener, lo sabía. Pero la mirada del viejo no expresaba ninguna de las dos cosas los movimientos de sus pupilas eran los naturales. De todos modos, puedo entrar en el mismo juego de Luis, pensó.

—Bueno, padre, hacía mucho que quería venir a verlo. Estoy enterado de todo lo que ocurre y tenía ganas de contestar nada, le voy a contar algunas cosas —dijo y enmudeció de pronto, sintiendo que todas esas palabras estaban de más; comenzaría de nuevo, como si borrarse o tachase de algún modo lo que había dicho—. Estoy muy poco acá —prosiguió—; mi trabajo me obliga a muchos desplazamientos. A veces, cuando se trata de ausencias más o menos largas, Margarita me acompaña. Nuestras cosas no andan muy bien, todo lo bien que uno desea, pero no podemos quejarnos. Muchos desplazamientos.

Calló sintiendo que las palabras caían en el vacío. Estuvo otro rato mirándolo, tratando de adivinar algo en su única parte viva, los ojos, pero éstos permanecían como en el comienzo. Se levantó de la silla donde estaba sentado y se corrió a un costado para ver si los ojos del padre seguían esa dirección. Los ojos se movieron con él. Probó hacia el otro costado, y los ojos del viejo lo siguieron. Optó por sentarse otra vez en la silla, contento de saber que no era totalmente indiferente a su padre.

—Bueno, ahora estoy seguro de que quiere verme. Porque a lo mejor mi presencia aquí no es de su agrado; yo le hice muchas cosas feas, padre, me doy perfecta cuenta, de eso no dude jamás. Hemos sido signados por un destino más bien triste, eso es lo cierto, pero a todo hemos sabido sobreponernos gracias a Dios. Aquellas cosas quedaron en el camino y ahora estamos juntos.

Sintió que no podía seguir con ese tono. Percibió los pasos de Luis por la galería y recordó su “evitar emociones”. Ni en ese tono ni en ningún otro. Todo aquello parecía intolerable.

Si salgo más o menos pronto, podré asistir todavía a la

reunión de hoy. No puedo faltar, jamás falté a una cita. Abrir la gaveta. Un largo trago.

—¿Sabe una cosa? Hace poco tomé unas copas de más (quisiera decirle que ya no me altera tanto el hecho de que él se emborrachara, pero para qué).

Calló y miró hacia afuera. Si pasara Luis. Pero ahora. Tenía la urgencia de que fuera ahora. Después no lo necesitaría.

—Los desplazamientos. Eso estaba por decirle. Hace poco estuve en Tucumán y de vuelta pasé por sus pagos, por nuestros pagos. Chiquita desde el aire, un puñado de casas, el tamar, los puntitos de los árboles de la plaza. Las manchas rojizas parecían ser los bancos para los músicos de la banda. Me acordé de nuestra casa. Ubiqué el manzano, pero no pude ver los techos. Lástima que el avión pasara tan rápido.

Calló, pero esta vez no sintió el peso del silencio. Los vecinos del frente eran obsesionantes. Parecían figuras de un circo, vestidos para actuar. Estaban siempre afuera, unos sentados en el banco, no sé si era un banco, otros parados con un pie apoyado contra la pared. Se pasaban el día afuera viendo pasar los trenes. Cuando pasaba un tren, giraban todos las cabezas hacia la derecha, claro, a la derecha, y miraban el paso negro del tren y se tragaban el polvo. Después volvían a su inmovilidad. Lo peor era cuando yo venía del liceo y ellos estaban mirando desde mucho antes la puerta por donde yo saldría y me clavaban los ojos y me miraban con esas caras estúpidas. Cuando los espí aquella vez desde el comedor por una rendija de la ventana, vi que tenían caras estúpidas. Las mujeres se ataban el pelo de la manera más absurda y los hombres tenían esos pantalones descoloridos y esas camisas de color indefinido. Unas porquerías. Eran unos cretinos que se callaban cuando yo pasaba pero que sin duda después se reían o decían esas estupideces. Y siempre lo mismo, un mes tras otro, siempre las mismas caras y las mismas posturas en la vereda, por qué no se meterían dentro de una jaula con las caras que tenían. Las mismas caras de los hombres que estaban con mi padre en el boliche de la esquina, las mismas caras de los hombres que estaban al lado

de las pilas de leña cuando pasábamos por Chepes; peor todavía porque allá por lo menos el vidrio no dejaba que uno los viera claramente, las mismas caras de las tías de cerca de Chepes cuando se tomaban el agua de los cántaros, parecidas todas esas caras a la cara de mi padre también, pobre viejo, cómo es que cayó tan bajo, si por lo menos pudiera decir algo.

El silencio reapareció en los ojos del padre, que estaban como ausentes, y parecía transcurrir en el polvo del cuarto, visible en un rayo de luz que entraba por la ventana.

En la reunión de esta tarde tengo que poner las cosas en su lugar. Mi participación en todo lo que se proponen hacer estará condicionada por los mismos hechos por realizar, que no deben tener ninguna sombra de duda con respecto a sus objetivos. Los civiles pueden ser macanudos a veces, pero tienen sus cosas; siempre hay una carta dentro de la manga. El tonto ese se debe de haber olvidado de llamarme.

Otra vez el silencio. El rayo de sol se había desplazado hacia la ventana; el polvillo de las frazadas era visible solamente allí. Había estado mirando a su padre, pero sin mirarlo, con los ojos fijos más bien en sí mismo. Ahora, en cambio, lo miraba realmente, sintiendo la necesidad de decir algo pero no sabiendo qué decir. El rumor de la fábrica próxima, por momentos olvidado, persistía ahora. Había pasado un tren, lo sabía, y había desaparecido su rumor, que ahora recordaba.

—Este es el ferrocarril Mitre. Por acá pasan los trenes a La Rioja—dijo, y recordó que el tren que iba a La Rioja era del ferrocarril Belgrano; pero de nada valdría la aclaración, y calló.

Sintió que a su lado estaba la figura de Luis. Se paró y le dijo en voz baja, dando la espalda al viejo:

—Será mejor que usted me prepare la salida.

Luis hizo un gesto incomprensible.

—Había pensado —agregó— que podríamos internarlo en un sanatorio; quizás puedan hacer todavía algo por él.

Luis negó con la cabeza y dijo:

—Tenemos todos los informes médicos. Margarita los conoce.

—Sí, ella me dijo.

—Entonces sabrá que esto no tiene solución. El desenlace

puede ser inmediato; puede durar todavía bastante; pero no hay solución.

—Se me ocurre—dijo procurando decir más cosas que las que le permitían decir las palabras que estaba utilizando—, se me ocurre entonces que podría estar en mi casa; le pondríamos una enfermera para que lo cuidara.

—Eso es cosa suya—dijo Luis y, desgraciadamente, no dijo nada más, como si las palabras faltasen, como si no pudiera agregar alguna otra cosa para que su sentido fuese más amplio y para que el silencio no transcurriera como estaba transcurriendo en los ojos de su padre y en la ropa de su cuerpo que era solamente su ropa.

—Bueno, se lo comunicaré en su oportunidad—dijo, sintiendo que el laconismo de Luis lo arrastraba también a él.

Luis miraba al viejo con mucha atención. Él miraba a ambos. El tiempo no pasaba.

—Me parece—dijo dirigiéndose a Luis— que él podría decir cosas con los ojos. Es lo único que puede mover, y allí habría una posibilidad.

—Es justamente lo que hace—dijo Luis.

—Ya me parecía—dijo Víctor.

—A ver don Blas, ahora dígame si quiere que lo lleve a la cama—dijo Luis.

Los ojos del viejo no se movieron.

—A ver don Blas—dijo Luis otra vez—, si quiere que lo lleve al baño.

Víctor se había inclinado para ver de cerca los ojos de su padre.

—Si usted entiende alguna cosa, le ruego que me la diga—dijo Víctor.

—Es que ahora no dice nada. Hay veces que quiere decir muchas cosas al mismo tiempo; es decir, cosas que se refieren a movimientos, a traslados, o a necesidades conocidas. Entonces suele ponerse como ahora, pero sin duda no se trata exactamente de eso. Los ojos tienen ahora un brillo que no he visto nunca.

Hubo un silencio bastante largo. Al cabo el viejo movió los ojos. Víctor se agachó nuevamente para tratar de ver en la nascente penumbra.

—Ahora dice algo claro —dijo Luis—. Quiere ser trasladado a la cama, eso lo entiendo. Pero parece que hubiera algo nuevo. Parece que lo que él desea es que sea usted quien lo traslade esta vez. Pruebe por favor. En seguida vamos a saber si es cierto.

Víctor se inclinó y metió sus manos debajo de las piernas y de la espalda de su padre.

—Era eso —llegó la voz de Luis.

Miró un momento los ojos desde muy cerca, pero no encontró nada allí, salvo las serpientes de sangre que se dirigían eternamente hacia las pupilas inciertas. Era como alzar una canasta. Aquel cuerpo no pesaba nada. Sólo el peso de la ropa y de la cabeza. *La casa de los pantalones. No camine más, aquí encontrará unos pantalones tan buenos y fuertes como los míos*, decía el altoparlante simulando la voz supuesta del muñeco.

Víctor lo puso sobre la cama como si se tratara de algo muy frágil, lo miró y sonrió.

—¿Está más cómodo, sí? —dijo mirando a su padre.

—Está satisfecho. Parece que quisiera quedarse solo —dijo Luis.

—Parece mentira que pueda entenderle tantas cosas (no sabe cuánto se lo agradezco, estaba por decir, pero calló).

—Mire, Luis —dijo metiendo una mano en el bolsillo.

Sintió que una mano muy dura de Luis le tomaba el brazo y se lo inmovilizaba. Parecía tener una fuerza muy grande.

—De ninguna manera —dijo Luis.

Sintió que Luis lo dominaba, aunque no tuviera una cara como la de aquellos vecinos que lo dominaban con su presencia. Era una forma de dominio más aceptable, a la que él se hubiera sometido.

Insensiblemente Luis lo había conducido hasta la galería.

—No vuelva al cuarto —le dijo.

Él asintió.

—Volveré pronto —dijo.

—Yo no diría que tan pronto —dijo Luis con una seriedad súbita que no correspondía con su manía de las pantomimas. Sus palabras tenían además la fuerza de una

expresión plástica.

—Habrá una razón —dijo Víctor dispuesto a aceptar cualquier cosa que dijera Luis.

—La emoción del encuentro debe ser dosificada — dijo—. Le va a costar mucho asimilar esto. Vuelva cuando él se lo haya tragado.

—Según eso, sería difícil llevarlo a mi casa.

—Ese es otro problema sobre el que no puedo opinar.

Estaban en la otra punta de la galería, cerca de la salida.

—Déle mis saludos a doña Dora —dijo.

—Está con otra de sus jaquecas —dijo Luis. Y aunque ella se hubiese escondido para no saludarlo, en las palabras de Luis la jaqueca era cierta—. Me dijo que la disculpara.

—Está bien, amigo Luis. Será hasta pronto —dijo.

—Una cosa —dijo Luis, y el coronel se detuvo—. Si decide llevarlo con usted, le ruego que me deje consultar antes el parecer de su padre.

—Prometido —dijo el coronel, y salió.

El asistente había hecho girar el automóvil en dirección contraria, de modo que, cuando se sentó, las vías férreas y las frondas de la avenida próxima quedaron a sus espaldas. Le hubiera gustado verlas un momento.

—Al centro —dijo, pensando que todavía podía llegar en término a la reunión.

Observó detenidamente el tapizado del vehículo. Está bien hecho, se dijo. Como si acabaran de cambiarlo, aunque hace varios meses que lo cambiamos. Las casas grises habían desaparecido. El botón de la toma de aire estaba raspado en un borde. ¿Qué habría pasado? Se había nublado, parecía, o quizás, ya era muy tarde. En ese caso, llegaría tarde a la reunión. Voy a ser muy duro con ellos. A veces te usan como si fueras un objeto. Estamos al dos mil. Los barrios generalmente progresan. Si llueve, vamos a tener problemas, porque el limpiaparabrisas no funciona bien. Hay que ver eso. Mañana por la mañana. Aunque mañana por la mañana, tengo varios compromisos. Bueno, no me llevará mucho tiempo hacerlo reparar. En aquella esquina van a levantar el edificio de las Américas. Treinta pisos. Qué maravilla. Luis

es un tipo macanudo. Lástima que tenga esas tonterías y morisquetas, según dice Margarita. Yo lo vi hacer algunas. Pero es macanudo. Un hombre que podría hacer muchas cosas si supiera lo que quiere. No es fácil hacer tapizados. Tengo los bolsillos llenos de pelusa. Estamos en pleno centro. Éste me va a llevar a la reunión. No tengo ganas de ir.

El automóvil paró.

—Estamos en el lugar, mi coronel —dijo el tontito.

—Prosiga —dijo el coronel.

Le hubiera explicado a Luis que había desistido de ir a la reunión, siempre que antes no le hubiera dicho que estaría poco tiempo allí porque debía asistir a ella. O quizás sí, quizás le hubiera explicado que repentinamente había abandonado el proyecto. No hay que atarse tanto a las obligaciones, le habría dicho procurando usar el tono categórico de su voz, tan bien puesta en su lugar, tan segura en su intensidad y en su altura.

Sintió una urgencia que no conocía, como si saber qué era lo que quería fuese una cosa definitivamente vedada, y dijo:

—Déjeme aquí. Dentro de tres horas, en el bar alemán.

Hacía mucho que el espectáculo había comenzado. Mejor, así después vería el comienzo y se levantaría cuando pasaran las escenas que estaba viendo ahora, evitando el intervalo. La linterna señalaba una alfombra roja, hombros y piernas y zapatos en las butacas idénticas.

—Al medio —dijo.

En la pantalla unos hombres descalzos, con los zapatos en la mano, se acercaban en silencio hacia algún lugar por un amplio pasillo que podía ser, y lo era, no cabía duda, el ámbito de una prisión. Ahora se veía el interior de una celda y en ella a unos condenados que con los oídos pegados contra la pared esperaban oír aquellos pasos.

—Parece linda —se dijo—. Mañana sin falta haré arreglar el limpiaparabrisas.



V

Joaquín Echenique cruzó las vías férreas y miró hacia el barrio, cuidadosamente igual a sí mismo a través de los años, y sintió que entraba en un mundo agobiante. El barrio no solamente estaba igual, sino que se había multiplicado con rasgos idénticos, como una hierba rastrera hacia el desierto inmediato. Sintió un aire frío sobre el cuero cabelludo y miró la fachada de la casa que además de formar parte de sus recuerdos existía en la realidad. Un sol tibio daba sobre una parte de la fachada, como si se tratara de las últimas luces del día; pero eran apenas las diez de la mañana, y la ilusión de la sombra existente estaba dada por las torres de la fábrica próxima.

Estaba allí más por un sentimiento de nostalgia del pasado que por otra cosa. Después de seguir a Mario durante varios días y de comprobar que no tenía ningún tipo de relación con Margarita, cuyos pasos eran también cuidadosamente observados, el asunto, para él, estaba concluido. Pero, para darle al coronel una imagen completa de la situación, necesitaba, todavía, visitar aquella casa (en el caso de que siguiera siendo una pensión y que tuviese alguna relación con el pasado) y encontrar algún resto, alguna ceniza de hechos muy lejanos en el tiempo.

Se paró enfrente de la casa para mirarla, con el ánimo que

tenía siempre al comenzar un nuevo trabajo: inquietud y ansiedad por obtener los primeros indicios que le permitirían luego decirse que estaba en plena tarea. Una vez más, aunque con menos intensidad, sintió que su trabajo era falso, o que por lo menos tenía algo de falso. No lo satisfacía plenamente ser policía, aunque él pensase lo contrario. En ese sentido tenía razón Egusquiza: “para estar en esto hay que tener sangre”. Lo habían llevado a esa profesión los azares de su vida y una especie de sentimiento de incapacidad para cualquier otro trabajo. Había fracasado en todas las cosas intentadas, y ser policía le parecía a veces la manifestación más elocuente de sus fracasos. Pero, con todo, era preferible estar instalado por su cuenta, con toda la experiencia adquirida, y no ser un empleado más de la sección orden social y político, adonde sus superiores lo habían radicado finalmente como si él no tuviese aptitudes para otra tarea que no fuese la persecución. La primera vez que le tocó seguir a alguien sintió un poco de repugnancia por su tarea. Esa dosis de repugnancia fue mermando con el tiempo, pero nunca desapareció totalmente. Era como su dolor en la pierna. A medida que tomaba el medicamento indicado por el médico, el dolor mermaba; a veces desaparecía durante mucho tiempo; pero, de vez en cuando, lo sentía. “Los síntomas no desaparecerán totalmente, pero de todos modos podrá controlarlos”, había dicho el médico.

Justamente, los síntomas habían desaparecido, al menos por un tiempo, cuando allanaron aquella noche el domicilio del estudiante. “Puede ser un pez gordo; es un tipo que anda en actividades subversivas”, había dicho Egusquiza, quizás recordando palabras del jefe de la sección. El pez gordo dormía en una cama miserable, solo, en un garaje de la calle Pueyrredón. Egusquiza mostró un papel que sacó del bolsillo cuando el muchacho, sin duda asustado, le dijo que le mostrara la orden de allanamiento. Él supo después que la orden supuesta era la factura del restaurante donde habían comido esa noche. En las paredes del garaje, había tablas colgantes llenas de libros y papeles. “Libros subversivos, ¿no ves?”, dijo Egusquiza mientras el estudiante se cubría con la

frazada para ocultar su desnudez negándose a levantarse según se lo habían ordenado.

Las letras de la palabra pensión estaban todavía sobre la fachada, pero casi borradas, como si tuviesen encima una mano de pintura. Si doña Dora había vendido la pensión, según presunciones del coronel, los nuevos dueños podrían haber cambiado de rubro o utilizado la casa como vivienda familiar. En realidad, la casa nunca tuvo aspecto de pensión, es decir, nunca fue como las pensiones del centro, con esa puerta alta y antigua de persianas removibles y la puerta lateral de alambre tejido que daba al pasillo descubierto con su grifo en medio y el antiguo aljibe en el fondo. “Con esta agua he criado a todos mis hijos”, llegó a sus oídos, desde dentro de sí, el tono de voz de doña Dora referido al agua del aljibe que acababa de evocar. “Entonces quiere decir que además de Margarita había otros hijos”, pensó. Nunca había sabido que tuviera más hijos, pero pensándolo bien, esos dos matrimonios que estuvieron allí aquella Navidad quizá fuesen los otros hijos que bebieron del aljibe, mencionados ahora por el recuerdo del tono de voz de la mujer. A través de esa especie de melodía, llegaban otras frases de doña Dora, que le permitían reconstruir un clima primordial donde sería más o menos fácil ubicar los personajes que todavía atormentaban a Víctor. Ninguna de esas frases se acercaba todavía al banco del fondo del patio donde, lo sabía, Víctor ubicaba el nacimiento de eso que él llamaba el mal, tan pomposamente, según su costumbre. El recuerdo del tono de la voz de doña Dora era por ahora un elemento muy útil para la reconstrucción casi absurda que pretendía llevar a cabo. En esas modulaciones, había conceptos sobre la vida, que parecía ser el único tema de conversación de la mujer, entendiéndolo por *vida* el poder mantener una casa, comer y vestirse y renovar los muebles y objetos que se iban destruyendo con el paso del tiempo. El tono decía que ella había criado sola a sus hijos, con el producto de la pensión. El tono y sus recuerdos no sabían si ella era viuda o separada del marido. Dentro de la melodía que servía para enlazar sucesos hundidos en el tiempo, había un hombre que la visitaba periódicamente y

que se acostaba con ella. Cualquier pensionista que viviera allí más de un mes podía darse cuenta de eso. Era un hombre alto y perfumado, amigo de los pensionistas más antiguos que lo trataban respetuosamente como si se tratara de un miembro importante de la familia, y que con su indiferencia y sus visitas periódicas regía, sin embargo, el destino de la pensión.

La lectura de la palabra pensión en lo alto de la fachada le recordó la leyenda del papel que Egusquiza hizo valer ante el estudiante como una orden de allanamiento. El papel decía también *pensión* y agregaba *minutas a toda hora*. Habían ido a esa pensión para un posible procedimiento, pero el dato resultó falso. Entonces Egusquiza decidió comer allí y, cuando acabaron la comida, exigió el comprobante de los gastos. “Póngale el sello”, había dicho con el escarbadienes en la boca. Guardó el papel en el bolsillo y salieron. Eran casi las dos de la mañana. Cuando llegaron al garaje donde vivía el estudiante, él vio que era el mismo lugar adonde habían estado un rato antes, mirando la luz que se filtraba entre la puerta y el piso del garaje. Egusquiza miró la luz, espió hacia adentro por el ojo de la cerradura, vaciló un instante y después le dijo “vamos”. No le dijo que después volverían y cuando le preguntó de qué se trataba, respondió con uno de sus gestos enigmáticos. Ahora se daba cuenta de que Egusquiza esperaba que el muchacho se durmiera para sorprenderlo. Estaban parados ante la puerta del garaje, en silencio. No se filtraba ninguna luz desde adentro. El pez dormía sin duda.

Por la puerta lateral habían salido varias personas. “Si subsiste la pensión, está claro que son pensionistas. De lo contrario, se trata de un matrimonio con dos o tres hijos, y acá no habrá nada que hacer”, pensó. Pensaba eso con la parte atenta de su mente, porque otra parte estaba todavía en el garaje del estudiante. El tono de doña Dora, que durante un momento le había producido la ilusión de una realidad, se había esfumado totalmente, y él sentía ahora que estaba ante un montón de ruinas. Sería muy difícil sacar algo de allí si no subsistían los personajes. Y aun en ese caso, parecía imposible una reconstrucción. Giró el cuello y vio que habían podado

los árboles de la vereda. En el suelo había restos de ramas cortadas. Un chico, en la otra cuadra, llevaba ramas en una carretilla. Más allá la calle se extendía hacia una avenida pavimentada.

Volvió los ojos a la fachada de la casa y se dejó llevar por la ansiedad que le producía siempre el no poder entrar en acción inmediatamente. “Te tocó un lindo trabajito, Joaquín; vas a tener que interrogar a los fantasmas”, se dijo, y pensó que Víctor mismo, ante esa fachada, era un sobreviviente. Sin embargo no estaba de más tomar contacto físico con el escenario donde habían ocurrido los hechos que debía reconstruir. Todo aquello había perdido su sentido. Cualquier cosa que intentara podría ser cierta dentro de esa casa; cualquier cosa conformaría a su cliente. Matrimonio con dos o tres hijos. Y aunque encontrara a todos los actores, serían tan impenetrables como Mario. “Muy poco es lo que queda en mi memoria de todo aquello”, había dicho Mario, que ahora era un hombre adulto y hablaba y miraba con esa especie de cansancio de todos los adultos. Después, cuando él empezó a preguntar y el hombre que había sido Mario se dio cuenta de lo que se trataba, y de que él era un policía, lo miró con desprecio, no con cansancio, aunque todavía el cansancio subsistía de algún modo, y agregó: “No hubo nada de *eso* entre nosotros, si es *eso* lo que usted quiere saber. Fuimos novios y nada más, como pueden serlo todas las personas del mundo; y, aunque lo hubiera habido, aunque hubiera habido *algo*, piense que no se lo hubiera dicho a usted por un elemental respeto a los seres humanos”. Inviolable. En su carrera le había tocado muchas veces tratar con personas inviolables. Otros, en cambio, se entregaban generosamente, como si en el fondo hubiesen deseado ser abiertos y vulnerados.

En la parada de ómnibus de la avenida inmediata, había bajado una muchacha. Caminaba hacia el nacimiento de la calle donde él estaba. Pasó por la puerta giratoria instalada en el cerco protector de las vías férreas y las cruzó a saltitos. Tenía libros o revistas en una mano. Tendría unos diecisiete años. “Le estoy inventando un parecido con Margarita”, pensó.

Margarita, antes, bajaba del ómnibus en ese mismo lugar y empujaba la portezuela giratoria con el cuerpo, sin soltar los libros que tenía en las manos, aferrados contra su cuerpo. Eran los libros de música que él había visto muchas veces sobre la mesa del comedor. Sucedió por la noche. Siempre iba doña Dora a esperarla para acompañarla en el trayecto oscuro que había entre la casa y las vías del tren. La modulación de la voz de doña Dora volvió otra vez a su memoria. “Por favor, Joaquín, vaya a esperar a Margarita, son las diez menos cinco”, cantaban las palabras como en una canción oída en la infancia y que se recuerda súbitamente. Doña Dora estaba enferma o se desmayaba con frecuencia y, en esos casos, recurría a los pensionistas para que realizaran aquella tarea. Él la había hecho muchas veces. No había que esperar mucho. A esa hora los ómnibus cumplían rigurosamente el horario. Generalmente, cuando él llegaba a la avenida pavimentada, ya se veía a lo lejos el resplandor del ómnibus. Margarita, viéndolo a él en lugar de la madre, preguntaba invariablemente si le había pasado algo a ella. “No, pero hacía mucho frío”, respondía él, o “se siente un poco molesta”. Margarita no decía nada, se aferraba entonces a sus libros como si la fragilidad de su cuerpo débil necesitara ese apoyo. Muchas veces, en la parte pedregosa de las vías, ella había tenido necesidad de que la ayudara a pasar, de que la tomara de la mano para hacerlo, pero jamás se animó por temor a esa fragilidad. Caminaban en silencio hasta la casa y él oía a su lado el movimiento de su cuerpo como presintiendo su turgencia en la oscuridad. Cuando abrían la puerta y recibían en la cara el viento frío, ella se inclinaba hacia un costado, como para evitarlo, y él veía el movimiento de sus cabellos, que seguían el ritmo de los pies.

La muchacha de ahora, la Margarita del futuro, cruzó la segunda puerta giratoria emplazada en el otro lado de las vías, lo miró un instante y entró por la puerta lateral de alambre tejido. “Era linda”, pensó Joaquín, y agregó casi en voz alta: “matrimonio con cuatro hijos”.

Se veía que el garaje donde vivía el estudiante tuvo luz eléctrica alguna vez. Pero por alguna razón no funcionaba,

porque el propio Egusquiza encendió la lámpara de querosén sin sacar el haz de luz de la linterna de la cara soñolienta del estudiante. Los libros cubrían partes de la pared adonde no llegaba el resplandor de la lámpara. Sobre una mesa había un libro abierto, otros cerrados, cáscaras de queso y latas de picadillo; en ese lugar, el resplandor de la lámpara era más intenso. “Qué pasa”, dijo el estudiante como si se dirigiera a algún amigo suyo. “En seguida vas a saber lo que pasa”, dijo Egusquiza, que tenía todavía el escarbadien en la boca. “¿Te das cuenta de que todos estos tipos son más bien tontos?”, dijo después Egusquiza. “De lejos parecen muy vivos, parecen tipos peligrosos; y son unos tarados.”

El chico de la carretilla había desaparecido. El viento levantaba polvo de la calle de tierra. Parecía que doña Dora tenía otros hijos en algún pueblo del interior o en otra provincia, porque cuando vinieron para Navidad la besaron y ella dejó escapar algunas lágrimas. Parecía imposible que esa mujer dura que no se enternece ni ante el hombre perfumado pudiese llorar alguna vez. “Mi único problema es ella”, decía el tono ahora lloroso de la voz de doña Dora, en la cama, como si los otros hijos estuviesen a salvo en otra provincia. Fue después de uno de sus frecuentes desmayos. Esa noche él era el único pensionista presente. Sábado por la noche, los clubes con sus estridencias orquestales en los barrios circundantes y en el barrio mismo, a pocos metros de la pensión, habían llevado a los pensionistas más jóvenes, y los más maduros se habían ido hacia los cines del centro. Margarita había salido temprano con Víctor, quien, contra su costumbre, se había puesto ropa civil. Cuando doña Dora se desmayaba, se necesitaban por lo menos dos personas: una para que fuese a la otra cuadra a pedir un médico por teléfono y otra para que la cuidase mientras tanto. Esa noche no había venido el hombre perfumado. Si él no se hubiese quedado allí, la mujer habría tenido que afrontar sola la situación. Cuando la vio desmayada, optó por dejarla sola para ir a hablar por teléfono. Menos mal que en la calle encontró a un vecino que se ocupó de la diligencia. Después volvió y la llevó a su cama. El médico le dio una coramina, cobró y se fue. Ya

había venido otras veces. “Solamente líquido y el estómago bien limpio”, decía siempre. Entonces él le exigió que expresara sus problemas. “Mi único problema es ella”, dijo la mujer, como avergonzada de estar llorando. Él no supo qué decir y, cuando la vio dormida, se metió en su pieza procurando estar atento por si le pasaba algo. Se durmió escuchando los rumores de la orquesta más próxima y, de vez en cuando, el ruido del elástico de la cama de doña Dora cuando ésta se movía. “Posiblemente fueran problemas económicos, o quizás sentimentales”, pensaba ahora.

El chico de la carretilla apareció más allá, en la otra cuadra. Marchaba contra el viento con un hato de ramas entre los brazos. La carretilla estaba al lado de la vereda. Joaquín volvió los ojos a la puerta lateral de la casa y vio salir a cuatro o cinco muchachos jóvenes, algunos con libros en las manos. Detrás de ellos, con otra ropa, salió la Margarita del futuro con una botella en la mano. Un tren de carga apareció con su rumor y levantó al pasar una nube de polvo que el viento hizo desaparecer en seguida desplazándolo hacia la avenida pavimentada. Era exactamente como antes. Entre los cinco muchachos podía ir él o Víctor, o Mario o el fotógrafo de la última pieza. Joaquín trató de recordar la cantidad de habitaciones de la casa. El comedor. La pieza chica de doña Dora y Margarita (los domingos del hombre perfumado). La de Mario, que después fue de Víctor y de él mismo. La del matrimonio evangelista (oraban antes de comer). Aquella otra, rectangular, donde había siempre gente de paso, entre todos ellos el padre de Víctor, tan pequeño, hablando siempre de distancias astronómicas. Había un fotógrafo sin ubicación clara: quizás en la pieza rectangular del final, pero allí vivían siempre los mecánicos, ruidosos y comilones. Si ya no era pensión, por lo menos la habitaban ahora dos familias. “¿Cómo pude equivocarme pensando en un matrimonio con tres o cuatro hijos? En el fondo había un patio grande, y contra el cerco final, que lindaba con las posesiones de la fábrica, crecían las madreselvas. En una de las fiestas que recordaba, colgaron lámparas amarillas entre los árboles. Era verano. Había luna en la galería, donde doña Dora y Marga-

rita sacaban sus camas huyendo del calor de las piezas húmedas y sin ventanas. Una noche, él llegó muy tarde y tuvo que pasar por la galería, entre las dos camas. Margarita estaba destapada y él vio su desnudez. Cuando la acompañaba después para cruzar la parte oscura de las vías férreas, esa desnudez era fragilidad. En esa galería conversaban a veces con Víctor, pensando en el futuro que se extendía más allá, pasando por las copas polvorientas de los árboles de la avenida. Habían pasado muchos años. Él volvía ahora de aquel ámbito apenas entrevisto desde la galería. Lo que había más allá, para él era un triángulo inacabable donde había solamente víctimas, espectadores y verdugos. Eso era lo único que había podido percibir por encima de las copas polvorientas de los árboles de la avenida pavimentada.

El chico y su carretilla eran un solo punto varias cuadras más allá. El barrio no había progresado, seguía siendo pobre como entonces y acaso sirviera solamente para formar un recuerdo en algún momento fugaz de la vida del coronel, de Margarita o de él mismo. La casa parecía seguir siendo una pensión, según la cantidad de gente que entraba y salía por la puerta lateral, aunque la palabra pensión estuviese casi borrada sobre la fachada de la casa. La sodería seguía en su lugar, con sus camiones inmensos. La fábrica seguía con su rumor ininterrumpido de día y de noche. El tiempo se había detenido en el aspecto del barrio, pero proseguía en aquel rumor inacabable. La casa ya era vieja cuando llegó Víctor y cuando Margarita quizás se desnudó para Mario debajo de las madreselvas. “¿Comprende ahora que se trata de una estafa?”, parecía llegar la voz del coronel dentro de la melodía de la voz de doña Dora. “Necesito saber qué pasó entonces”, dijo ahora la voz de Víctor, pero en su propia melodía, con una cara que se esforzaba por parecer digna pero que parecía estúpida. Toda la casa era una ruina. Todo lo que había habido allí dentro era también una ruina. Los personajes estaban derrotados. Sus conflictos ya no tenían razón de ser, porque había pasado el tiempo. Él había vuelto a la galería después de vivir lo que había más allá de ella, según la visión que tuvieron él y Víctor, y sólo podía hablar de gente que

había perseguido o interrogado; quizás pudiera hablar, para atenuar la monotonía de todo aquello, del momento en que Egusquiza hizo fuego sobre el estudiante del garaje.

Egusquiza, después de la carne, pidió un plato de sopa y le puso mucha pimienta. “A mí que no me vengan con comidas sin condimentos”, dijo. Después, con el escarbadietes en la boca, cruzó, seguido por él, bajo el farol de la esquina e hizo otro de sus gestos enigmáticos antes de subir al auto. Cuando llegaron al garaje, Egusquiza tocó suavemente el picaporte. Después golpeó. “Quién es”, dijo la voz del estudiante. “Abrí, es un asunto urgente”, dijo Egusquiza y, mirándolo a él, cerró un ojo. Cuando el estudiante abrió, Egusquiza puso un pie entre la puerta y el marco para impedir que cerrase. El estudiante retrocedió y se metió en la cama. Tenía unos calzoncillos grandes. La luz de la linterna recorrió paredes y techos y luego se fijó en la cara del estudiante, que protegía sus ojos con una mano. Cuando ellos mismos encendieron la lámpara, Egusquiza apagó la linterna y dijo: “ahí lo tenés; este es otro de los revoltosos”. Egusquiza tenía mucha habilidad para restar dramatismo o importancia a procedimientos semejantes. Lo hacía todo entre bromas y veras. El estudiante, que parecía resuelto a no abandonar la cama por pudor o por el frío, saltó de ella sin embargo cuando Egusquiza sacó los primeros libros y se los entregó a él para que los cargara en el auto. “Eso no”, parece que dijo el estudiante, pero ellos fingieron no oírlo y siguieron sacando libros. Egusquiza, antes de dárselos para que los cargara en el auto, ojeaba algunos y decía: “todo esto es literatura subversiva; con esto se envenenan estos tipos y después van a hacer lío en la calle”.

La puerta principal de la casa parecía cerrada desde hacía años. También la ventana, con esas persianas removibles que servían de noche para proteger los vidrios y que durante el día estaban apoyadas contra la heladera de cuatro puertas, en el comedor. En verano, por la noche, cuando la pensión quedaba en silencio, antes de las diez menos cinco, antes de que Margarita la llenara durante unos momentos con rumores tan tímidos como su fragilidad, la heladera producía un

rumor parecido al rumor de los insectos alrededor de las lámparas.

De pronto, todos los recuerdos que había logrado revivir le parecieron falsos, como si nunca hubiesen existido, como si hubieran sido previstos por los jóvenes tontos en medio de la galería viendo acumularse el polvo de los trenes sobre los árboles. Lo único cierto parecía el cuerpo blanco y silencioso de Margarita en la galería mientras él pasaba en puntas de pie y lo atisbaba como si se tratara de una gran fragilidad. Después de eso no había nada. Era ilusorio pensar en otras cosas. Pero el rumor de una fiesta en el patio final, entre los árboles y bajo las lámparas amarillas resonó en su memoria como para demostrarle que algo había habido después de todo. En medio del rumor de la fiesta, Margarita lloraba ante el rostro adusto de Víctor, que estaba otra vez enojado con ella. "Siempre se peleaban", se dijo sintiéndose nuevamente estúpido.

El estudiante permaneció parado, en silencio, tiritando de frío, hasta que ellos completaron la carga de libros en el automóvil. Egusquiza estaba tomando varios tomos gruesos de un estante, cuando el estudiante lo atacó. Egusquiza, antes de dejarse tocar, lo había derribado al suelo dándole una patada en los testículos. El estudiante quedó agachado, quejándose. Después se negó a vestirse, pero cuando ellos mismos lo vistieron, dejó hacer como una criatura. Lo metieron atrás, entre sus libros. Él le ofreció un cigarrillo. El estudiante aceptó. El cigarrillo tiritaba entre sus labios cuando él acercó el fósforo para encendérselo.

Egusquiza tenía razón. El estudiante, en el fondo, era un ser débil y tonto. Era casi tan frágil como Margarita cuando cruzaba a saltitos sobre las piedras de la vía férrea. Era capaz de hablar y de defenderse diciendo cosas congruentes e importantes que a veces hacían vacilar a los policías que lo interrogaban. Pero después tiritaba de miedo con el cigarrillo en la boca. Lo encontraron unos meses antes que Egusquiza lo matara. Habían entrado en un bar a tomar una copa y lo vieron dentro. Era el único parroquiano. Estaba ante una mesa leyendo uno de sus libros. Tenía otros sobre una silla.

“Éste empezó a formarse otra vez la biblioteca”, sonrió Egusquiza. Cuando el estudiante los vio, sonrió como si ellos fuesen sus viejos amigos. “Qué tal”, les dijo. Él alzó la mano. Egusquiza no respondió. El estudiante, cuando pasaron a su lado, les dijo que si querían tomar una copa, ofrecía su mesa. “Hay muchas mesas libres”, dijo Egusquiza. Cuando se sentaron en el extremo del bar, él dijo: “Hubiéramos ido; hubiéramos oído lo que dice”. Egusquiza calló, tomó de un trago el líquido de su vaso y dijo: “¿Viste que estos tipos son unos imbéciles?”

El sol había cubierto toda la fachada, y ahora las letras de la palabra pensión eran más nítidas. Se oyó un pito de la fábrica. “Las once y media”, se dijo Joaquín y lo comprobó en su reloj. En eso se abrió la puerta del comedor. Un hombre con un plumero en una mano limpió las hojas. Un ómnibus se detuvo en la avenida. Vio que bajaban varias personas. Algunas cruzaron por la puerta giratoria, pero no entraron en la pensión. Otras siguieron de largo por la avenida. Poco después volvió la Margarita del futuro con la botella llena de algo. Los ruidos lejanos de la ciudad parecían más nítidos ahora. En las radios de las casas vecinas acababa una novela en la que los hombres eran recios y las mujeres lloraban. Justamente: Margarita y Víctor debajo de las lámparas amarillas.

Sintió que todo aquello era una ficción como la que se desarrollaba en los aparatos de radio. No solo los hechos que debía investigar eran irrecuperables, ficticios, sino los personajes mismos. Margarita y Víctor y Mario y todo lo demás eran mentiras del tiempo. Solamente era cierto el polvo de la calle y la fachada con las letras borrosas. Cruzó la calle, por fin, sintiendo que de todos modos estaba haciendo algo. Se acercó al hombre del plumero, que sacudía el polvo de las batientes.

—Disculpe, señor. ¿Esto es una pensión o una casa de familia?

El hombre lo miró como sorprendido y luego respondió brevemente:

—Es una pensión, caballero.



VI

Hijo querido, yo sabía que lo vería una vez más antes de morirme. Doña Dora, cuando me habla, me dice muchas veces que mi hijo es un desagradecido y que no lo veré nunca más. Su visita, que no puede ser otra cosa que la forma de su cariño, está demostrando qué equivocada estaba.

Me avergüenza un poco que me encuentre en este estado, al que yo ya estoy acostumbrado. Para mí la degradación hasta llegar a esto ha sido muy lenta, y mi situación no me ha sorprendido ahora, cuando usted, entrando, me puso otra vez en el mundo de los deseos. Además, soy el actor de la situación. Pero para usted, que no participó en los pequeños hechos que me colocaron en este lugar, mi enfermedad es una cosa súbita; y, como además es el espectador, sin duda yo soy ahora una cosa horrible para usted.

Lo miro y me parece mentira tenerlo tan cerca. Hacía muchos años que no lo veía. Usted me ha besado y ahora me habla de tantas cosas eligiendo, como lo hacen todos, cuidadosamente las palabras para decir cosas que no requieren respuesta. Así que yo sé de antemano todo lo que pueda decirme. Incluso usa el mismo tono de voz que usan todos los que me hablan, como si fuese un tono apto para ingresar directamente en mi memoria. Usted me habla, y yo mientras tanto me deleito mirando de a poco las formas de su cara, su

traje civil y sus manos que se parecen tanto a las mías. Pienso que si no fuera por esta parálisis le pasaría la mano por la cabeza, lo acariciaría como en otros tiempos allá en nuestra casita de La Rioja.

Aunque no sé si me animaría. Usted entró por esa puerta, de golpe, como si hubiese sido la prolongación de mis pensamientos y deseos constantes. Muchas veces, cuando lo veía triunfar, me corría un estremecimiento por todo el cuerpo. Ahora no siento mi cuerpo, veo sus formas como si no me perteneciesen, pero, cuando lo vi entrar, sentí como un ahogo. Durante un momento me pareció que mi cuerpo iba a resucitar. Así que nada pierdo estando paralítico, porque no sé si me hubiera animado a tocarlo. Usted ha sido siempre para mí algo inalcanzable. Pero sé que es mis nervios, mis células, y por eso me siento orgulloso. Yo sabía que lo vería todavía una vez antes de morirme; algo me lo decía. Y si hubiera podido hablar y decírselo en vez de sentirlo como lo estoy sintiendo, ya sé lo que me hubiera contestado: que no dijera eso, que voy a vivir muchos años todavía. Es lo que se dice en circunstancias como ésta. Pero suponiendo que voy a vivir algunos años más, como nuestra relación se mide por años y acontecimientos muy distantes en el tiempo; como es necesario que pasen tantos años para que pueda verlo, es justo pensar ahora que ésta sea la última vez. Incluso usted me diría que no hace tantos años que no nos vemos, que aquella vez nos vimos en su casa, olvidando que no fue una visita, que apenas estuvimos juntos quince minutos, porque usted estaba muy ocupado con un viaje inminente. Es una manera muy suya de razonar, producto de su gran inteligencia capaz de demostrar cualquier cosa. Si nos habremos reído con su madre de esa habilidad que tuvo desde chico. Pero yo esta vez tengo una prueba muy segura contra su posible argumento, que demuestra que hace mucho que no nos vemos y que somos casi dos extraños: recién, involuntariamente, hice con los ojos el gesto necesario para que doña Dora o Luisito me cambien de posición en el sillón. Tengo otros para que me coloquen un almohadón en la nuca o me lleven a la cama. Ellos conocen cada uno de mis gestos. Para usted ha pasado

inadvertido, y eso demuestra que hace muchos años que no me ve.

Pero no es un reproche. Me siento muy feliz en este momento. Ahora sé que es cierto que usted tiene un poco de amor por su padre, y que no podía ser de otra manera. Doña Dora no sabe lo que dice. Ella no lo quiere a usted. Está medio loca. No hay que hacer caso de lo que diga. Pero yo la quiero muchísimo, porque es una compañía para mí y porque me trajo aquí después que me jubilaron. No sé qué hubiera sido de mí si no me hubiera traído a la pensión, porque estuve más de un año sin cobrar un centavo.

Pero no importan los años transcurridos ni lo que se pueda decir o pensar. En los primeros minutos de contemplación, ya sentía que todo había vuelto de algún modo al comienzo, porque su rostro me es familiar como si lo viera todos los días; que usted, hijo, es el de siempre, siempre firme en la vida y dispuesto a transformar el mundo. Yo soy acá la única novedad, con esta enfermedad de la que usted sólo estaba enterado por las cartas. Me dio un poco de vergüenza, de momento, que usted me viera en este estado, pero ahora esto también parece una cosa familiar y largamente sabida.

Me hubiera gustado encontrarme con usted, plenamente como ahora y por iniciativa suya, en otros años, cuando el corazón era fuerte todavía y la vida una promesa a largo plazo. Yo busqué muchas veces esa ocasión, pero no se dio, porque el deseo tendría que haber sido mutuo. Pero pensaba entonces, y lo pienso ahora, que usted estaba haciendo su vida y que yo no tenía derecho a interrumpirlo. La coyuntura se da un poco tarde, cuando ni siquiera puedo moverme ni comunicarme. Me hubiera gustado mucho poder volver un día con usted a nuestro pueblo y decirles a todos: este es mi hijo. Había una señora santafecina, esposa del tambor mayor, que no creía que tuviera un hijo coronel. No era que no creyese, pero me miraba como burlándose o dudando cuando yo le hablaba de mi hijo. Mire, señora, éste es mi hijo, le digo, y ella se avergüenza y corre a buscar una copa para servirnos un vino de la costa, y bebemos y todos nos reímos. Pero de todos modos, este encuentro colma mis deseos porque al fin se da

lo que tanto esperaba. Eso sí, me abochorna un poco que mi situación pueda producirle malestar. Yo ya soy muy viejo y en realidad no sé para qué necesitaría moverme, no sé adónde podría ir. Además, no crea que me doy por vencido. Luisito habla siempre de un instituto de rehabilitación donde se hacen verdaderos milagros. Es muy posible que a fin de año me dé una vuelta por allí. Quizás todavía podamos volver juntos algún día a La Rioja y brindar con ese vinito costeño que a usted mismo le gustaba.

La mujer del tambor mayor (la mujer de Bermúdez, usted quizás se acuerde de él, era un artista en los desfiles) usaba siempre un tono de duda cuando yo le hablaba de usted. Yo iba allí los sábados, a comer con ellos, y después jugábamos a la baraja. Aquella noche habíamos terminado de comer, y ella estaba pasando un trapo húmedo sobre la mesa para que después no se mancharan los naipes. Hacía varios meses que me había jubilado, y las cosas no andaban muy bien, así que ellos me ayudaban siempre con alguna cosita. Durante la comida yo había estado hablando de irme de La Rioja para estar más cerca suyo (no me acuerdo si usted en ese entonces estaba en Buenos Aires o en Córdoba), y ella puso en duda también eso. Se resistía a aceptar lo que yo decía, me trataba como a un viejo que no sabe lo que dice. Le conté que tenía una carta de Margarita, donde me daba a entender que si quería podía irme a vivir con ustedes. Ella hizo uno de sus clásicos gestos y me pidió la carta. Yo no la tenía allí, así que me sentí un poco humillado, como si la carta no existiese, pero le dije que al día siguiente se la mostraría. Se fue a la cocina a buscar los naipes y desde allí me dijo que si la carta hubiera sido de usted habría tenido valor; pero que no creía en la carta de Margarita. Yo le dije entonces, alzando bien la voz para que me oyese y un poco molesto por su actitud, que si Margarita decía algo era porque contaba con su aprobación. Después volvió y echando los naipes sobre la mesa me dijo: "vamos, don Blas, usted es una persona grande y además inteligente para creer en algunas cosas". Bermúdez hizo un gesto de fastidio y mezcló los naipes.

La actitud de la mujer me dejó intranquilo, con dudas.

Durante el juego estuve pensando que usted en realidad me despreciaba, que no me quería y que se sentía indigno de mí. Nunca había sentido una cosa tan fea. Estaba acostumbrado a perder cosas en la vida, pero no me resignaba a perder lo único que me quedaba. Me acordé de muchas actitudes tuyas, juzgándolas erróneamente, fuera de su circunstancia, y advertí en cada una de ellas que la mujer tenía razón cuando decía, no con palabras, pero sí con gestos y a veces con monosílabos significativos, que a usted no sólo no le importaba nada de mí sino que incluso había algo más. Ese algo más era el desprecio. "Pero vamos, don Blas, ¿qué le está pasando esta noche?", decía el tambor mayor dándome ánimos. Esa noche el juego no fue como otras veces. El tambor hizo muchas señas a su mujer, como diciéndole que ella era culpable de mi estado de ánimo y que no me hablara más de esas cosas.

Me acosté intranquilo, con la certeza de que la mujer tenía razón. En muchos años no me había costado nada estar solo, vivir solo, pero aquella noche me di cuenta de que la casa había estado siempre desierta y de que yo estaba solo. No pude dormir. De una sola ojeada podía ver todos los acontecimientos producidos desde que mi hijo nació, hasta ese momento; pero así, juntos, nada me decían. Así que me puse a analizarlos uno por uno, descubriendo detalles ya olvidados.

Esa noche fue muy importante para mí. Descubrí que la mujer tenía razón, que yo siempre lo había sabido, pero que me lo había ocultado a mí mismo, quizás en procura de que no fuese cierto. En lo que ella se equivocaba era en la palabra, porque no era desprecio lo que usted sentía por mí (de eso me dio varias pruebas), sino vergüenza. Desde chiquito usted se avergonzaba de su padre. Usted había comenzado a vivir en otro mundo, tenía otras amistades, otros gustos, y eso me alegraba porque significaba que tendría un gran futuro. Para mí era importante que lo tuviera, porque desde muy chiquito usted fue medroso, tenía un miedo terrible al mundo y a las cosas. Asegurar el futuro de antemano era la mejor manera de terminar con esos miedos que lo convertían en un niño

apartado y silencioso, sin amigos ni afectos. Por eso a mí nunca me ofendió el hecho de que se avergonzara de su padre. Así se salvaba de la precariedad que significaba el pequeño mundo que yo podía ofrecerle. Y, aun admitiendo que mi hijo me despreciara, como se lo dije a la mujer, ¿qué significaba eso? ¿Podía dejar yo de quererlo a causa de su desprecio? ¿Me impedía alguien amarlo como lo amaba? El supuesto desprecio era un problema suyo, que incluso aumentaba mi cariño, porque me apenaba verlo sufrir por un problema que, en cuanto a mí, no existía. Su desprecio, si existía, no me impedía amarlo. Y no impidiéndomelo usted, mi amor se satisfacía con el solo hecho de que no le impidiera su existencia.

Casi todas las tardes, cuando me sacan a la galería, Luisito se para delante de mí y me dice: "y ahora, estimado don Blas, voy a representar para usted otra pantomima. La de hoy trata de una mucama que lleva a pasear cinco chicos a la plaza". Esa fue la última. Usando el delantal como si fuese un vestido, se mueve y camina como una mujer que está buscando quien la mire, pero los chicos, que hacen distintas travesuras, no la dejan menearse libremente. Cuando ha logrado llamar la atención de alguien tiene que salir corriendo bruscamente, perdiendo toda su elegancia, para alcanzar a uno de los chicos que quiere bajar a la calle, o limpiarle la nariz o incluso hacerle hacer otros actos indecorosos para las circunstancias. Él sabe que no puede hacerme reír, al menos por fuera, pero debe de advertir en mis ojos que el asunto me divierte. Así como él no necesita de mi risa ni de mis palabras para llevar adelante su tarea, me pasa a mí con respecto a su vergüenza. Claro que a veces manifiesto mi alegría. Algunas pantomimas son tan cómicas que se me llenan los ojos de lágrimas, de puro contento. Cuando él lo advierte, deja de representar, me las seca con el delantal y se va, considerando quizás que la situación es excesiva. Lo que el pobre ignora es que a veces yo ni lo oigo ni lo miro porque estoy muy triste; y entonces, al ver que todos sus esfuerzos para divertirme son inútiles, se me llenan los ojos de lágrimas, pero de dolor, por mí, por mi situación y también por él. Él ignora ese proceso oculto, de manera que cree que lloro de contento. Y en el caso de que

lo advirtiera (he creído ver alguna vez preocupación en su rostro), sería imposible para él saber cuándo lloro de dolor o cuándo lloro de alegría.

Ustedes no han tenido hijos, así que quizás no sepan bien el significado de la paternidad. Yo creo que tener un hijo es muy importante en esta vida. He estado mirando sus facciones mientras me hablaba, sus ojos, la frente, las manos, y aún ahora, viejo y vencido, siento lo mismo que sentía cuando lo veía crecer; esa seguridad y a la vez ese olvido que lo ponen a uno en el centro del mundo, es decir, que lo hacen sentir a uno su propia existencia. El hijo, al nacer, nos vulnera, pero nos da a la vez la certeza de nuestro propio cuerpo, como si la herida abierta nos demostrase de una vez por todas que habíamos estado existiendo y que eso precisamente está pasando. Yo me casé un poco grande. Su madre, de existencia tan breve, pasó por mi casa como un sueño y me dejó el hijo, crecido ya, pero débil todavía y lleno de miedo al mundo. Para mí la paternidad fue un hecho tan importante que modificó no sólo mi vida de entonces, sino la anterior. Lo vivido hasta ese momento pasó a ser un hecho que la memoria sólo retenía por imposición, pero no porque tuviera alguna importancia. Sentí, al poder llamarme padre, que al nacer el hijo mi vida había comenzado, por otra parte, a carecer de sentido, al menos del que tenía antes. Sentía que el hijo me prolongaba un poco más, que me salvaba de los dolores que ya entonces sentía y que eran un anuncio de mi parálisis. Y es necesario decir también que en algunos momentos sentía que ser padre era un desgarramiento, algo emparentado con los animales, esos seres que llamamos animales, que sienten, pero no parecen advertir el dolor. Sin duda a los hombres nos correspondía una forma menos cruel de prolongación en el tiempo, y yo hubiera preferido dividirme como las amebas, porque en todo caso aquella división no significaba un desgarramiento, sino un acto ulterior y decisivo que concluía allí mismo. Al principio de su crecimiento, me atormentaba el padecimiento de verlo en esa situación de permanente lucha con el mundo hostil que yo conocía demasiado, veía y palpaba sus carnes pequeñas y sus huesos débiles, y tenía

miedo a los terremotos, a los ladrones, a los murciélagos y a no sé cuántas cosas más. Comencé a ir a la biblioteca para leer libros que lo protegieran, libros sobre enfermedades, sobre el trabajo, sobre la tierra, sobre astronomía y, en general, relacionados con cuanta cosa lo rodease por arriba y por abajo a fin de protegerlo. Esa angustia afortunadamente pasó pronto. Crecía, adquiría poco a poco esa expresión tan suya que significa seguridad y dominio del mundo. Después descubrí que ningún peligro podía ya acecharlo. Entonces empecé a temer por mí; sufría ante la presunción de que yo pudiera faltarle y no asistirlo en algún momento de su vida. Pero al mismo tiempo, lo veía vivo, articulando sus primeras palabras, y en esos momentos casi deseaba estar muerto, a ver si con eso aseguraba más su existencia.

Sin embargo, esa fue la época más feliz. Todavía vivía la mamá, a la que usted se parecía tanto. El desgarramiento y el temor eran cosas remotas. En primer término, porque, cumplido el ciclo primario, el desgarramiento parecía haber concluido y, en ese caso, se había cumplido más bien el acto definitivo de la división de la ameba, de modo que toda crueldad había desaparecido en la sonrisa que nos hacía a mí y a su madre. En segundo lugar, el temor no era ya un motivo permanente, porque usted había establecido todas las relaciones y armonías con el mundo que le habíamos dado; tenía conexiones imperecederas con los edificios y con los meses, con las ciudades y con las estaciones. Los ciclos de la tierra, que yo advertí en la biblioteca, se cumplían para usted; los veranos sucedían a los inviernos en un perfecto movimiento acorde con la vida de mi hijo.

Después, sus conexiones con el mundo se ampliaron. Del conocimiento perfecto de la casa y aun de casas vecinas, de la calle, cuyos peligros pronto aprendió a evitar, y de sus padres, que aprendió a conocer, pasó a la escuela primaria, a la vida de relación y, con ella, al dominio de los hombres, de cuya vida, como militar, ahora está acostumbrado a disponer. Yo lo advertía y sentía que el desgarramiento no había concluido todavía, la ameba presentida desaparecía y volvía al largo parto de los animales bajo la luna, según lo había atisbado en no sé qué lugar.

Pero en ese lapso de felicidad total, todo se dio con plenitud. Mi error posterior fue buscar algo semejante en el resto de la vida, cuando las circunstancias habían desaparecido. De ese lapso puedo decir que es como esa parte inviolada de la infancia que uno suele recordar, donde no hay nada, ni siquiera recuerdos que puedan alterar ese transcurrir tan puro. Mi infancia estuvo en usted, en la suya, y nadie podrá quitarme eso, ni la mujer del tambor mayor, ni el desprecio o la vergüenza de mi hijo. Era el tiempo en que yo lo acariciaba. Usted era mi hijo, no tenía defensas; yo lo cuidaba desesperadamente; mi hijo me quería también, dentro de su inocencia; me miraba, reía, estiraba sus brazos hacia mí, buscaba mi protección. Después, las cosas cambiaron. Empezó a avergonzarse de mí, el viejo. Claro que habían pasado los años.

No me hubiera gustado acordarme del asunto de las cartas, pero recién, mientras usted me hablaba procurando adaptar el sentido y el tema de sus frases a un auditor que nada podrá responder, refiriéndose a hechos y cosas que usted cree que pueden interesarme, cometió varios errores que me demuestran que la mayoría de ellas no fueron leídas. Ya me lo había dicho Margarita, años antes. "Abuelo, es mejor que no escriba tantas cartas; a veces no estamos en casa durante varios meses y, cuando volvemos, Víctor se encuentra con tantas cartas suyas que va postergando su lectura y al final muchas cartas quedan sin leer." Margarita tampoco decía la verdad, porque nunca estuvieron tantos meses afuera. Sé también, por Olga, que las cartas importantes eran redespachadas. Comprendo que fui exagerado al escribir tanto. Lo hacía en esas noches de insomnio tan frecuentes. A veces escribía dos cartas en una sola noche, pero las despachaba con una o dos semanas de intervalo. Yo no esperaba respuesta. Se la daré en muchas de ellas. Escribía solamente porque lo necesitaba, porque creía que debía contarle cosas que usted no debía ignorar. En algunas, es cierto, le reprochaba su falta de amor, su indiferencia; me quejaba porque creía que mi hijo no me quería. Comprendo que esto lo molestaba, como cuando "lo acosaba", según me lo dijo usted violenta-

mente, pero no podía evitarlo. Aquel día, usted me insultó por primera vez, me dijo entre otras cosas que agradeciera que era su padre, porque de lo contrario hubiera sido otra su actitud. Creo que usted esa noche me hubiera pegado. Había mucho odio en su mirada. Fue después del episodio del baño, del cual me avergüenzo, cuando usted saltó sobre mí, mientras yo buscaba los anteojos en el suelo, creyendo que yo no lo había visto. Posiblemente, cuando me insultó descargó la ira que le produjo el episodio del baño. Usted salía de un club nocturno con otras personas, indudablemente militares, aunque todos de civil. Era muy tarde. Yo había ido al centro a caminar a causa de mi insomnio. No era que hubiera ido a buscarlo en ese lugar; simplemente me habían dicho que usted solía ir, y me arrimé cerca de la puerta por si lo veía. Eso es todo. Ni siquiera iba a saludarlo en el caso de verlo. Hacía muchos meses que no podía encontrarlo en su casa y no podía perder la oportunidad de verlo y sentirme reconfortado con ese hecho tan simple. Usted, cuando me vio, no me dio tiempo para escabullirme como otras veces en otras partes y, tomándose la cabeza con las manos, insultó, no sé a quién, con todas sus fuerzas. ¿Creería que yo le contaría a Margarita que usted salía de un lugar como ese con una mujer que no era ella? Si lo pensó, era porque no conocía bien a su padre. Fue tan fuerte su insulto que sus amigos se pararon para preguntarle qué pasaba. Yo estaba parado contra la pared, aterrorizado por lo que yo había hecho. De pronto, usted sacó las manos de la cabeza y señalándome con un brazo extendido dijo a sus amigos "este hijo de puta que es mi padre". Le juro que fue como una puñalada. Menos mal que el efecto que estaban produciendo sus palabras en mí, la humillación y la vergüenza que comencé a sentir (no por las palabras, sino porque usted las había dicho) se interrumpió para dar lugar al miedo que me produjo verlo avanzar hacia mí, tomarme por las solapas y golpearme contra la pared. Me zamarreaba y decía cosas abriendo muy grande la boca, pero yo no oía ya porque estaba tratando de que mi cabeza no diera contra la pared. Sus amigos lo tomaron por los brazos y me liberaron. De lo contrario, quizás usted me hubiese golpeado. Sin duda

estaba por decirme algo más, pero se lo impidió el policía, a quien usted también insultó malamente cuando se acercó para preguntarle qué estaba pasando. Uno de sus amigos sacó la cédula militar y se la mostró al policía, y, en seguida, subieron al auto. Yo estaba componiéndome la ropa. El policía murmuraba algo y, cuando me acerqué para decirle algo, porque me daba mucha vergüenza, me dijo quizás lo que usted me hubiera dicho de no mediar su interrupción: "y usted raje de aquí de una vez; hágase luz ya mismo". El automóvil había desaparecido cuando realmente oí, o terminé de oír su insulto. Eran palabras duras que lo habían transformado a usted súbitamente y en cierto modo a mí. Pero apenas acabé de oírlas una parte de mí guardó las palabras en un lugar muy secreto para que yo pudiera olvidarlas, para que yo, de algún modo, no me enterara de aquello.

Jamás le hubiera contado esto, hijo. Lo guardé en esa parte desconocida que no me pertenece, y de allí no salió más. Tampoco puedo decir que me hiciese sufrir. Yo lo comprendía. Y una prueba de lo acertado que estaba es ese beso que me dio recién, al llegar. En el caso de que yo hubiera mantenido aquel suceso, usted me habría demostrado ahora que era yo el equivocado.

Aquella noche, después de salir de la casa del tambor mayor, me acordé de todo esto y de mucho más. Si ella no me hubiera dicho "vamos don Blas, me extraña que usted crea todavía en algunas cosas", refiriéndose a la asistencia que podría darme usted y poniendo en duda su posible cariño, tal vez esos recuerdos habrían quedado en esa parte secreta donde yo suelo guardar esas cosas que pueden vulnerarlo a uno. Lo feo del caso es que después del recuerdo de cada episodio venía otro peor. Decidí sacarlos a todos a la luz para agotar aquello. Así al otro día podría enfrentar a la mujer del tambor mayor y defender a mi hijo.

Y el resultado fue excelente. La parte abierta de mí me decía que era peligroso sacar de la parte secreta aquellas cosas que siempre había temido: podían significar dar con la cabeza contra la pared. Pero la voz de la mujer, que venía desde la cocina hacia la mesa donde yo estaba, llegaba ahora hasta mi

cama y me exigía que lo hiciese. Abrí esa puerta con mucho miedo. Una vez, siendo yo muy chico, enterré algo en el patio del fondo y olvidé el asunto. Una tía mía solía tener visiones nocturnas y gritaba, en medio de la noche, pidiendo que la asistieran y la protegieran de ciertos bichos que venían a devorarla aprovechando su sueño. Nosotros buscamos a los bichos por todas las partes donde pudieran estar ocultos, pero sin resultado. Me acuerdo que yo rompí el cielo raso de lona con una caña larga y hurgué adentro hasta tocar los rincones, pero los bichos no aparecieron. Después alguien le dijo a mi tía que enterrando no sé qué objetos rarísimos dentro de una botella, en el fondo del patio, los bichos desaparecerían y podría dormir tranquila. Mi tía se burló del consejo, pero yo lo llevé a cabo. En un cuarto del fondo, lleno de objetos múltiples, busqué no sé qué cosas y las puse dentro de la botella, que enterré luego. Olvidé el asunto completamente y tiempo después me acordé y me puse a buscar el lugar donde pudiera estar la botella, dudando sin embargo porque al final no sabía si se trataba de un hecho real o de un sueño mío.

El caso es que encontré la botella y en el momento de destaparla tuve mucho miedo porque no sabía qué cosas horribles había podido poner adentro. Abrí entonces esa parte de mí, adonde había olvido y también memoria, y dejé que las cosas salieran. En ese momento, me pareció ver que del fondo de la botella salían unos enormes pájaros negros de ojos rojos que me miraban, quizás los mismos pájaros que había visto mi tía.

Una de las cosas que salieron de la botella fue el cometa. Hasta entonces, cuando mi hijo negaba algo que yo decía o afirmaba, su negativa me alegraba en el fondo: "es un hombre", pensaba. Pero con el asunto del cometa me entristecí un poco, por primera vez, porque me parecía que él no creía nada de las cosas que yo decía. Y me dolía también, porque cuando yo hablaba del cometa lo hacía entregando cosas, conocimientos que había buscado precisamente para él cuando quería protegerlo, en la biblioteca, de todo lo que lo rodeaba y buscaba afanosamente en los libros (muchos de ellos recomendados por el tambor mayor; me acuerdo de los

hermosos tomos encuadernados de *La tierra*, de Reclus, que tenían tanto sabor a misterio), entre tanta cantidad de libros, la seguridad de ese rostro que yo había arrojado al mundo. Ya estaba acostumbrado a que todo lo que yo hiciera o dijese fuese error o defecto, pero aquello del cometa no lo había inventado yo; lo decían hombres sabios que habían pasado su vida estudiando. Era una noche serenísima. Usted dormía ya creo que era muy tarde. Me había quedado copiando partituras. Por la ventana se asomó Vargas, el flicorno tenor, y me preguntó si había visto el cometa. Parecía asustado. Yo había oído hablar de él, pero no lo había visto todavía. Salí al patio y lo vi, en medio del cielo, con su cabeza y su inmensa cola echando fuego. Lo miré un instante y sonreí lleno de una inmensa alegría. Algo que yo había leído en las letras muertas estaba allí, demostrando la verdad. Pensé en ir a despertarlo a usted inmediatamente para mostrarle esa maravilla y demostrarle que era cierto lo que le había contado acerca de los cometas, pero Vargas no dejaba de hablar, bastante excitado, contando supersticiones del campo llenas de terrores. Se veía que no creía en lo que decía, pero el asunto le gustaba. Yo lo oía a medias, porque me puse a pensar en el miedo que usted le tenía a las estrellas. La primera vez que las vio conscientemente tuvo miedo de que se le cayeran encima. Fue inútil todo lo que pude explicarle sobre la imposibilidad de ese hecho. Cuando usted no entendía algo, se ponía ceñudo, apretaba los párpados y decía "no puede ser" y luego se negaba a seguir hablando del asunto. Aquella vez no quiso aceptar que nuestra tierra formase parte de la vía láctea. Era uno de los tantos errores de su padre. El flicorno se olvidó pronto del cometa y siguió hablando de otras cosas. Cuando yo dejé de pensar en el asunto de la vía láctea y volví a oírlo con atención, él estaba hablando de los sueldos que nos habían prometido y de la posibilidad de que en la legislatura no aprobasen el nuevo presupuesto porque había ambiente en contra entre los diputados. Felizmente se fue, y yo corrí a su cuarto. "Hijo, venga a ver el cometa", le dije. Usted no me oyó bien, se dejó tomar y arropar, pero cuando llegamos al patio y abrió los ojos y vio esa bola de fuego en el cielo, me

miró como aterrorizado. Había un maizal vecino que se veía casi como si fuese de día. Cerca cantaban los gallos, y los perros lloraban a lo lejos. Usted me pidió que lo bajase. Cuando lo hice, miró hacia el cometa, y en su expresión había, creo, un destello de aceptación. Me miró como diciéndome que estaba asombrado de comprobar lo que antes había creído leyenda o error en boca de su padre. Yo me sentía orgulloso. Me hizo algunas preguntas que yo contesté rápidamente. ¿Se acuerda? Crinito, caudato. Conocía muchas cosas de los cometas. El gesto de duda volvió a su rostro cuando yo afirmé que el cometa volvería a la tierra dentro de setenta y seis años. Le dije que usted alcanzaría a verlo otra vez y que era una verdadera suerte porque muchas personas pasaban por la vida sin poder ver un cometa. Usted se acostó en seguida. Su madre estaba ansiosa por llevarlo a la cama, como si ella también temiese al cometa. Yo me quedé un rato mirándolo hasta que empezó a debilitarse. Después me acosté pensando en que la incredulidad permanente que usted tenía con respecto a casi todas las cosas debía de tener algún fundamento, alguna certeza primera, pero no alcanzaba a imaginarme qué podía ser. Tenía miedo de que fuese algo peligroso. Después me dormí con una respuesta que anteriormente, refiriéndose a otros hechos, me había dado el tambor mayor: sus negativas no eran sino formas de su seguridad, eran demostraciones de que ya era un hombre. Al otro día, cuando se levantó, yo estaba en el patio y levantando un dedo hacia el cielo le dije, apenas lo vi, a manera de saludo: "la calle del cometa". Usted no miró hacia arriba, pero me parece que sonrió. Yo estuve muy contento ese día.

Mientras aquella noche me acordaba del cometa, no podía apartar de mí la expresión del rostro de la mujer del tambor mayor cuando me decía que yo era demasiado grande para seguir creyendo en ciertas cosas. Si le hubiera contado a ella lo del cometa, sin duda hubiera usado la misma expresión de triunfo o de seguridad como diciéndome que esa era una prueba más de los sentimientos de mi hijo con respecto a mí. La verdad es que me humillaba un poco; pero todavía había mucho más y yo debía llegar al fondo de la vergüenza para

saber, según lo vislumbraba, que todo eso no era nada, que mi rostro, mi contorno, padre; y su rostro, su contorno, hijo, subsistían todavía y que esa relación de vida era indestructible pese a todo lo que pudiera haber dentro de la botella.

Porque uno no es más que su contorno irremplazable, con su nariz, que puede ser un hermoso recuerdo, sus orejas, el corte de la cara, como esas caricaturas que hacen algunos. Una vez me hicieron una. "Sí, soy yo", tuve que decir al mirarla, porque no podía ser otro que yo. Uno no es más que su contorno, que lo limita con el resto del mundo. Adentro están las vísceras y todo lo demás, pero uno es finalmente eso, el óvalo de la cabeza, la forma total apenas estrangulada en el cuello, los ojos, los brazos que fingen sinuosidades, y luego las líneas rectas hasta el suelo concluyendo en puntos móviles que se desplazan por la tierra. Uno es finalmente un contorno que contiene una sola vida y una sola muerte. Es una especie de cárcel donde está condenado a vivir y a morir. Pero hay algo que lo salva a uno cuando uno presiente la existencia total de otro ser (su contorno y lo que contiene) y siente de pronto que ese otro ser responde, y entonces los contornos, tocados por el amor, se unen y sienten que ya no son un solo contorno, una sola cárcel, sino que participan de la maravillosa multiplicidad. Cuando uno ha sentido eso, cuando uno se ha sentido tocado por esa visión de los contornos que se llama amor, entonces qué importan la muerte y el olvido qué importa todo lo demás si de algún modo siente que todos los demás seres están respondiendo por uno, están afirmando la precariedad de la propia limitación. Por eso, al descubrir ahora que usted me ama, siento, hijo, que mi vida está plenamente cumplida. Así es hermoso vivir, sentir que todos los seres del mundo, los que están cerca de uno y aun los que no conoce y están en otras latitudes, responden a uno, lo acompañan en el mundo, están con nosotros para asegurarnos la propia existencia. Puedo decirle que ha sido hermoso vivir y que estoy agradecido por haber podido hacerlo en esta forma y en este mundo.

Aquella noche yo había querido pasar rápidamente por los sucesos de su infancia para sacar hacia la luz otros hechos

más recientes y dolorosos y vencerlos lo más pronto posible, pero la mirada en el tiempo fue demasiado larga y tuve que ver otros, como si el cometa mismo los hubiese iluminado. Si no me hubiera acordado del cometa, quizás aquellos otros hechos tangenciales habrían quedado en el olvido. Y buscándome yo alguna culpabilidad, algún acto que hubiese vulnerado a mi hijo, me acordé de aquel veinticinco de mayo, del desfile donde mi hijo fue abanderado y tuvo que sufrir mucho porque yo no quise ir a verlo en el desfile. Su madre y usted me lo reprocharon duramente al día siguiente. Yo callé. Y todo lo que callé me lo dije luego ante el recuerdo del rostro adusto de la mujer del tambor mayor, como si ella me lo exigiese. Recordé entonces que antes de ese veinticinco de mayo hubo otro. La plaza estaba llena de gente y de soldados. Había terminado la misa de campaña y las columnas blancas de escolares convergían hacia la bandera para rendir sus homenajes. Su madre y yo tratábamos de ubicar el lugar que ocuparía su escuela. Estábamos en la esquina de la catedral. En esos años yo le tenía miedo al tiempo; es decir, tenía miedo de que el tiempo pasara. La Rioja está rodeada de montañas, es chiquita y allí todo el mundo se conoce. Las caras siempre familiares e idénticas y las montañas tan próximas me dieron siempre la sensación de un encierro. Yo me crié en los llanos, donde se es siempre libre. Allí, entre las montañas y las caras repetidas, sentía que el tiempo pasaba velozmente, sentía que nos vulneraba de un día para otro. Había empezado a descubrir no sé qué horrible forma adulta en su rostro infantil. Las escuelas habían iniciado el desfile y yo miraba esos miles de rostros entre los que más tarde aparecería el suyo. Centenares de caras pasaban ante mí, morenas, coloradas, blancas, y todas ellas, en rápido descenso hacia la madurez, me indicaban que el tiempo había pasado y continuaba pasando. Cuando le tocó el turno a su escuela usted pasó sin mirarnos. Sin duda una mínima distracción quebraría la solemnidad del acto. Nosotros respetábamos la importancia que usted daba a esas cosas, como los desfiles y los emblemas patrios. Para nosotros no tenían importancia pero los aceptábamos porque eran veneraciones de nuestro hijo.

Usted era escolta de la bandera. Su madre y yo advertimos que su rostro, además de la solemnidad del acto, estaba como mortificado. Esa mañana, mientras se vestía, dijo algunas palabras por las que entendimos que estaba disgustado porque le hubiera gustado ser el abanderado y era solamente escolta. Sin embargo, esa distinción era un gran honor. Usted era el más marcial. Se me llenaron los ojos de lágrimas, igual que a su madre. Yo no sé por qué lloraba ella, pero sí sabía por qué lloraba yo: porque el tiempo había *pasado*, porque se hacía un hombre, pequeñito, que tenía que afrontar el mundo de pronto con las estrellas en lo alto y la interminable sucesión de las estaciones y todos los peligros del mundo. Su rostro entre miles había pasado, era algo que yo había dado a la humanidad: un rostro, un contorno. No me volví para ver su espalda. Seguí mirando las otras caras, adultas también en una interminable repetición. Después vi que su madre había vuelto la cara para verlo desde atrás. Recuerdo bien el perfil de su madre contra el sol. La voz por el altoparlante anunciaba ya el paso de la escuela siguiente ante el palco oficial. Se trataba de la escuela industrial, "la reserva de la patria", según el altoparlante. Por eso no quise ir al desfile del año siguiente, cuando usted había logrado ser abanderado. Mientras se vestía, con esa pulcritud tan suya, no demostró que el hecho de ser por fin abanderado lo alegrase. Se lo dije a su madre y ella me dijo que sí estaba contento, pero que el disgusto que se veía en su rostro era porque sabía que yo no iría al desfile. Hubiera querido explicarle los motivos, pero me daba vergüenza. Cuando quise besarlo para despedirlo usted me esquivó la cara. Pero yo no adjudiqué ese acto a su momentáneo enojo porque ya otras veces había esquivado la cara cuando intentaba besarlo. Eso era simplemente parte de su carácter, de modo que no creí, contra los temores de su madre, que estuviese disgustado conmigo porque no iba al desfile. Por otra parte, si yo le hubiera dicho "hijo, no voy porque tengo miedo de que el tiempo pase", usted se hubiera ofendido realmente. Pero esa noche me di cuenta de que su madre tenía razón. No vino a cenar ni se juntó con nosotros para ir a ver los fuegos artificiales como habíamos convenido.

Cuando más tarde abrió la puerta de calle—desde casa se oía el chisporroteo de los juegos que comenzaban—y vio que yo estaba esperándolo en la sala, desvió sus pasos hacia el pasillo y entró por la cocina. Se fue directamente a la cama. Al rato me acerqué a su cama para decirle buenas noches. No me contestó, aunque estaba despierto. Sentí una gran humillación, vergüenza, algo de eso. Me hubiera arrodillado para pedirle perdón. Creo que aquella noche comencé a padecer esos insomnios que luego, con la vejez, se volvieron más frecuentes y más largos. Estuve mucho sin poder dormir. Me levanté y salí al jardín. Me apoyé contra la verja y vi alto, en el cielo, uno de los fuegos artificiales. Parecía un cometa breve. Me acordé de aquella noche de años atrás, cuando usted era muy chico y, arropado en una frazada, movía su cuerpo contra el mío porque tenía miedo al fuego desconocido.

Si no hubiera sido por la actitud de la mujer aquella, yo jamás hubiera sacado de mí todas esas cosas. Jamás se las hubiera dicho a nadie, ni a mi hijo, y si él mismo me hubiera exigido que se las dijese, me hubiese negado diciéndole que eran cosas absolutamente mías, y que por lo tanto en mí permanecerían. La verdad es que recordaba algunas y me detenía en los detalles, en los procesos, y atisbaba que más allá había cientos de cosas semejantes. Y para aliviarme un poco de esa vergüenza que me producía el recordarlas, de la agresión que significaban, recordé en cambio otras donde sin duda yo era el culpable principal, como para decirle luego a la mujer que usted realmente tenía motivos para avergonzarse de mí. Me acordé entonces del asunto del baño, doloroso porque transcurrió en silencio por ambas partes. Viendo bien, era preferible el insulto del club nocturno y no ese silencio tan terrible de aquella noche.

Nos habíamos visto unos minutos, unos días antes. Usted estaba preparando un viaje y me dio el dinero para que yo volviera a La Rioja. Yo no me volví y me fui a la casa de un compadre. Tenía ganas de verlo, eso es todo, y no sé cómo me enteré de que asistía a una comida en un hotel céntrico. Creo que vi la noticia en el diario. Yo sabía que usted tenía la

obsesión de que yo lo perseguía, lo acosaba, así que me cuidé bien aquella noche. Quería ver simplemente cómo era la comida aquella, cómo brillaba usted entre tanta gente distinguida. Entré por la puerta de servicio y me metí en el baño. Desde allí lo veía perfectamente. La mesa era inmensa y había muchos oficiales con sus esposas. Margarita era una de las más bellas. Reían y comían. El baño era un lugar ideal para mirar. Solamente dos oficiales entraron en más de media hora de tiempo, para orinar y peinarse. Uno de ellos me dijo “¿qué le pasa abuelo?”, y yo le dije que estaba perfectamente bien. Después me distraje oyendo una discusión entre dos mozos y no advertí que usted se había parado y se dirigía al baño donde yo estaba. Caminaba con pasos rápidos y decididos, con una expresión de gravedad muy distinta a la risa casi permanente que mantenía en la mesa. Atiné entonces a sacarme los anteojos y tirarlos al suelo y a agacharme como si los estuviera buscando. Cuando usted abrió la puerta, la hoja chocó contra uno de mis zapatos. Yo alcé la vista como para decirle que había entrado allí por casualidad y que estaba buscando los anteojos, pero no pude decir nada. Usted me miró con ira y yo me acordé de muchas cosas. Por un momento tuve mucho miedo, pero usted levantó un pie y después otro y pasó sobre mí, y yo seguí buscando los anteojos. Los dos estábamos fingiendo que no nos conocíamos. Cuando quise salir tuve la mala suerte de que la entrada de servicio estuviese clausurada a esa hora, así que tuve que atravesar todo el salón, donde ustedes comían. Pegado contra la pared, caminaba con miedo y vergüenza. Creo que en la pared había un espejo; y aunque no me miré en él, supe que mi aspecto no era para estar en ese lugar. Las luces eran cada vez más intensas a medida que me acercaba a la puerta de salida. Margarita también me vio, estoy seguro, no pude evitar que sus ojos se dirigieran hacia la pared contra la cual yo me deslizaba despacito, agachándome para que por lo menos algunos no me vieran. Cuando llegué a la puerta el portero me miró sorprendido. Yo sonreí, hice durar la sonrisa en mi cara, con esfuerzo, hasta que salí del alcance de la mirada del portero, y después sentí que los músculos faciales

me pesaban, como si las mejillas hubieran estado por caer. Decidí volver esa misma noche a La Rioja, pero advertí que no me alcanzaría para el pasaje porque había gastado algo. Podía pedirle a mi compadre, pero no me animaba. Pero en realidad pensaba en volver y en todo eso para no pensar en la humillación que estaba sintiendo, la culpabilidad que me producía tanta angustia. Lo peor de todo era que usted no me hubiese dicho nada, que no me hubiese insultado por lo menos. Sentí que éramos dos extraños y que ya no había contacto posible entre nosotros. Me di cuenta entonces de que toda mi actitud con respecto a usted no era nada más que imbecilidad, ridiculez. Pero no podía evitarlo porque deseaba hacerlo; necesitaba estar cerca de usted, tener alguna forma de comunicación. Si a esa necesidad inevitable por mi parte sumaba lo absurdo o ridículo de la situación, el resultado era la certeza de que usted era ya para mí una causa perdida. Esa noche terminé en un boliche. Unos muchachos me pagaron varias copas. Les recité una buena parte del Martín Fierro de memoria.

No sé qué estará conversando usted con Luis ahora. No presté atención al comienzo de la conversación, y ahora las palabras de ustedes no tienen sentido. Al principio entendí todo. Usted le preguntaba cosas a Luis sobre mí, y él le contestaba otras, porque lo que usted preguntaba no tenía sentido en mi estado. Entonces él quiso preguntarle cómo se comunicaba conmigo y dijo varias veces "a ver don Blas, ahora dígame si quiere que lo lleve a la cama; a ver don Blas, si quiere que lo lleve al baño", esperando que yo inclinase los ojos para un lado u otro, pero no he querido hacerlo, no quiero que mi hijo sepa cómo se hacen estas cosas. Y si usted se queda hasta la hora de comer me va a dar mucha vergüenza que sepa cómo le dan de comer a su padre, él que sabía tantas cosas.

Todo llega en su tiempo justo. La postración obligada me ha llevado casi a las puertas de la sabiduría (calcule, lo que la sabiduría puede significar para mí). Ya no tengo impacencias, y si antes hubiera podido pensar así jamás lo habría seguido por tantas calles y ciudades. Además, es en la espera

donde madura el deseo. Es bueno ver desarrollarse el día, sentir el movimiento de la tierra como algo que sucede íntimamente. Las estaciones, antes temidas, son ahora la misma existencia de uno que finge hermosas mutaciones. Los recuerdos mismos son una forma de permanencia, vida detenida, no sepultada, que está siempre al alcance de la mano, que es siempre una nueva posibilidad de vivir. Cuando yo era un padre joven y usted un hijo indiferente, me desesperaba su frialdad. Jamás tenía usted actos espontáneos de cariño y aceptaba apenas los míos. Aquella vez que estuve enfermo entró dos veces en mi cuarto, pero no dijo nada. Cuando el médico se fue y el temor pasó, su madre, alborozada, me abrazó en la cama y lloró en mi oído. "Tenía miedo de que hubiera pasado algo malo", dijo. Después se levantó y gritó con toda su alegría: "Víctor, vení a abrazar a tu padre, que está sano y que no tiene nada malo". Usted entró poco después y se paró al lado de mi cama. Era una situación embarazosa para los dos. Yo me sentía como alguien que se ha herido voluntariamente para conseguir amparo. Usted vacilaba, no sé qué sentiría, y viendo yo que su vacilación era larga extendí los brazos y le dije "venga hijo a darle un abrazo a su padre", sintiendo, avergonzado, que estaba implorando un acto de amor que de otro modo no se hubiera producido. Usted trepó a mi cama, recibió primero mi abrazo y luego me abrazó usted mismo. Pero no me dio el beso que yo esperaba. Esa actitud suya fue motivo, durante años, de vergüenzas secretas. Aquel beso perdido llegó ahora, muchos años después, como si hubiese estado buscando hasta ahora el punto perfecto de madurez. ¿De qué valía entonces la impaciencia? El hijo adulto que me besó recién es el mismo hijo que no se animaba a inclinarse sobre la cama cuando yo estaba enfermo. Comprendí ahora que su madre tenía razón: "no es que no te quiera; él es así". Pero yo necesité toda la vida para darme cuenta. Menos mal que mientras tanto mi deseo maduró hasta la posesión.

Todas esas cosas las pensé en la cama, dando vueltas y vueltas como para huir de algunas de ellas. De pronto recordé que no había buscado la carta de Margarita donde me

invitaba a pasar unos días con ustedes, y que le había prometido a la mujer del tambor mayor. Me levanté y hurgué por algunos armarios, pero me di cuenta de que sería muy difícil hallarla porque se trataba de una carta muy vieja. Volver sin la carta era vergonzoso, así que decidí escribir una yo, donde me decía a mí mismo que usted y ella querían que me fuese con ellos porque estaba muy viejo ya y no debía andar por allí sufriendo necesidades. Reconozco que fue un acto vergonzoso. Después me apoyé contra la verja para mirar el cielo y me acordé otra vez del cometa. Arriba había una calle perfectamente trazada por donde el cometa pasaría, lleno de fuego, dentro de muchos años, cuando mi hijo fuera tan viejo como yo. Y entonces no me dolía ya que el tiempo hubiese pasado, como aquella vez en el desfile. Había empezado a comprender la verdad última de las cosas.

La visión de la calle del cometa me hizo desistir de seguir sacando cosas de ese fondo oscuro. Era tan larga su ausencia pero tan seguro su regreso, que sentí vergüenza de la pequeñez de todos mis actos. Rompí la carta que me había escrito para mostrarle a la mujer de mi amigo. Ya no tenía importancia no sólo la carta sino la mujer misma.

Me acosté nuevamente, decidido a no pensar más en todo aquello, pero los pájaros negros seguían saliendo del fondo de la botella. El acto de mi voluntad hizo que muchos quedaran adentro, pero no pude dejar de ver a los que ya estaban en vuelo. Algunas de esas aves eran Lanús, Liniers, Pompeya; Buenos Aires. En esa época fue usted el perseguidor. Yo alquilaba piecitas por allí (tenía una mujercita) tratando de ocultarme de usted para que no se enterara de mi pobreza. Pero a veces llegaba yo y los vecinos me decían “estuvo un militar aquí, dejó esta tarjeta”. Yo tenía que ir entonces a verlo y usted me reprochaba “la vida escandalosa” que llevaba. Otra vez mandó dos soldados para que fumigaran mi habitación. Sacaron papeles y ropas y quemaron todo en el patio. Usted me dijo que se trataba de inmundicias, que por eso había ordenado quemar todo aquello. Pero había allí papeles valiosos para mí, fotografías, recuerdos, recortes de diarios, documentos. Yo y mi compañera decidíamos enton-

ces mudarnos de lugar, pero siempre llegaban sus soldados y nos perseguían, o aparecía usted y me dejaba esas tarjetas. Después empezaron las revoluciones y dejó de perseguirnos. Usted figuraba en los diarios. Cuando los vecinos y amigos me oían decir que yo era su padre, muchos de ellos se reían; pero muchos otros lo creían. Finalmente fuimos a parar a una casa en Boedo, donde nos alquilaron un garaje. Allí murió la mujercita y yo me volví a Córdoba, donde me recogió doña Dora. Después vino mi enfermedad y con ella la lucidez, la comprensión de tantas cosas.

Pero al día siguiente de aquella noche volví a la casa del tambor mayor. Habíamos jugado tres manos de truco cuando la mujer me preguntó por la carta. Me hice el tonto, contestándole entre bromas y veras, diciéndole que dentro de un rato la sacaría del bolsillo de adentro. A mí me gustaba mucho hacerla réfr, adoptar personalidades distintas y hablar con voz impostada. Ella era muy simple y se reía por cualquier cosa, con tal de que yo la dijese. Entonces le hablé como un mago de circo cuando anuncia que va a sacar algo del fondo de la galera. Dentro de cinco minutos, le dije, voy a sacar tres cartas del fondo de mi bolsillo. Después, poco a poco, me las arreglé para hablarles del cometa. La mujer abrió unos ojos grandísimos. Inventé tantas cosas del cometa, que ella quedó maravillada para toda la noche. Después salí despacito, bajo la luna, fumando un puro que me había dado el tambor mayor.

Era una familia muy buena. Él era de Malanzán. En verano me convidaban con frutas. Tome, don Blas, estos son duraznos de Malanzán, decía ella. Él tenía una casita allá, con árboles frutales, y todos los años recibía cajones de fruta. A él lo recuerdo sobre todo por la caída que tuvo aquel día. Un gobierno militar se había hecho cargo de la provincia, y tuvimos que desfilar y tocar. Yo venía con los tambores, detrás de los flicornos barítonos, pero podía verlo perfectamente, a la cabeza de la fila, haciendo piruetas en el aire con el bastón. Lo manejaba muy bien. Cuando llegamos a la esquina del Banco ordenaron conversión a la derecha y él quiso cambiar el bastón de mano revoleándolo en el aire, pero

el bastón fue a caer a dos metros de él, y él salió en cuatro patas, a pocos metros del palco oficial donde estaba el interventor militar. Mucha gente se largó a reír. Él nunca quiso hablar del asunto. Después alzó el bastón en la forma más digna posible, y siguió enarbolándolo, con más destreza aun, como si nada hubiese pasado. Después tuvo un serio apercebimiento. Parece que usted quiere irse y trata de buscar una salida estratégica como para que yo no me desespere. Se lo ha sugerido Luis, parece, y eso demuestra que tampoco él me conoce como debiera. Su partida no me afectará como piensan. He llegado a la comprensión de muchas cosas. Lo he visto, lo he oído, he recibido ese beso postergado en la infancia y mis deseos han quedado satisfechos. De ahora en adelante, aunque no lo vea más, podré dedicar muchas horas y días a la contemplación y al nuevo goce de este encuentro. Todo ha sucedido tan rápido, usted llegó tan imprevistamente, que necesitaré mucho tiempo para asimilar bien tantas cosas realmente hermosas. Podré mirar ese umbral y decirme que por allí entró usted y que estuvo sentado en esa silla mirándome y hablándome aunque yo haya escuchado muy poco de lo que me dijo. Yo no percibo palabras ya, sino actitudes. Ésas son las que valen. Lo veo inquieto y con ganas de irse. Quizás esto le resulte doloroso. No sabe cómo hacer y busca la ayuda de Luis. Yo mismo acudiré en su ayuda. Aunque quisiera retenerlo aquí para siempre, sé que eso no es posible. Usted tiene que seguir viviendo su vida en cumplimiento de un gran destino. Usted tiene que ver el cometa. En seguida, cuando Luis me mire, haré con los ojos los gestos necesarios para que él comprenda que estoy fatigado y que quiero que me lleven a la cama. Entonces usted podrá irse porque yo fingiré dormir. Pero antes haré una cosa: le indicaré que quiero que usted mismo me lleve. Será como retribuirle el beso que me ha dado.

Luis entendió perfectamente la señal del cambio de lugar, pero le costó un poco captar mi deseo de que fuese usted quien me trasladase. Usted sonrío con un relámpago de su madre en los ojos y me toma en sus brazos. Ahora toda medida esta colmada, toda espera concluida. Como si usted

fuera mi padre, me he vuelto a sentir pequeño, necesitado de afectos.

Ahora quisiera que se vaya lo más pronto posible. En seguida tendrán que limpiar mis intestinos, lavarme y prepararme para la cena, y no quiero que usted se entere de esas cosas. Le daré instrucciones a Luis para que le entreguen mi tambor, con el que me he ganado la vida. Últimamente yo era redoblante. No quiero que se lleve una imagen dolorosa de su padre. Yo sé que no soy digno de usted, pero no quiero que el recuerdo que tenga de mí sea más desagradable que mi condición. Me gustaría que, en los muchos años que le quedan por vivir, me recuerde como un hombre que podía hablarle con precisión de los cometas y del movimiento de los astros.



VII

Inicié mi tarea agobiado por el mundo que Víctor representaba. Estuve parado un rato al frente de la pensión recordando un montón de cosas que vinieron a mi memoria. Y si en un momento esas cosas me parecieron recuerdos más o menos felices, después, confrontadas con él, parecían fantasmas obsesionantes. La casa misma me pareció entonces una prisión, y entrar en ella era como decirle adiós a la ciudad. Tenía que entrar en ella y sentía una desesperada necesidad de estar en el centro de la ciudad, entre el estrépito y las luces. Siempre me han deprimido los suburbios, pero esto era peor, era como un suburbio de mí mismo. Las frases de Víctor comenzaban a resonar en mis oídos. Sus exageradas ideas sobre el mal me parecieron, allí, completamente ciertas. El mal es para mí una cosa simple y directa, de todos los días. Lo que yo llamo la cuerda floja. Las razones de la existencia del mal nunca me preocuparon como a él. Trabajo con hechos verdaderos, los arranco de raíz. Y como él condicionaba ahora la materia que yo debía trabajar, me arrepentí de no haberlo seguido a él, de no haber averiguado qué hacía él después de todo, cuál era su conducta y qué relaciones tenía con la cuerda floja. Quien conoce bien al acusador puede calar hondo en el acusado. Uno se pone así en lo que yo llamo las evidencias puras y puede cortarles todas las salidas al delincuente cono-

ciendo la parte generalmente sucia que le corresponde al acusador en el asunto de que se trate. Egusquiza sostenía que la justicia perfecta sería la condena de los dos. Ambos, acusado y acusador, forman parte de la misma unidad. Ellos posibilitaron la existencia del delito.

Averiguar ahora en la prisión todas esas cosas que Víctor quería saber era un poco entrar en su mismo juego, sentir como él, o sea no ver las cosas concretas sino sus implicaciones subjetivas. Era como volver a la galería en las noches en que hablábamos con él de tantas cosas; era estar desnudo como Margarita o el estudiante; era como sentir que uno puede ser violado.

Alguna vez yo tuve miedo a los hechos que componen la vida. No había cumplido los veinte años todavía, y lo que venía (según Víctor y yo todo lo que estaba fuera de la galería) me hacía sentir impotente. Quería seguir viviendo siempre como era, sin cambiar las costumbres, en un mundo relativamente fácil. Sabía que todo era duro y difícil: el matrimonio, los hijos, la posición. Me daba cuenta de que la vida no era gratuita y que había que pagarla. Muchas veces hablamos de eso con Víctor. Coincidíamos en que vivir era estar en un campo de batalla, pero Víctor era más optimista y decía que con orden todo podía obtenerse. Yo no veía tan fácil el asunto. Después comprendí que todo era un problema de voluntad. Empecé a mezclarme con todo y a llegar al fondo de los hechos. La variedad de la vida, que antes me aterrizzaba, significó para mí justamente un motivo para vivir. Eso me llevó a elegir la profesión que tengo. Sé más de los demás que de mí mismo. He visto y resuelto muchos casos. Para mí la gente que se desplaza por las calles o toma bebidas en los bares o circula en automóviles no es un simple movimiento. Es materia prima, cuerdas que se aflojan permanentemente. Veo al hombre como un ser íntimo. Su intimidad, su libertad, es lo que lo pierde. La libertad funciona mejor entre los animales. El hombre no la necesita para vivir. Es incapaz de ella. Si odia, se equivoca; si ama, también se equivoca. Cuando se expresa dice tonterías: basta que uno le haga una de esas preguntas que llegan a lo íntimo, en los sumarios, para

que empiece a titubear, a moverse en la silla como un pez fuera del agua. Es igual que sorprender desnuda a una persona. Así me encontraba yo en el momento de entrar en aquella casa.

Pero haciendo un esfuerzo mental, como alguien que sacude su cuerpo para librarse de una telaraña o de algo parecido, volví a mi voluntad, a mi modo de ver las cosas, y tracé un rápido esquema que, me parecía, me ayudaría a salvarme de la obsesión que me había contagiado Víctor en esos momentos. De acuerdo con ese esquema yo debía observar lo que sucediese ahora, poniendo actores parecidos en la misma escena. Sin duda se repetiría la historia. Los nuevos personajes estaban despojados del conocimiento previo que yo tenía de ellos, y simplemente viendo la circunstancia en que actuaban, la casa y sus costumbres, los horarios y los intereses comunes, el resultado saltaría a la vista. Por que de acuerdo con ese esquema, que casi nunca falla, las personas, en la cuerda floja, repiten casi siempre las mismas cosas. Los delincuentes no tienen imaginación. Con la enunciación de ese esquema volví a sentirme dueño de mí, de mi voluntad. Sabía que la gastaría allí adentro, enfrentando tantas desnudeces, pero quizás me durara hasta que saliera. Comprobé en ese instante que ya no me sentía desnudo como el estudiante en el momento en que Egusquiza lo golpeaba. Estaba cubierto, podría defenderme un rato por lo menos.

En aquel lugar, en un pasado no tan remoto, todos habíamos estado desnudos. No creía encontrar nada de todo aquello, ni siquiera la casa. En tantos años no había vuelto a ese barrio. Ascendiendo posiciones cada vez más altas, a medida que ganaba más dinero, me había alejado cada vez más de los suburbios. Sin embargo la casa estaba allí, conservada por el tiempo. Las vías del tren, los paraísos, el polvo de la calle, los grandes árboles de la avenida pavimentada que se veían desde la galería de la pensión, las copas inmensas y grises adonde iba a depositarse el polvo que levantaban los trenes. La palabra pensión estaba cubierta por una capa de pintura. Me paré un rato en la vereda de enfrente, para estudiar el movimiento de la casa, y llegué a la conclusión de que no

quedaba nada de lo que existía en la memoria de Víctor y en la mía. Después me llevé la gran sorpresa cuando me dijeron que era una pensión. No estaban ya Margarita y el coronel ni tantos otros, pero había continuidad: estaba doña Dora, a cuya memoria podría aferrarme para reconstruir algún hecho que tuviera alguna conexión con el hecho central que obsesionaba a Víctor.

Había estudiantes, obreros, gente joven y madura. Las comidas se servían en las mismas mesitas, a las mismas horas. Pensé, volviendo a mi esquema, que bastaba averiguar qué hacía aquella gente, mejor dicho comprobar lo que se suponía que hacían, porque toda la gente hace las mismas cosas en las mismas circunstancias, para reconstruir toda la historia y volver y decirle a Víctor qué era lo que había pasado. Hubiera sido mucho más fácil espiar a personajes reales antes que ir a *ver* qué pasó en tal época con personajes que ya no eran los mismos. Había una muchacha muy parecida a lo que yo recordaba de la Margarita adolescente.

Doña Dora clavó en mí sus ojitos viriles y me dijo, o pude entender de su boca desdentada, que yo era un tonto si creía que no me había reconocido. Me dijo inmediatamente que yo era amigo de Víctor y que siempre había sido un caradura. Su sobrino, un hombre con actitudes de actor, ayudaba gráficamente, plumero en mano, a la memoria incierta de la vieja. Se paseó sonriente por la galería reconstruyendo un desfile militar. Usando el plumero como bastón, se refería a cosas que yo no podía entender cabalmente. El mango del plumero era de pronto un sable, y él era Víctor en el día que le entregaron los sables a los cadetes. Las plumas sirvieron luego de gorra. Después tomó delicadamente el plumero con ambas manos, como si se tratase de una novia, y bailó con él por la galería. Yo sonreí y después dejé de hacerlo porque los ojos de la vieja, como exaltados, seguían aquella reconstrucción como si se tratase de la misma realidad. Había ira en su rostro, y, cuando el sobrino dejó el plumero sobre una mesa, lo tomó ella misma y enarbolándolo me dijo que a partir de aquella fiesta del día que le dieron el sable a Víctor había comenzado la desdicha de Margarita. Yo estuve también en

esa fiesta, pero solamente recordaba de ella las lamparitas colgadas en los árboles y el zumbido de la fábrica, que ahora también estaba oyendo. Después advertí que el hombre del plumero había sido en aquellos días una criatura que solía ir en bicicleta, los domingos, a visitar a su tía Dora. Se acordaba de mí. Cuando le pregunté qué recordaba de mí tomó su plumero y describió signos desconocidos que no me recordaron nada.

El sobrino, que se llamaba Luis, me introdujo luego en el clima que yo necesitaba conocer para ordenar mi trabajo. Tomábamos cerveza en la galería mientras la vieja gritaba en la cocina. Al principio creí que estaba retando a la cocinera, que sudaba ante las grandes ollas, pero después advertí que le estaba contando a la mujer fragmentos de la historia de Margarita. Se refería a Víctor sin duda alguna.

Luis advirtió que yo ponía atención a las frases inconexas de la vieja y me dijo:

—Está despotricando contra Víctor porque en muchos años vino una sola vez a esta casa. Margarita, dos o tres veces. Una Navidad (trajo regalos, nos besó a todos y se fue antes de las doce) y cuando la tía estuvo muy grave. Víctor vino poco antes que muriera el viejo. Se presentó de golpe, de civil, como si no hubiera pasado tanto el tiempo; estuvo media hora y se fue. Habló muy poco con la tía y se interesó por la salud del padre. Parecía conmovido. Dijo que volvería o se lo llevaría a vivir a su casa, pero ni volvió ni se lo llevó, y cuando el viejo murió tanto él como Margarita no estaban en la ciudad.

Luis siguió hablando todavía del viejo; yo no lo oía ya porque estaba tratando de enterarme de lo que decía la vieja en la cocina, pero me llevaba el sonido y no el sentido de las palabras de doña Dora. En su boca Víctor era *Víchor* y se refería a él mencionando una catedral. Luis me explicó después que se trataba sin duda del día del casamiento. Parece que Víctor y doña Dora discutieron ese día a causa del celo que ponía Víctor en todos los detalles y ornamentos de la boda, la nómina de invitados y todas esas cosas. No sé qué problema había, porque según el domicilio de la novia la

ceremonia religiosa debía efectuarse en una iglesia de la sección correspondiente y Víctor había dicho que no se casaría en un templo que no fuera la catedral, donde finalmente se realizó la boda. Me dijo también que doña Dora nunca lo quiso, pese a que Víctor aseguraba el porvenir de Margarita, porque Víctor, durante los largos años de noviazgo, ignoró siempre a todo el resto de la familia con un perfecto desprecio. Durante años, antes de recibirse, llegaba del liceo los sábados por la tarde, se ponía ropa civil e iniciaba un largo diálogo secreto con Margarita, que terminaba siempre en un silencioso disgusto. Cuando se iba, los domingos por la noche, Margarita se acostaba en seguida. A veces lloraba en el lecho y se negaba a explicar la razón de su estado de ánimo cuando doña Dora lo interrogaba.

Después Luis me dejó solo con la vieja, que había vuelto de la cocina, y me repetía la historia esa de la catedral, y se puso a ordenar las mesitas para la comida, en la galería. Mientras la vieja hablaba yo pensaba en mi tarea. No había adelantado nada todavía. Necesitaba saber cosas de Mario, el presunto causante de la desdicha de mi cliente, pero no quería mencionarlo directamente y esperaba que lo hicieran ellos. Ya diría cosa la vieja o me las arreglaría, cuando me tuviera más confianza, para estirarle la lengua a Luis. Mientras la vieja hablaba traté de reconstruir mis propios recuerdos de las cosas. Mi permanencia en la pensión duró un par de años. Cuando yo llegué Víctor ya estaba allí y Mario se fue pocos meses después. Eché una ojeada a las habitaciones, al patio. Habían talado tres o cuatro árboles del patio del fondo “porque las raíces levantaban los mosaicos de los pisos”, según dijo Luis desde la cocina cuando oyó que yo le preguntaba a doña Dora sobre el destino de los árboles. Tampoco estaban los bancos de mampostería sobre los que colgaban las madreselvas del fondo. Habían puesto cielo raso nuevo en todos los ambientes y el brocal del aljibe había desaparecido.

Me decía a mí mismo que no había adelantado nada en mi trabajo, pero que no era desagradable después de todo hurgar entre las cosas perdidas. Del escenario donde se desarrollaron

los hechos no quedaba prácticamente nada, salvo los ruidos idénticos de la fábrica próxima, los trenes que pasaban levantando un polvo que volvía grises a los árboles de la avenida. Tampoco estaban los actores principales, de modo que mi trabajo consistiría en una casi imposible reconstrucción. Hacia el norte de la pensión había una zona despoblada, un loteo con algunas casas construidas y otras en construcción, una zona oscura en su tiempo, por donde, según tenía entendido, Margarita paseó muchas veces con Mario antes de conocer a Víctor. La zona esa era ahora un barrio bien poblado que acentuaba el sentimiento de impotencia que sentía ante la tarea que tenía por delante.

Parece que la vieja tenía muchas ganas de hablar de Víctor porque me invitó a comer. Mientras se movía pesadamente en la cocina dando órdenes a las muchachas, yo la miraba y pensaba en los amantes que pudo haber tenido desde su dudosa viudez. Me acordaba del hombre que la visitaba los domingos. No la había olvidado en tantos años. Muchas veces me acordé de ella. Una noche, sobre todo, cuando hicimos una razzia en lugares nocturnos sospechosos, y sacamos varias parejas al aire libre, me acordé de ella. Había una mujer que se le parecía y que se tapaba la cara cuando la subíamos al celular. Por un momento estuve casi seguro de que se trataba de ella, y de que ocultaba su rostro porque me conocía. Sin embargo se trataba de otra persona. Desde entonces en procedimientos similares siempre me acordaba de ella. Mientras Luis colocaba los cubiertos en las mesas y la vieja hablaba simultáneamente conmigo y con las mucamas, tenía la sensación de que todas esas personas, las que estaban presentes y las que estaban en la memoria, formaban un rompecabezas y, disimuladamente, el monstruo que había acechado a Víctor durante toda su vida. Las ideas que él tenía sobre el mal me parecieron entonces menos exageradas. Ahora comprendía lo que en principio me pareció una obsesión.

Luis me condujo a una mesa con tres platos, me sirvió un aperitivo y me dijo que en seguida estarían conmigo. Los pensionistas comenzaron a salir de sus habitaciones. Su

aparición parecía confirmar mi presunción de que los hombres en idénticas circunstancias hacen siempre las mismas cosas. Si al necesitado lo ponen delante de las cosas que necesita terminará robando; un hombre y una mujer solos y juntos terminarán acostándose; es una ley que nunca falla. A la moral la inventaron los tontos.

De una pieza salió un matrimonio que podía ser perfectamente el matrimonio evangelista que yo recordaba. Él era mucho más joven que ella. Me saludaron y se sentaron a mis espaldas. Se trataba de una de esas parejas típicas de ciertas pensiones. No tienen la dignidad del matrimonio. Si les hubiera pedido la libreta de casamiento sin duda hubieran comenzado a moverse nerviosamente en sus asientos. De la pieza que en un tiempo habité yo con otros muchachos de mi edad salieron varios tipos jóvenes, evidentemente estudiantes. Se advertía el desorden de la habitación y parecía que habían estado esperando que la mucama los llamase a la mesa. Hacían bromas a una de las mucamas y se burlaban de Luis porque el domingo próximo su equipo favorito sin duda perdería ante el que encabezaba la tabla de posiciones. Eran las mismas conversaciones de nosotros. Un hombre flaco vino de una pieza del fondo. Era pálido y serio. Podía ser perfectamente el fotógrafo. Después vino una mujer gorda con una muchacha que yo ya había visto desde la calle.

Me puse a pensar en el Mario de entonces. Era un tipo medio arrogante, casi despreciativo y, según lo había tratado ahora, no había cambiado mucho. Doña Dora no lo trataba bien. No comía con nosotros y se pasaba el día encerrado, estudiando. Jamás hacía causa común con los demás, y salía siempre solo. Trataba a Margarita familiarmente (menos cuando estaba Víctor) y parecía por eso que por lo menos habían sido muy amigos. Cuando venía el padre de Víctor se encerraban en una pieza y charlaban mucho tiempo. Me acordé de sus carcajadas. No era tan callado como parecía. Se daba con algunas personas solamente.

Luis pasó dos o tres veces, se sirvió un trago del aperitivo que había preparado también para él y que dejó junto a mi copa, y me dijo que pronto estaría conmigo. Yo seguí

asociando a los personajes reales con los de la memoria. El procedimiento era útil porque me permitía corporizar a los fantasmas. Margarita no era, así, una figura más o menos borrosa debajo de las madresevas, en el banco donde invariablemente pasaba las siestas estudiando, sino la muchacha que tenía enfrente, comiendo, y que reía a cada rato evidentemente turbada por la presencia de tantos muchachos a su alrededor. Era fácil deducir el tipo de relaciones que podía haber mantenido con los pensionistas en su época. Sin duda había habido galanteos y coqueterías. Estaban allí el fotógrafo, los mecánicos bulliciosos y comilones que los domingos enterraban sus mamelucos sucios en los roperos y aparecían con sus trajes azules, sus corbatas brillantes, sus camisas tan blancas y las puntas de las uñas siempre sucias. Había ahora también varios de ellos. El domingo próximo invitarían sin duda a la Margarita actual a los bailes del barrio o de los barrios vecinos, que por la noche disputaban desde sus altoparlantes la calidad de sus orquestas. A medianoche oirían, tendiendo un poco el oído, varias orquestas juntas que tocarían en los barrios próximos.

Luis se había acercado otra vez para contarme no sé qué historia intrascendente de Víctor que yo ya conocía, cuando vi salir de una de las habitaciones a un muchacho de unos dieciocho años que me recordó a Fernando, el estudiante que mató Egusquiza. No se le parecía físicamente, pero era del mismo tipo. Quizás me llevó a ese parecer el hecho de estar asociando cosas y personas, pero de todos modos tenía esa cara que suelen tener los tipos que hacen cosas como las que hacía Fernando. Pocas veces me falla ese instinto que siempre tuve para clasificar a las personas por la cara que tienen. El tipo me miró como asustado, como si adivinara que yo era un policía. Fernando era un tonto que amontonaba libros en los garajes y participaba, según el prontuario, en las agitaciones estudiantiles. Tenía ideas avanzadas y conexiones con los sindicatos. Pero en el fondo era un tipo simpático. Egusquiza nunca quiso admitir que él fue quien lo mató. Fue una cosa cruel, a quemarropa. Siempre me arrepentiré de haber sido testigo. Egusquiza tuvo el cinismo de negarme a mí que él lo

había matado, cuando bien sabía que yo había estado a su lado durante el procedimiento, porque temía que lo delatase. Muchas veces me dijo que no me había visto durante el procedimiento, y negaba que entre ambos lo subimos al celular cuando cayó herido y lo llevamos al hospital. Egusquiza temía a los diarios, que hablaron mucho del asunto, y al juicio que se inició. No pudieron probar nada, nadie sabía aparentemente que él había sido, por cuya razón, pienso, temía que yo algún día pudiese delatarlo. Desde entonces cambió con respecto a mí, no me confió más nada y evitaba mi compañía.

La presencia de este otro Fernando me molestó mucho porque un rato antes había estado pensando en él. Me dio lástima cuando me acordé de las varias veces que lo vimos, en garajes y en pensiones (porque uno tenía que estar enterado de lo que hacía) y de las estupideces que cometía y que lo llevaron a tan trágico fin. Yo estoy de acuerdo en que se investigue a las personas, que se las saque de lo que Víctor llamaba el mal, que se las castigue y todo lo demás, pero pienso que la vida es sagrada. Egusquiza no era un buen policía. Parecía que odiaba a todo el mundo. Gozaba ensañándose con los que podían tener posibilidades de inocencia.

Le pregunté a Luis, interrumpiendo su historia, si el muchacho que estaba sentado era acaso estudiante. Me dijo que no, qué va a ser estudiante este, trabaja en la fábrica y los domingos chupa que da miedo.

Luis se levantó para traer la comida. “Ya viene la tía; le va a contar muchas cosas; hace años que no se desahoga”, dijo alejándose hacia la cocina. Una de las muchachas que servía las mesas sacó los platitos, las copas y la botella y puso los platos en nuestra mesa. La vieja apareció por el segundo zaguán, que daba al patio de las madreselvas. Me miraba y ya estaba hablando, concluyendo de contarme cosas iniciadas antes en su mente, según la costumbre que después le advertí. Arrancaba de un punto cualquiera de sus alucinaciones, como si uno estuviese enterado de lo que ella ya se había dicho a sí misma. Hablaba fuerte, mirándome, y hacía todo tipo de señas y gesticulaciones para explicar sus palabras mal pronunciadas, para que yo me diera cuenta cabal de lo que quería

decirme. Me hizo acordar de don Blas, el padre de Víctor, que encontré un día en el centro. Tomamos una copa juntos. También él hablaba más con gestos y muecas, torciendo la boca o moviendo desmesuradamente ojos y cejas. Él no tenía dificultades para hablar; al contrario, lo hacía muy bien, pero acompañaba el ritmo de lo que narraba con exagerados movimientos de sus músculos faciales y de sus manos. La vieja se sentó finalmente. Yo no entendía nada de lo que me decía, porque ignoraba el comienzo de la historia que estaba narrando. Luis ordenó algo a una de las muchachas y se sentó con nosotros. Los pensionistas comían con un rumor uniforme. Las paredes de la galería estaban llenas de grasa. Tenían el mismo olor de las fondas próximas al ferrocarril. Luis advirtió que yo no entendía nada, por alguna respuesta mía, y completó con gestos el sentido de las frases. La vieja enumeraba con los dedos todas las desgracias que había tenido la familia en tantos años, sin que Víctor llegase por allí. Pude entender que a lo sumo, en tales ocasiones, recibían telegramas o cartas donde Margarita decía generalmente “después de un largo viaje por el interior del país nos enteramos de lo sucedido”. Luis se cuidaba mucho de interrumpirla porque la vieja se ponía frenética cuando lo hacía, por cuya razón explicaba con señas y actitudes algún contenido que había quedado oculto, mientras la vieja seguía hablando. De allí su costumbre de explicarlo todo con mimos y morisquetas. Era muy diestro en esa tarea. Por sus señas supe, por ejemplo, que las cartas sin duda no estaban escritas por Víctor o Margarita sino por algún empleado o asistente; venían escritas a máquina en papel con membrete del ejército.

Luis trajo una sopa con el gusto clásico de las sopa de las pensiones: la intensidad justa en el sabor, dada por la cantidad exacta de ingredientes. Ésta tenía además, como en los tiempos de mi juventud, ese otro gustito sabroso dado por los chorizos y morcillas que doña Dora hacía poner simplemente para dar más gusto a la sopa, y que luego iban a parar, cuidadosamente seccionados, a los platos de los pensionistas privilegiados que ella, por alguna u otra razón, distinguía. Los distinguidos siempre tenían en sus platos, cuando había puche-

ro, algún trozo de chorizo o de morcilla. Los mecánicos solían protestar por ello, ante la indiferencia total de doña Dora. La vieja ahora soplabá en la cuchara antes de meterla en la boca, y a veces la sostenía largamente en el aire hasta terminar el párrafo. Yo sabía que tendría que escuchar muchas cosas sin importancia antes que surgiese a la luz el dato revelador necesario para orientar la charla hacia los puntos que consideraba más importantes.

La proximidad de la vieja me reveló que ella no era solamente la imagen dada por sus gesticulaciones y sus palabras deformadas sino algo que, relacionado con lo que yo recordaba de ella, se convertía en un ser congruente y acabado. Mirando bien sus ojos podía darme cuenta, sobre todo cuando no hablaba, de que mantenía su condición de ser viviente con esa especie de misterio que hay en todo ser humano. Por un momento dejé de pensar en sus defectos para considerarla un ser con toda su plenitud y su derecho a vivir. Era la visión que no tenía Egusquiza, para quien todos los seres humanos eran sólo su apariencia, lo que mostraba en actos simples y sin complicaciones. Me ocurría con ella lo mismo que con su sobrino, a quien en un primer momento, juzgándolo por los movimientos que hacía con el plumero, hubiera tomado por un idiota. Sin embargo él necesitaba manejarse con ese lenguaje para poder complementar a la vieja, que sin duda alguna se apoyaba en él para llevar a cabo todas esas cosas.

Traté de no pensar en mis propios recuerdos para atenerme estrictamente a lo que dijese la vieja. Miré sin embargo la mesa que tenía a la derecha como si se tratase del matrimonio evangelista. De allí dirigí la vista hacia el posible Fernando, que me estaba mirando atentamente. Me dije que tendría que seguir usando mi voluntad para evitar imágenes deformantes. Me sentía confundido. No sabía qué me convenía más. La realidad se mezclaba con los fantasmas, y ambas cosas ocupaban mi atención y distraían mi voluntad.

Por desgracia, la vieja no seguía un orden coherente en su conversación. Tomaba retazos de recuerdos y los esgrimía como hechos totales y muy importantes. Luis y yo habíamos

terminado nuestra sopa y mordisqueábamos pan mientras ella trataba todavía de empezar a comer. Parece que sus recuerdos de Víctor comenzaban el día que le dieron el sable en el liceo, como si Víctor hubiese ido ese día por primera vez a la pensión. La vieja imitaba los enojos del cadete, la manera de rechazar un plato porque estaba mal servido. “Estúpido con su sable”, decía y se refería en seguida al día en que Margarita vino a la vida y cómo había sido lo mejor de este mundo hasta que apareció el verdugo. Después alzaba la servilleta como si ésta fuese el telegrama que envió Víctor cuando murió don Blas. “Don Blas era un hombre hermoso” alcancé a entender.

Contaba la vieja que cuando Víctor venía del liceo con la valija llena de ropa sucia en una mano, Margarita se transformaba y dejaba de ser la muchacha alegre de siempre “porque el tipo le pedía la libreta. Después se encerraban en esa pieza y ella salía de allí transformada, mientras nosotros todavía teníamos que lavarle la ropa y plancharle el uniforme. Había que tener la cama siempre lista para él y no usarla durante la semana perdiendo así a muchos pensionistas pasajeros, porque para eso pago, como si fuera él el que pagaba, como si don Blas no tuviera que girar todos los meses desde La Rioja para pagarle la pensión al hijito querido que la obligaba a Margarita a anotar en una libreta todo lo que hacía durante la semana”. Luis explicó después, mientras la vieja trataba de llevar a la boca la cuchara largamente detenida en el aire, que él encontró una vez entre papeles viejos una de esas libretas donde Margarita anotaba todo lo que había hecho durante la semana, y se reía diciendo que en realidad no anotaba nada verdadero, porque a veces, los viernes por la noche, mientras tejía al lado de la madre, solía levantarse bruscamente, como si hubiese olvidado algo, corría a buscar la libreta y anotaba los sucesos de toda la semana, omitiendo muchos.

La vieja parecía no oír las palabras de Luis. Tragó una cucharada haciendo ruido con la garganta, como si ésta fuese estrecha, y siguió con la historia iniciada antes de llevar la cuchara a la boca.

De las mesas de la izquierda vino un rumor de risas. Eran

los posibles mecánicos y una de las muchachas que servían las mesas, que reían de algo; ella enarbolaba un plato que todos disputaban. La vieja parecía resuelta a terminar su sopa, que evidentemente le costaba tragar. Cerraba los ojos para comer como si continuase allí, en los ojos cerrados, viendo a Víctor y a Margarita. Luis aprovechó para preguntarme si me acordaba de Rosalía, la muchacha que despertaba a cada uno de los pensionistas antes de que sonase el pito de la fábrica y que después tuvo un hijo de uno de los mecánicos. Yo me acordaba del hijo, un negrito que movía muy rápido los brazos y que los mecánicos acariciaban todos los días, al volver del trabajo, acusándose mutuamente por la paternidad. "Trabaja en la fábrica; a veces viene por aquí; se ha hecho una casita; es un tipo que vale", dijo Luis. La vieja dio de pronto un grito y dijo algo incomprensible. Luis me miró y me dijo que se refería al día del casamiento de Víctor. La algarabía de la izquierda había terminado.

La muchacha que enarbolaba el plato pasó junto a nosotros y la vieja le ordenó que nos trajese el segundo plato. Después me miró diciéndome que don Blas tuvo que volverse a La Rioja inmediatamente porque tuvo un disgusto con Víctor. "Lo que pasa es que don Blas le aguantaba todos los caprichos porque era demasiado bueno", trató de decir. La muchacha trajo carne asada y otro sifón de soda. La vieja se tomó un vaso de vino casi sin respirar y después de limpiarse la boca dijo que yo debía saber que Margarita nunca fue feliz con el tipo ese. En muchos años la había dejado venir un par de veces, para Navidad y alguna otra fiesta, y él mandaba cartas y telegramas. Entonces le pregunté si Margarita hubiera sido feliz con Mario, y ella dijo que siempre había sido injusta con Mario, pero que si Margarita se hubiese casado con él hubiera sido feliz en esta vida. "Mire —me dijo—, mi hija fue siempre lo mejor de esta casa; para ella fueron todos los sacrificios; se la educó desde que era así." Después cerró un ojo y acercándoseme me preguntó: "¿usted cree que Margarita era mi hija?" Yo la miré. "Sí, claro que era mi hija, pero no de este vientre. La tuvo mi hermana en esta misma casa. En esa pieza —alargó los labios y un dedo para señalar

la habitación de donde había salido el presunto matrimonio—, y yo la crié desde el primer día. Fue la noche del cometa.” Después tomó un par de costillas y se puso a roerlas trabajosamente. Luis alzó la cabeza y me dijo alegremente: “pregúntele del cometa”.

En eso sonó el pito de la fábrica. El supuesto Fernando se paró perezosamente y se ajustó el cinto que se había aflojado durante la comida. En otras mesas, varios imitaron su actitud. Luis me dijo que se iban al trabajo, como si yo no lo supiera. Era el primer pito. En seguida sonaría el segundo, y luego el tercero, cuando todos los obreros estuviesen en sus puestos, encaramados ya en las altas torres de la fábrica. El pito ahogaba con su sonido el rumor de las máquinas; después el rumor persistía, idéntico a través de los años.

“Decían que se iba a terminar el mundo —farfullaba la vieja— y muchos estaban aterrorizados porque la cola del cometa iba a rozar la tierra. Yo tuve que levantarme para buscar a la partera y lo vi en el cielo, allá mismo, encima de los árboles de la avenida. Por allí pasaba con su cola grande. Era hermoso. Por allí mismo —dijo obligándome a mirar un trozo de cielo—. La luz llegaba al fondo del aljibe. No se veían las estrellas ni nada, solamente el cometa en ese lugar. Todavía no había desaparecido cuando se oyó el primer llanto de mi hijita.” Después de tomar otro trago de vino me miró y gritó: “¿y a eso llaman ustedes el coronel?”

Estábamos comiendo el postre cuando le volví a preguntar de Mario, sin esperanzas ya de averiguar nada. Todos se habían levantado de sus asientos; algunos habían salido hacia la fábrica. El presunto matrimonio seguía en la mesa, conversando en voz baja. El postre consistía en tres damascos sobre un platito blanco. La vieja los comió con fruición, lamiendo los carozos. “Mario era un hombre —me dijo— y Margarita lo quería. Pero él la dejó.” Después golpeó con un tenedor sobre la mesa y dijo que ella había tenido la culpa de que Mario la dejase y que nunca se arrepentiría bastante de su culpa. Después volvió a insistir con las tonterías de la catedral y del cometa, pero yo no quería forzarla a decir nada; averiguar qué había pasado entre Mario y Margarita antes de

la aparición de Víctor parecía una cosa imposible. Por lo que pude entender al final de esa especie de conversación, la vieja no sabía nada importante al respecto.

Cuando la vieja se acostó, el silencio de la siesta y el rumor inacabable de la fábrica, que parecían mezclarse, me recordaron momentos idos y me puse un poco melancólico. Estábamos tomando una copa con Luis cuando le dije sin rodeos — sin revelar mi condición de detective— que Víctor estaba poco menos que enloquecido y que me había encomendado averiguar qué había pasado entre Mario y Margarita en aquellos años. Luis sonrió como si él también estuviese melancólico y me contó una historia que intentaba ser una respuesta. Él tenía nueve años y de vez en cuando, cuando nuevos pensionistas lo exigían, tenía que dormir en un cuarto con Margarita. Cuando Víctor se enteró puso el grito en el cielo y prohibió terminantemente la repetición del hecho. “De aquella época solamente recuerdo ese detalle —dijo—. Me acuerdo también de un detalle del día del casamiento. Él estaba peinándose en el baño, muy escrupulosamente, como un gato cuando se lava. Sacaba la gomina con un peine, la extendía en las palmas de las manos y luego la aplicaba en los costados de su cabeza. Después pasaba el peine y en seguida la mano por el cabello, inclinando la cabeza hacia uno y otro lado para verse mejor. Cuando todo su cabello estuvo bien liso aflojó con el peine un mechoncito de pelos y los dejó caer sobre la frente en forma de rulo.”

Fumábamos sentados en uno de los bancos de mampostería del patio del fondo. Habíamos cambiado de tema. Después de un silencio bastante largo durante el cual decidí dar por terminada la visita, Luis me dijo, con una expresión que ostentaba interés y deseos de ayudarme, que la única persona en condiciones de revelar aquellos hechos era la propia Margarita. Le dije que parecía difícil intentarlo. “Claro —dijo—, sería como deshacer un juguete para ver qué tiene adentro. Ni usted ni Víctor podrán ir más allá de la superficie de Margarita.”

No sé por qué pensé en el estudiante desnudo. Tiritaba de frío o de pudor. Su desnudez, como la de Margarita en la

galería, era lo último que le quedaba, pero Egusquiza quería ir más allá. Y mi mente no alcanzaba a comprender qué podía haber más allá de la desnudez de los seres. Y eso era justamente lo que en el fondo quería saber el coronel. Como si adivinase mis pensamientos, Luis dijo de pronto: “me parece que lo que Víctor busca está dentro de su cabeza”. “Así parece”, dije yo. Luis agregó: “si sigue así va a terminar quedándose solo, aislado en su supuesta perfección. Usted, que es su amigo y lo frecuenta, habrá advertido que está cada día más solo. Estamos enterados de eso. Ya no le quedan amigos. Él busca cosas que no existen. La muerte del estudiante aquel le ha valido el repudio de todo el mundo”.

Volvimos a la galería y quiso que tomáramos otra copa. No acepté. Quería salir cuanto antes de allí y olvidarme de todo el asunto. No fue fácil. Las formas grises del barrio y el rumor de la fábrica me acompañaron hasta el centro. En la oficina reuní todos los antecedentes y di por finalizado el trabajo.

Cuando le hablé por teléfono para decirle que de acuerdo con la investigación realizada su mujer y Mario no tenían ningún vínculo, salvo ese encuentro casual que él ya conocía y que, de acuerdo con el resultado de la investigación no tenía más importancia que esa, la de un encuentro casual, el coronel pareció desalentado. “Está bien; de todos modos probaremos durante unos días más”, me dijo. Disimulando mi contrariedad ante su insistencia le dije que no teníamos inconvenientes en hacerlo, pero que a mi juicio el asunto estaba concluido. Habíamos seguido durante muchos días, minuto a minuto, tanto a Margarita como a Mario, infructuosamente. Estaba diciéndole que había ido a la pensión para reconstruir el clima, pero me atajó diciéndome que por qué me había puesto en semejante trabajo; que pensándolo bien, intentarlo era una tontería. “¿O es que ha logrado algo?”, alzó la voz. Le dije que por supuesto no había logrado nada que él no supiera. “Mi parecer, amigo mío, es que tiene usted una mujer excelente.” Me hubiera gustado repetir lo que había dicho Luis, que el mal estaba dentro de su cabeza, pero no tenía sentido decírselo, y menos por teléfono. Le dije,

eso sí, que había llegado hasta los bordes, hasta donde se puede saber de los seres, y que hasta allí no había nada. Lo demás, lo íntimamente profundo, e indestructible, le dije. Habíamos comenzado otra vez a decir tonterías, como el día de la entrevista, y decidí callar. Cuando uno hablaba con él se veía obligado a razonar así. Él dijo dos o tres cosas más, todas ellas vagas pero dichas con un lenguaje aparentemente preciso. Estábamos volviendo a lo de nunca acabar. Yo no lo oía ya. Prometió venir a la oficina y cortó. Sentí que me sacaba un peso de encima. Guardé la documentación y salí. En la sala de espera había un cliente. Le dije a mi secretaria que lo hiciera esperar un poco. “Ya vuelvo, ahora mismo vuelvo”, dije. Bajé corriendo las escaleras. Llegué a la calle y me paré un instante para escuchar su bullicio. Sentí que volvía a la vida.



VIII

El tumulto de los estudiantes cubría todo lo ancho de la avenida. Era difícil apreciar la extensión de la muchedumbre porque él estaba en el medio, cerca de un puesto de frutas. Los carros de asalto de la policía estaban apareciendo por allá. Estaba en medio del tumulto, pero la situación era clara para él: los policías, y quizás los perros, vendrían por aquel lado, según el rumor de los carros de asalto. Cruzando hacia allá se libraría de su furia. Era probable que por acá aparecieran los caballos, pero cruzando rápido los evitaría. Razonaba con claridad y precisión mientras orientaba sus pasos de acuerdo con el orden de sus pensamientos. Más tarde, en la calle convenida, se reorganizarían. “Te tiran agua colorada y nada más, para identificarte después”, le había dicho a un compañero vacilante. Había hecho la mitad del camino previsto cuando vio detenerse el carro de asalto. Los policías bajaron rápidamente y él, en el giro que le permitió el cuello y en el ángulo visual abarcado por los ojos en ese giro, creyó ver el rostro de Joaquín. Quizás el otro, que se agachó, fuera el de Egusquiza. Siempre andaban juntos. La aparición del carro de asalto no hizo variar sus pensamientos, ya que la situación había sido prevista de antemano. Dominaba perfectamente la realidad que lo rodeaba y que estaba viendo. Pero la sombra del rostro, o quizás el rostro mismo de Egusquiza, fue lo último que vio.

La realidad aprehendida se convierte en una situación de súbita precariedad. Ahora le cuesta mucho saber en qué parte de la realidad se encuentra o si ésta subsiste realmente. No obstante presente su propio organismo y le parece que es un buen indicio o por lo menos un punto de partida para saber qué ha pasado. Después encuentra una certeza que puede ser el camino de la comprensión: advierte que, sea como sea, se encuentra en una situación de emergencia, y eso ya es algo. Sabe que está en un ámbito, que ese ámbito lo circunda y que todo lo que pueda haber más allá de su propio ser, íntimamente sentido, es una reiterativa precariedad. La precariedad comenzó a partir del atisbo del rostro de Egusquiza, pero éste ha quedado atrás en las percepciones, ha desaparecido totalmente y en todo caso forma parte de ese ámbito precario donde se presente. No recuerda nada que sea anterior al rostro de Egusquiza. Ahora es como si estuviese acabando de nacer. La precariedad ha aumentado varias veces. Cada vez que se siente inmerso en ella advierte que ésta ha crecido. En adelante todos sus esfuerzos tendrán por objeto vencer poco a poco esa precariedad, aunque sea para que su crecimiento no aumente su dimensión y le permita estar siempre a la misma distancia. Si sus esfuerzos son un poquito superiores a la velocidad del crecimiento, quizás pueda finalmente volver al punto de partida, a eso que ya ha olvidado pero que es la sombra del rostro de Egusquiza. La precariedad, presentida como interminable, no muestra una forma concreta. Es como un gran ulular que no se oye sin embargo. Algo que está bajo el agua. Sin embargo hay un lugar que, aunque desconocido, tiene relación con la realidad que busca o por lo menos con los esfuerzos que está haciendo para impedir el crecimiento de la precariedad que acaba de nacer pero que parece tener siglos de existencia. El lugar parece tener calles, o huecos como calles, formas que pueden ser árboles y escaleras que sin duda pertenecen a un edificio. Hay una presencia viva muy próxima y se avergüenza de su estado, le parece estar desnudo aunque no esté muy seguro de ello. La presencia es una persona sentada a una mesa al final de una escalera. Sube. El hombre, un desconocido, sonrío y

le ofrece alimentos. Posiblemente, entonces, su problema sea tener hambre. Eso es ya un buen indicio. No era la desnudez lo que importaba sino el hambre. El hombre le ofrece alimentos y cuando está por aceptarlos oye que éste le dice que, si desea hacer ese viaje, él puede suministrarle las ropas adecuadas. Entonces era que estaba desnudo. En consecuencia no acepta los alimentos y piensa en cambio recibir esa ropa, pero solamente por la necesidad de no estar desnudo, no para hacer ningún viaje porque no había previsto viajar a ninguna parte. Advierte que conoce al hombre de la mesa. Va a decírselo, pero éste está hablando, no lo oye, le está diciendo eso del viaje. El hombre es un vecino de la pensión donde él vive. Lo ha visto antes en el bar o en el ómnibus. Piensa decirle que por favor avise en la pensión para que digan a sus padres, que están en otra parte, que vengan a verlo porque acaba de sucederle algo. Mientras lo piensa, oye que el hombre le dice que viajando a una ciudad podrá encontrar allá la casa de María. Dice que tanto María como el esposo han viajado, pero que en una valija que dejaron hay mucha ropa vieja del marido, que él podrá usar para salvar eso de la desnudez. Él se confunde porque María es su novia, a ella se refiere indudablemente el hombre de la mesa, y no puede comprender que su novia haya viajado con ningún marido. Se trata de un error sin duda alguna. Cuando está por decírselo, ve que el hombre de la mesa señala hacia abajo y le dice que todo está solucionado a partir de ahora y que no necesitará viajar a ninguna parte, ni siquiera permanecer allí donde está, porque allá abajo pasan sus amigos Joaquín y Egusquiza. Mira y los reconoce inmediatamente. No son los mismos del comienzo de la ruptura con la realidad, porque éstos han desaparecido hace mucho en medio de la precariedad advenida, sino un Joaquín y un Egusquiza que vienen de un lugar que escapa a esa precariedad. Baja apresuradamente. Se dice que Egusquiza una vez le dio una patada muy fuerte en los testículos. Pero eso pasó pronto y después fueron amigos. Incluso esa violencia es un signo simpático de amistad, y, ahora, un fuerte asidero para solucionar su problema. Cuando llega abajo vislumbra que todo comienza a aclararse. Menos mal que no

fue tan largo todo lo que parecía venir. De modo que ahora podrá abandonar sus esfuerzos para tratar de explicarse ese cambio tan brusco en su situación de todos los días. Ellos lo reciben en medio de una calle que tiene el mismo aspecto indefinido del edificio que acaba de abandonar. No hay árboles en las cercanías y el resto del lugar parece ser un inmenso lecho. Oye algunos ruidos próximos, como de caballos. Advierte complacido que sus amigos lo reconocen, que mueven los músculos de sus caras cuando lo ven. Él trata de explicar su nueva situación, pero Joaquín y Egusquiza, tratando de sonreír, le dicen que no se aflija por nada porque a partir de ahora sus inconvenientes desaparecerán. Incluso le explicarán, porque ellos los conocen, los motivos de su nueva situación. Por primera vez se siente tranquilo. El encuentro, por otra parte, significa que él posee su pasado, y sobre todo que *hay* un pasado aferrable. Desde ahora todas sus preocupaciones se transfieren a los amigos. Advierte que la sola presencia de ellos ha hecho desaparecer los falsos problemas de comer y de estar vestido. No siente hambre y ve que su cuerpo está cubierto. Después preguntará por el casamiento de María y su viaje supuesto. Es muy probable que eso también pertenezca a la falsa representación del hambre y de la desnudez. Camina al lado de ellos completamente despreocupado. Ahora no solo es dueño de su ser, íntimamente sentido, sino de sus prolongaciones en el mundo real. Van por una calle donde hay muchas casas. No tienen aspecto alguno, pero son casas. En una de ellas hay un gran portón. Hacia un costado de éste un policía monta guardia. Mira con temor al policía, pero éste parece ignorar su presencia. Penetra a través del portón abierto hacia un fondo visible y ve hacia la derecha muchos carros de asalto alineados que parecen estar listos para salir ante cualquier señal de alarma. Hay también muchos carros tirados por caballos. En algunos carros hay armas de formas que nunca ha visto. En otros, hay en cambio más caballos, acostados, que sustituirán en su momento a los caballos que ya tiran de los carros. Los caballos están echados, duermen, pero de vez en cuando abren los ojos. Cuando los abren son perros. El callejón es

profundo y hay centenares de carros del mismo tipo. Más allá hay otros, distintos, pero se trata de formas nunca vistas, como las de las armas. La visita ha sido provechosa, se dice, y servirá para cualquier eventualidad posterior. Dispone salir de allí y se dirige hacia el policía, que permanece como en una orilla de la entrada. Luego advierte que el paseo que acaba de realizar ha sido una distracción peligrosa, quizás ahora le cueste retomar los hilos de todo aquello. Tiene miedo, pero se dice mientras tanto que no tendrá inconvenientes grandes para seguir aclarando su situación porque la sola contemplación de sus amigos, que sin duda lo esperan afuera, bastará para devolverle íntegramente la tranquilidad. Cuando está llegando al portón, el policía comienza a desplazarse hacia el centro de la entrada. Tiene más miedo ahora, pero sigue caminando hacia el guardián del orden. El miedo le castiga la cara y alguna parte interior, como un látigo, y le revela de golpe que esa era su situación anterior, antes que todo cambiara, y que resolverla ahora significará la solución total del enigma, sin amigos protectores ni otro tipo de auxilio. Está solo frente a la verdad. Se siente seguro de sí y convencido de que resolverá la situación. En eso el policía se interpone entre él y la salida, y le pregunta si tenía permiso para entrar allí. Sonríe pensando que el policía está equivocado y que su equivocación le servirá para salvarse. Le dirá simplemente que él no está entrando a ninguna parte sino que está allí y que se dispone a salir, de modo que el solo hecho de salir significará tranquilizar al guardián. Pero no le dice nada porque advierte que el policía está enfurecido y que por esa razón no entenderá nada de lo que le diga. Resuelve entonces pedirle disculpas y decirle que cuando entró allí él mismo estaba en la entrada y no se lo prohibió. El policía aumenta su cólera y él comienza a temer algo más serio. Desea mirar hacia afuera para tratar de ver a sus amigos, pero además de ser éstos un suceso remoto, la contemplación de los ojos coléricos del policía le impide cualquier movimiento e incluso comienza a anular todo posible deseo. El conocimiento previo de que el enfrentamiento con el guardián era su verdadero problema antes que todo cambiase, renueva

en él los deseos de salir, pese a la mirada que está soportando, y decide gastar un último argumento. Elige cuidadosamente las palabras procurando que coincidan con la razón que lo asiste, pero cuando las dice advierte que se trata de una simple reiteración de algo que ya dijo. El policía advierte la repetición y viendo que él no tiene otra salida posible, saca su arma reglamentaria y hace fuego. Él baja las manos protegiendo involuntariamente sus testículos mientras cree oír el estampido.



IX

El coronel esperaba que el informe de Joaquín fuese la visión clara de un mundo que solo le daba sus sonidos, su burda imagen auditiva en una interminable sucesión. Los primeros datos, llegados por el teléfono (su color negro había sido una monotonía) no aclaraban nada todavía, pero sin duda crecerían hasta llegar a la evidencia. Crecerían hasta decir, por lo menos, *su mujer se encontró con Mario en Belgrano, tomaron un taxi y después se fueron a un hotel*. Pero la voz invariable de Joaquín relataba solamente hechos repetitivos: la peluquería, el dentista y todas esas estupideces. No crecían, no avanzaban, permanecían en sus absurdas repeticiones. No la ves, no la ves —se decía—; solamente sabes de ella por los ruidos de sus tacos en la escalera, por los grifos que abre, por los objetos que mueve en la casa, y después te llegan sus pasos por teléfono. Él tenía el sonido pero no el objeto. Era algo así como Chepes. Su padre alzaba una mano, borraba un poco la empañadura del vidrio de la ventanilla del tren y con un dedo nudoso señalaba un caserío borroso que tiritaba bajo el aire indeciso del amanecer. Eso es Chepes, decía su padre, pero él veía más el resto del vidrio empañado que el paisaje externo, y si ponía los ojos en la parte limpia del vidrio no sabía si lo que veía eran pilas de leña o casas. La memoria no le daba datos precisos.

Quizás la mano de su padre, a causa de los nudos de los dedos, no pudo limpiar bien el vidrio, y por eso lo que alcanzaron a ver entonces sus ojos fue simplemente una deformación producida por la empañadura del vidrio.

Miró el reloj y se dijo que faltaba mucho todavía para que comenzaran en la casa los sonidos que prefiguraban el regreso de Margarita. Los letreros luminosos de la esquina próxima habían empezado a titilar como astros pequeños, pero su luz no llegaba claramente todavía al piso de la habitación. Los letreros tendrían que latir mucho todavía para que los pasos de Margarita (el portal, la cocina, la sala, las escaleras, el picaporte del dormitorio, donde se ahogaban) le mostrasen lo que había realmente en Chepes detrás del vidrio empañado. *Casas*, decía una lumbrarada del letrero; pero después de la pausa la misma luz decía *leñas, pilas de leña*. Y el tren no se detenía. Chepes era un accidente en su largo transcurrir. Más allá no tendría ninguna posibilidad de saber de qué se trataba realmente. En aquel tren pudo ver, por fin, cuando el sol deshizo toda empañadura, una población cierta con sus casas y sus patios y sus calles, y él alzó los ojos soñolientos, miró a su padre y dijo "Chepes". Pero el padre sonrió y después le dijo que Chepes había quedado muy atrás. Cuando los pasos de Margarita parecían estar en el portal de la casa, ya habían llegado a la sala; y cuando estaba captando su sonido en ese lugar, los pasos desaparecían en el dormitorio.

Finalmente vulneraría ese dormitorio. Abriría la puerta para destruir todo el mundo de su mujer. A veces había que destruir una ciudad para protegerla. Voy y abro violentamente la puerta. Ella está sentada en un banco, con Mario, debajo de las madre selvas, en el patio. Me ven y se separan bruscamente. Él huye en el acto; es un cobarde; yo no lo persigo; hay otros que corren por mí detrás de él; Fernando lo corre y le dará alcance. Ella se queda inmóvil, admitiendo su derrota. Entonces la tomo por la ropa, en la espalda, y la arrojo afuera. Cuando Fernando me trae a Mario, ella está caída en la calle todavía; yo tomo a Mario y se lo arrojo, como un objeto que ha olvidado, para que se lo lleve. Le digo a ella que le voy a enseñar a respetar a su padre. La he arrojado al

centro de la calle. Mario después me busca para vengarse, pero es un cobarde y lo único que hace es decir algunas tonterías. No se anima a actuar. No le da el físico. La saco de allí a ella y a todos sus pensamientos. Ella se ve caída en la calle, toma a Mario, lo envaina y se va a la pensión. Después toma un ómnibus largo, cuyo trayecto no termina nunca, pero finalmente llega al liceo. Allí encuentra su cama, se acuesta y muerde toda su humillación.

Se levantó del sillón donde estaba sentado, abrió la puerta de su cuarto y gritó:

—Olga.

La carcajada de Olga, que ahora era su voz, respondió:

—Señor coronel.

Señor coronel era la fórmula empleada para esconder su concupiscencia. La moto siempre había desaparecido cuando decía eso. Margarita estaba entre la concupiscencia y el sonido de la moto que se iba.

—Tráigame la botella de whisky y un poco de agua mineral —dijo.

Entra en puntas de pie, como si yo le hubiera pedido silencio. Lo que yo necesito es ruido, sonido. Camina en puntas de pie por toda la casa. Después larga las carcajadas desde la vereda. Trae hielo también, como si se lo hubiera pedido. No necesito hielo. Lo que necesito es sonido. Esta casa es demasiado silenciosa. Me quedé dormido en el sillón, no oí el sonido de Margarita cuando salía. Podría preguntarle a Olga a qué hora salió ella. Pero sé a qué hora salió. Hoy es miércoles; sale a las siete y media. Hoy no va al dentista. Dentro de un rato Joaquín me va a decir por teléfono todo lo que ya sé. Pero por ahí se rompe la rutina y él me dice que se encontró con Mario. Prepararon cuidadosamente el encuentro. Ella a veces habla por teléfono. Hizo dos llamadas telefónicas, dijo Joaquín. Un plan muy bien estudiado. Se encontraron primero como simples amigos. Después ella se puso en papel de mártir. Mi marido es un verdugo, le dijo, y buscó su protección. El otro sabe muy bien en qué puede desembocar todo eso. Es muy inteligente. La inteligencia es el puente para caer en lo podrido. Ella no necesitaba nada más

que esa liberación para entrar en lo podrido. Encontró un buen pretexto. Todo ha sido una estafa espantosa. Menos mal que Joaquín va a descubrirlos. No le voy a hacer nada. Para qué. Ni siquiera echarla de mi casa. Que siga acá. Que se venga con Mario. Tienen toda la planta baja para ellos. A mí que me dejen en este cuarto. Tengo salida independiente. Hago construir otro garaje atrás, para no tener que ir a sacar el auto cerca de las dependencias de ellos. O si no me voy de casa, vivo en un hotel macanudamente bien. No le hago nada a ella, pero se lo digo, la llamo y le digo amigablemente que el asunto está concluido. ¿Viste, le digo, que yo estaba en lo cierto cuando quería que tendiéramos un cerco para protegernos del mal? Ahora has visto que el mal existe, le digo, ahora no hay ninguna duda de que yo estaba en lo cierto, toda mi vida estuve en lo cierto, le digo. Ella baja los ojos y sonrío, sonrío para no sentirse avergonzada, pero en el fondo se siente feliz porque se ha liberado, ya no tiene que fingir más, me agradece en el fondo que yo mismo la haya liberado. ¿Viste que yo tenía razón cuando te decía?, le digo. Después llamo a Joaquín para decirle que los seres no son "inviolables". ¿Ha visto que se puede llegar al fondo de ellos y que siempre hay podredumbre cuando se ha pasado esa valla? Si usted hubiera sabido calar hondo cuando fue a la pensión hubiera llegado al fondo de las cosas. No hubiera tenido necesidad de buscar ninguna evidencia ahora porque todo estaba dado de antemano, las cosas se hicieron en el banco debajo de las madre selvas, allí fue vulnerada mi mujer por la sabiduría de Mario. Eso es lo que debió averiguar usted, no decir que hay un punto en los seres que es inviolable y que pertenece a su conciencia. Yo me cago en todas las conciencias, le digo.

Olga había puesto una medida de whisky en el vaso, con un poco de hielo. ¿Un hielo o dos, señor coronel? Finge una sumisión que no siente y después va a reírse con mi mujer, como carne y uña.

—Uno solo, pero deje todo ahí, ya me voy a servir yo.

Olga salió silenciosamente. Sus pasos no resonaron en la escalera, como si se hubiese deslizado hacia abajo sin tocar los peldaños. Víctor reprimió un violento deseo sexual cuyo

centro era Olga, se levantó y bebió todo el contenido del vaso. Olga no era para poseerla en una cama. Iban en el auto, paraban y él le ordenaba desvestirse. Todo tenía que ser hecho inmediatamente y sin palabras. Ningún otro contacto que no fuera el de los sexos. Pero el auto tampoco era un lugar apropiado. Mejor una orilla del camino, entre los yuyos. Si había piedras debajo de su cuerpo, mucho mejor. Una posesión rapidísima, casual, inevitable. ¿Un hielo o dos, Víctor?

Siempre fue silenciosa. No recuerdo ningún sonido de ella por ninguna de las ciudades donde vivimos. Cuando era jovencita era muy linda. Está envejeciendo con nosotros. Tiene unas zapatillas de goma, por eso no hace ruido. Antes me molestaba mucho el ruido; por eso se hizo silenciosa. Ahora necesito sonidos. Cuando alquilamos aquella casa en Santa Fe ella vio un clavo en la pared y una punta saliente en otro extremo. Al otro día había puesto un hilo allí, para tender la ropa. Lo había llevado lentamente, de un extremo al otro, como una araña que lleva su hilo invisible. ¿Dos hielos, sí, mi amor?

El recuerdo del silencio de la araña deshizo violentamente el impulso sexual, tan violentamente como había venido. El latido de la luz era ahora bien claro sobre el piso y era visible en el teléfono silencioso. Tenía en la mano el vaso otra vez lleno y bebió lentamente.

Después, si todo terminaba bien, haría un largo viaje. Todo dependía de la sagacidad de Joaquín. Bueno, amigo mío, aquí están las pruebas. ¿No se lo decía yo? Ahora ella podrá irse tranquilamente con el tipo. Yo he terminado mi misión en esta casa. Dejo todo en orden y hago un largo viaje. ¿Por barco? Mejor en avión. Una ciudad lejana, ordenada, europea. O mejor Norteamérica. Un gran país. Buenas comunicaciones, buenas carreteras. Paredes que no haya visto nunca. El mayor Valenzuela estuvo tres veces allá. Abrir las puertas y las ventanas del hotel y sentir el ruido de la ciudad. Salir y tomar un buen whisky con jóvenes oficiales, con nuevos amigos. Todo el tiempo que estuve acá fue solamente para liberar a mi mujer, para ayudarla a hacer la

única vida posible para ella. Y que de vez en cuando me envíe unas líneas haciéndome saber sus cosas. Lamento que tú hayas sido la víctima en este caso, pero gracias a ello he podido ir al fondo de la podredumbre que tanto amo. Un gesto paternal. Solamente he cumplido con mi deber. Un soldado no puede hacer otra cosa. Si miramos bien, todas las cosas verdaderamente importantes que hay en el mundo fueron hechas por soldados, por hombres que se sacrificaron en el cumplimiento del deber. Eso está en las raíces mismas de nuestra nacionalidad. Después de la batalla quedan los despojos de los cuerpos; cualquiera diría que es un horror. Es cierto que mueren muchos. Pero de allí surge una nueva vida. Los verdaderos herederos comienzan a poblar lo que antes fue ruina y podredumbre. Un largo viaje cuidadosamente preparado, y después, cuando has abierto la ventana, ves la ciudad espléndida y te dan ganas de vivir.

Se sirvió otro vaso y fue hasta la ventana. Un globo rojo se elevaba en lo alto, desplazándose hacia el sur impulsado por el viento. Lo miró y sonrió. El cometa, dijo. Ella se rebeló porque yo me parecía a mi padre. Eligió todo el contenido mirando el desplazamiento del globo. Después fue hasta la mesa y se sirvió otra vez. Miró otra vez por la ventana. El globo había desaparecido detrás de unos rascacielos. Volverá dentro de setenta y seis años. Mario podrá verlo.

Bebió y se echó en la cama. Sintió latir su corazón y, aunque había cerrado los ojos, los cubrió con una mano como para no ver nada. Pero veía. En una cama inmensa estaba su padre, su cuerpo pequeño perdido entre la blancura de las sábanas. Tu padre está sano, ¿no es maravilloso que esté completamente sano?, decía la voz de su madre. Víctor, dale un gran abrazo y un beso a tu padre porque está sano. Él caminaba hacia la cama sin atreverse a llegar. Había apoyado las rodillas contra el hierro frío de la cama y aunque tenía la cabeza gacha podía ver un brazo desnudo de su padre y presentía su calor. El brazo se levantó, junto con otro brazo idéntico, y ambos brazos lo tomaron y lo izaron sobre la cama. El padre lo estrechó y le dijo hijo querido, y él dobló su cabeza a un costado para no besarlo. Entonces apoyó el oído contra

el pecho y sintió latir, por primera vez, esa cosa allá adentro, esa cosa tan inmensa en un pecho tan pequeño. Se asustó e hizo fuerza para que su padre lo soltara. Sin duda se trataba de otro defecto de su padre. No solamente hacía ruido con la boca para comer, no solamente roncaba y bostezaba de una manera intolerable, sino que además tenía ese defecto adentro, ese ruido acompasado y ahogado. El padre batía su tambor en la plaza ocultando bajo el uniforme blanco aquel tumulto interno. Después el padre se levantó y se sentó a la mesa de la cocina. Copiaba partituras. Él lo vio desde su cama, lo vio en el medio del resplandor pobre de la luz y tuvo miedo del recuerdo del defecto que su padre ocultaba cuidadosamente. Entonces, atacado por un miedo violento, se llevó las manos a su propio pecho y sintió que él también tenía esa cosa adentro, latiendo apresuradamente, como si fuera a quebrarse. Sin duda eso era lo único que había heredado de su padre: sus defectos.

El recuerdo de ese episodio pareció intolerable, porque mientras lo recordaba apretaba las mandíbulas y cerraba más fuerte los ojos. Pensó en el frasco de Librium que estaba en alguna parte, pero recordó las indicaciones del prospecto: multiplica los efectos del alcohol, y se alzó para tomar un trago.

El primer recuerdo que tengo de mi padre es su corazón, esa cosa precaria latiendo. Pero después su corazón fue su tambor en la plaza donde él batía su corazón como para darle latidos. ¿Cómo pudiste odiar tanto a tu padre?, me dijo Margarita. Supongamos entonces que ese es mi defecto. ¿Puede ser un defecto querer perfeccionarlo todo? Ella misma va a perfeccionarse en el adulterio, si esa es su razón, y sin embargo voy a perdonarla. Su corazón repiqueteaba. El médico se había ido. Dale un abrazo a tu padre, que está sano. Fue él quien me abrazó y yo sentí latir su corazón por primera vez, y creí que esa era su enfermedad, pero cuando me acosté sentí que yo también estaba enfermo, que yo también tenía esa enfermedad. Y ella sale diciendo que por qué lo he odiado. Yo nunca le he fingido a él un cariño jamás sentido. He sido franco. Nunca lo vi como mi padre. No me van a condenar

por eso. He tratado de respetarlo siempre y sobrellevo sus herencias, esta cara que cada día se le parece más, estas manos en vías de esclerosis que cada día se le parecen más, y más adelante quizás vea el paso del cometa allá arriba, en la calle fijada por mi padre. Mi mujer se rebeló por mis defectos. Ahí está el precio por no haberte querido, viejo.

Víctor bebió el resto del contenido y volvió a servirse pensando que él también bebía, como su padre. Ahora voy a mirarme al espejo para ver cómo me le parezco. Abrió la puerta de su cuarto y se dijo que si Margarita estuviera ahora en la sala alta vería salir al viejo de adentro, no a Víctor; al viejo con sus dedos nudosos alzando los codos como para tocar el corazón. Pero la sala estaba vacía y la escalera, hacia abajo, en penumbra. No había luces en la planta baja, salvo el resplandor de la cocina, que llegaba apenas al extremo final de la escalera. Caminó en dirección al cuarto de baño, pero no llegó; se detuvo para mirar la puerta reluciente del dormitorio de su mujer. Si volteaba la puerta la encontraría con Mario, sobre la alfombra, en el suelo. En la cama estaría sin duda su padre, muy pequeño, haciendo latir su corazón de leña, malditas porquerías. Después los ojos se detuvieron en el armario de la derecha. Sus pies siguieron a sus ojos y se detuvo ante el mueble. Adentro estaban todas las ruinas que habían ido acumulando durante su vida. Con un golpe del pie abrió las dos puertas, rasgando la madera, y el tambor, desde el estante alto, cayó con un montón de cartas. Trató de detenerlo, pero el instrumento dio contra el suelo y rodó hacia la puerta del dormitorio de Margarita. Lo alzó cuidadosamente, como si se tratara del corazón del viejo, y sintió otra vez esa piedad ahogante. Debería llorar abrazando este corazón, se dijo. Lo condujo con cuidado hasta el armario. Así liviano era el cuerpo del viejo cuando lo llevé a la cama desde el sillón. En sus ojos había un montón de pequeñas serpientes que se dirigían a las pupilas. No pesaba nada, como si fuera hueco. Solamente el peso de la cabeza. El resto era como un humo. Puso el tambor en su lugar y alzó algunas cartas, casi todas cerradas. Los matasellos indicaban su vejez. "Querido hijo, ante todo perdóneme. Sé que hoy estará con sus

camaradas y lo único que ruego es que estas líneas no lo sorprendan en pleno festejo. Deseo que lo cumpla muy feliz y que todos sus cumpleaños sean para traerle más felicidad. Hoy su recuerdo ha llenado mi día. He deseado escribirle porque no tengo otro medio para llegar a usted.” La guardó en el bolsillo apresuradamente, como para leerla después. Puedo abrir ésta, o aquélla, cualquiera. Con esta mano voy a abrir esta otra carta. “Era el oficial con más porte, el más elegante, el más bello de todos. Seguramente usted estaba muy poseído del importante papel que jugaba en ese momento, y por esa causa no reparó en mí. Yo estaba en la misma acera por la que usted pasaba desfilando tan marcial. Quizás me buscó en otros sitios más resguardados, pero lo cierto es que yo estaba allí, a pleno sol, porque la gente más joven y con más fortaleza me fue desplazando de los lugares con más sombra. Aunque también es posible que usted haya creído que yo no había ido. Me había dicho que no lo hiciera, que había mucha gente y que lo único que conseguiría sería fatigarme.” ¿Viste? No hay necesidad de elegir. Son todas iguales. Más de diez años escribiendo cartas. Este mueble está lleno. ¿De qué año quiere una? Tenemos cartas con cometas, con tambores, con desfiles, con jubilaciones, con fiestas patronales en La Rioja, con varios cumpleaños. Aquí hay de todo. El final solamente de esta otra. Pero para qué. Veamos aquélla. “Los líos que hizo el primer día de clase.” No sirve. Vamos a avanzar más en el tiempo, mejor dicho en el paso del cometa. “Pero yo no hacía caso de sus actitudes porque sabía que si me despreciaba en algún momento lo hacía por un exceso de vitalidad, de ganas de vivir en libertad, y sujeto a las normas que usted mismo se dictaba. Yo nunca fui lo suficientemente inteligente para comprenderlo. Y si alguna vez lo importuné fue por exceso de cariño, aunque no sé si es posible querer a un hijo con exceso. No hay medida que se colme nunca. Nuevamente le pido mil disculpas deseando que se cumplan todos sus deseos hoy y siempre durante toda la vida. Yo me despido de usted y le doy mi bendición. Padre.” Siempre firmaba *padre*, con esa letra infantil, con esos trazos musicales. A ésta también me la guardo. Las voy a leer

detenidamente. Pero ésta me gusta más. Acá hay cosas realmente buenas. No se apure, aquí hay lectura para rato. Una más y basta. Estos son recuerdos. Nadie tiene derecho a reírse de estas cosas. Los padres dan consejos a sus hijos. "Y me alarmaron ciertas acciones tuyas que todo el mundo criticó. Yo sé que en el fondo es generoso y que no se dejará llevar por ciertos impulsos impuestos por su condición de hombre armado. El sentimiento del deber es muy noble, pero no debe llegar a deshumanizarnos, a taponar todas las posibles afloraciones del sentimiento que define a los hombres, o sea el amor y el respeto a los demás seres humanos." A ésta me la guardo. Qué sabiduría. Si no hubiese leído eso jamás hubiera podido vivir bien en el mundo. Se ponía casi solemne cuando decía esas cosas. Cuando hablaba de los cometas también. Cuando la atmósfera luminosa está delante del cometa, se llama caudato. Si la cabellera o la cola se ramifican, entonces se llama crinito. Es muy fácil. Kepler decía que los cometas. Si yo no hubiese ido al liceo habría acompañado siempre al viejo; habría entrado a la banda como clarinetista. ¿Se acuerda que me dio unas lecciones de solfeo? Un soól, mií, faá, cantaban las síncopas. Nadie ha querido a mi padre tanto como yo. Mi amor fue más profundo, en una sola dirección: caudato. Otros aman en diversas direcciones; parece que amaran más, pero es el mismo amor que se ramifica y parece más grande. Crinito. ¿Quién me va a impedir que venere el recuerdo de mi padre? Yo también tengo derecho a quererlo. Quererlo cuando me despertaba en las mañanas frías para llevarme a la escuela. Tomábamos el desayuno juntos en la cocina. Él estaba salvándome de Margarita y de Mario y de Joaquín y del estudiante muerto y de todas esas cosas; me hacía respirar el aire de la montaña; con ese aire en los pulmones yo tocaba después en la plaza y crecía a su lado mientras Margarita se revolcaba en el banco debajo de las madreselvas. La gente pura de La Rioja, su inocencia, qué maravilla.

Alzó varias cartas del suelo y las puso en uno de los estantes. Un día las leeré ordenadamente. Todas, una por una, las voy a leer. Ahora tengo fuerzas para hacerlo. Ahora

toco en la banda de la policía de la provincia y después tomo unos vinitos con el tambor mayor. Por la mañana hago técnica, al mediodía doy una vuelta por las callecitas mirando las montañas del Velazco, por la tarde ensayamos y después tocamos en la plaza para los chicos, todos los chicos vienen a oírnos. Hacemos un dúo perfecto con papá. Él toca el clarinete ahora. Somos los mejores atriles de la banda. Por la noche leemos libros de astronomía. Ordenó las cartas caídas, por sus fechas, volvió a su cuarto y se sirvió otro vaso. De los bolsillos de los pantalones sobresalían algunas cartas, ya arrugadas. La luz de los letreros reverberaba en el teléfono. Se detuvo un instante en medio del cuarto, como si pensase. Después salió en puntas de pie y cerró la puerta de su habitación con mucho cuidado. Encendió la luz del baño y se acercó al espejo. Tocó sus sienes con las puntas de los dedos, después apoyó las palmas sobre las mejillas. Movié los ojos buscando expresiones distintas. Acá no hay ni rastros de mi madre, pensó. Mantuvo una mano en la mejilla, alzó la otra y se cubrió los bigotes. Soy idéntico a mi padre, dijo tratando de pensar en voz alta, pero apenas había entreabierto la boca, de modo que emitió un murmullo solamente. Bajó la mano y comenzó a marcar un compás de dos por dos. Había abierto bien la boca y podía oír sus propias palabras, sus propios pensamientos. Un mi ré un, un do mí un, mi faá doó soól fa mí, dos. Bajó la mano y miró en lo profundo de sus ojos. Quiero pedirle perdón; fui yo el equivocado. Heredé su corazón precario creyendo que iba a fallarme. Pero ya ve, está latiendo todavía. Es una herencia muy importante. No se trata de un defecto suyo. Todos lo tenemos. Con ese pecado venimos al mundo. Si yo le hubiera hecho caso a usted, Margarita y todo lo demás no existiría. Estaríamos en la cocina de casa saboreando un vinito costeño y leyendo libros de astronomía. No me he olvidado de sus cometas. De vez en cuando echo una mirada al cielo por si alguno de ellos está pasando. Nunca me olvido de lo que dijo Kepler: que había miles en el espacio.

Vio que en sus ojos estaban por brotar lágrimas, pero éstas no salían, humedecían apenas todo el globo visible del

ojo. Hizo un esfuerzo procurando que salieran. Usted es duro para llorar, padre; tiene un corazón fuerte, como todos los hacheros de allá. Yo no tengo corazón de hachero, pero tengo estas manos. Mire si no son manos de hachero. Son manos hermosas. Nunca en ningún tren vi unas manos tan hermosas. Un esfuerzo más y podremos llorar juntos. Yo no sé quién era más liviano: si usted o el tambor. Pero creo que el tambor era más liviano. Usted tenía el peso de su corazón de leña. Chepes está dentro de una mañana húmeda. La humedad apenas empaña los vidrios del tren, pero no chorrea como en otras partes. Yo he visto vidrios chorreantes de humedad. En Chepes estaban apenas humedecidos, lo suficiente como para que no pudiéramos ver nada. Menos mal que no miramos bien, porque sin duda más allá de los vidrios empañados estaban los espejos del hotel City. Y su imagen vulgar y pequeña iba por los espejos mientras todos se reían de esa especie de mendigo que había entrado al salón, mientras yo estaba orinando sobre su cuerpo en el baño. Oriné sobre sus anteojos y empañé los vidrios, por eso usted no vio el salón y los espejos; iba con los anteojos empañados y solamente oía las risas de los oficiales. Hacía mucho frío afuera, porque cuando yo salí más tarde tuve que ponerme el abrigo hasta que llegamos al coche. Miré por todos lados a ver si lo veía, pero usted no estaba; era muy tarde y las calles de la ciudad estaban desiertas. Apenas vimos tres o cuatro personas en diez cuadras, caminando apresuradamente con las solapas de los abrigos levantadas. Después le dije a Margarita que le diese ese abrigo que yo no usaba ya. Menos mal que el tren pasó rápido y Chepes desapareció en medio del desierto. Allá en el desierto no había ningún espejo, ni calles frías, ni anteojos empañados. Estábamos solamente usted y yo, en el tren, viajando hacia un día lleno del aire de la montaña y con la inmensa vida por delante. Después bajábamos del tren y tomábamos un whisky. Con agua no le va a hacer mal, padre. Bueno, entonces voy a probarlo, decía usted y extendía sus dedos nudosos para tomar la copa, y luego el líquido rubio entraba despacito por su garganta. Es realmente bueno, decía usted relamiéndose como un hermo-

so gato. Pero ahora, si usted mueve los ojos hacia aquel costado, yo sabré que debo llevarlo al armario. En el último estante, allí va a estar cómodo, cerca de las cartas ordenadas por fechas.

Los ojos habían llegado a un estado de máxima saturación, mucho más que los vidrios del tren de Chepes, pero no se resolvían en líquido pese a sus esfuerzos. Mírenme, trató de decir, estoy llorando por mi padre, pero nadie puede verme, nadie puede enterarse de esto. Ni el estudiante, porque está muerto, ni mi mujer, porque está perdida en las curvas de las calles, soslayando las grandes avenidas por callejones oscuros donde no llega el teléfono de Joaquín. Apagó la luz y salió.

Alzándose sobre las puntas de los pies tomó el tambor del último estante y se cruzó los correaes por la espalda. Sintió que la casa estaba en un silencio profundo. Tomó los palos y golpeó sobre el parche. Recorría la sala alta de punta a punta, desde el armario hasta la puerta de la habitación de Margarita, golpeando rítmicamente sobre el parche. Alzaba los brazos procurando tener bien enhiestos los codos, pero éstos bajaban gradualmente. Sin duda había que mantenerlos en una buena posición para no perjudicar la calidad del sonido. Miraba la puerta de la habitación de su mujer procurando que no fuese una distracción que le hiciese interrumpir el ritmo iniciado, y pensaba que podía derribar la puerta, entrar al son de su tambor y seguir el ritmo de los cuerpos de Mario y de Margarita, pero a la vez se decía que aguardaría el momento oportuno, el dato del teléfono, para sorprenderlos en el momento culminante y ayudarlos, con el ritmo enloquecido del tambor, a acabar aquello de una vez debajo de las madresevas.

Entró en el baño y encendió la luz. Se miró al espejo y le dijo a su padre que había recordado una cosa. Recuerdo que fueron dos los viajes a Chepes. Los había confundido con uno solo. En el primer viaje no había vidrios empañados, hacía calor, estaba con mi madre y bebíamos el agua de los cántaros. Vimos claramente el pueblo entonces, sus pilas de leña y sus casas cenicientas. Quizás una plaza apenas trazada, un alma-

cén grande y la estación del ferrocarril. El tren paró unos minutos; en el andén había unos hombres vestidos de azul que movían bolsas y cajones. Eran hombres como usted, con una piel morena y unos ojos pequeños y cansados. Si los hubiera visto de cerca habría visto las viboritas de los ojos viajando hacia las pupilas. Y si me hubiera recostado contra sus pechos rudos, habría descubierto antes el corazón que usted tenía adentro cuando me abrazó en la cama. Cómo no lo supe entonces. En el segundo viaje no vimos nada. Mi madre no estaba, era usted, y su corazón oculto, el que me llevaba en sus brazos. Si yo hubiera reclinado entonces mi cabeza contra su pecho hubiera descubierto todo. Pero los vidrios estaban completamente empañados; era una mañana brumosa. Cuando usted pasó la mano por el vidrio para desempañarlo y mostrarme la población, ya la habíamos pasado. El tren estaba en medio del desierto.

Apagó la luz y salió. Olga estaba en el extremo alto de la escalera.

—La cena está servida, señor coronel—dijo.

La miró un instante, sonrió y dijo:

—¿Conque esta noche no tenemos al hombre de la moto?
¿No?

Olga lo miró procurando no demostrar su asombro y optó por sonreír. Él vio que su cara era distinta. Se acercó y miró sus ojos buscando las arterias. Pero no vio nada allí; había solamente unas esferas relumbrantes y una pupila que se irisaba como la cola de un cometa. Sus ojos parecían una muralla.

—¿O será que el hombre de la moto ya no existe y ahora tiene un hombre en bicicleta, que no hace ruido? ¿Ya se fue la bicicleta? Porque si la bicicleta ya salió, a esta hora mi mujer debe estar por llegar y yo necesito oír sus redobles. Tengo que encerrarme en mi cuarto para oírla y no verla. ¿O no sabe usted que solamente percibo sus sonidos? Son unos sonidos muy lindos, sobre el portal, sobre el piso de la cocina, sobre las piedras del jardín, sobre la escalera, en la planta alta y después en el banco del patio. Yo escucho todo. Tengo un oído perfecto. Heredé de mi padre, junto con otras cosas, este

oído maravilloso. ¿Sabe lo que es una síncope?

—No, señor.

—¿Y un contratiempo? Porque son dos cosas muy distintas.

—No sé nada de eso, señor.

—Entonces usted no sabe nada. Vive deslizándose sobre los pisos más silenciosa que una araña, y después no sabe nada. Pero en cambio conoce el ruido de las motos, ¿eh?

Olga lo miraba.

—Escuche —dijo Víctor—. Esto que voy a tocar es para un acompañamiento de síncoas. Levántese el vestido.

Olga trató de bajar.

—Quieta —gritó el coronel—. Levántese ese vestido.

Olga alzó su vestido.

El coronel se acercó y señalando hacia el pubis con uno de los palos del tambor dijo:

—Allí fue herida, ¿no es verdad?

Olga cubrió otra vez sus piernas.

—Escúcheme, mujercita —dijo el coronel—. Esto que voy a tocar es algo maravilloso.

Olga se apoyó contra la pared.

El coronel batió el parche un momento y dijo:

—Qué le parece.

—Es muy lindo —dijo ella.

—Esto se llama Tacotambor. Es la historia de unos tacos por la escalera, narrada por un solo de tambor.

—Es muy linda —dijo Olga.

—¿Y esto? ¿Tampoco sabe cómo se llama esto? Esto se llama Los espejos. Es la historia de un corazón oculto que vuelve a latir. Tampoco ha oído nunca eso. Usted no ha oído nada, salvo el ruido de la moto. Tampoco oyó el Cometapeldaño. Oiga. Es el ruido que hace un cometa desplazándose por unos peldaños imaginarios en medio del aire. Usted no sabe nada. Va de ciudad en ciudad atando hilos para la ropa más silenciosa que una araña. Ahora marche. Vaya de una vez a la cocina y guarde todo otra vez. No necesito comer nada esta noche. Y procure que el ruido de su inmunda moto no interrumpa los sonidos de los tacos de mi mujer sobre los pisos de la casa.

Ahora el coronel miraba el cielo estrellado por la ventana de su cuarto. Hacía mucho que la moto debía haberse marchado, pero los pasos de Margarita no se oían por ninguna parte. Parece que hoy se interrumpió la rutina. Ahora sí que tomaría un gran vaso de agua, pero, si bajo, ella puede llegar en ese momento, el ruido de sus tacos por el piso de la cocina. Tendió el oído como queriendo abarcar todo el ámbito de la casa, pero la casa sólo devolvía un silencio, el silencio del propio oído devuelto como un eco. Había dejado entreabierta la puerta para oír mejor. Desde abajo llegaba solamente, a ratos, el murmullo del motor de la heladera. Se encendía con un ruido levemente metálico, continuaba luego en un murmullo y finalmente se apagaba como si se hundiera en el agua. Pero ahora, en el próximo instante, va a llegar. La puerta de la cocina hace un ruido perceptible, y después es fácil imaginar los tacos, aunque no se oigan. Abre la puerta de la cocina y después camina brevemente hasta la mesa. Allí deja la cartera, abre la heladera y toma agua. Es fácil darse cuenta de que un murmullo casi imperceptible es el ruido del agua cayendo dentro de la copa. Después abre el grifo y sin duda se lava las manos. Todavía tarda un rato para subir, pero es fácil esperar entonces, porque los tacos no tardarán en resonar sobre los peldaños de la escalera. Son hermosos los ruidos de sus tacos. Cuando ella vuelve y la casa estalla en sus murmullos, todavía hay una esperanza de salvación; todavía hay la posibilidad de una droga milagrosa, recientemente descubierta. Muchos incurables tienen ahora la solución al alcance de la mano. Cada día se adelanta un poco más; ahora se hacen verdaderos milagros. Si mi padre hubiera vivido hasta ahora, sin duda alguna le hubieran devuelto el movimiento. Hubiera podido volver a tocar el tambor. Pero después de todo está cómodo en el último estante del armario. No lo hieren los soles de Chepes ni lo vulnera la humedad de los vidrios del tren. Ahora, en este instante, va a abrir la puerta de la cocina. Tres, cuatro, cinco pasos y el ruido de la puerta de la heladera. Después el agua chorreando sobre los vidrios. Nadie me ha visto llorar por mi padre. Quisiera parecerme enteramente a él. Espero que con la vejez

mis rasgos sean exactamente como los suyos. Ahora nadie podrá decir que no lo quise. Nadie podrá decir eso mirando mis ojos llenos de serpientes y mis manos llenas de nudos leñosos, mis codos alzados, listos para caer en el momento exacto marcando el ritmo preciso. Pero ahora detengo todos los ritmos y tiendo el oído. No se abre ninguna puerta, todo es más silencioso que el desierto de Chepes. No hay árboles ni pájaros, el tren parece ir en el aire, sin tocar ninguna tierra. Va como un cometa en medio del espacio. Nada por aquí y nada por allá. Dentro de setenta y seis años avistaremos el horizonte de la vieja tierra. Mientras tanto transcurre el desierto interminable. Tengo una sed espantosa. Y no hay nada de agua en medio de este desierto. No hay una galería de cañas para beberse el agua de los cántaros. Y si bajo a la cocina, ella puede entrar de golpe y tendremos que mirarnos. Sus ojos serán dos serpientes inmensas saliendo hacia los míos. Ella no podrá llevar los dedos a los ojos para evitar que estallen, porque estallarán en el momento en que yo los mire, como si cien mil estudiantes acabaran de ser asesinados y hubiera que esperar la agonía de cada uno, noche tras noche, cada noche en uno de los peldaños de una escalera que no termina nunca. Estás en un peldaño, esperando desde hace mucho para subir al otro, pero no podrás hacerlo hasta que no muera uno de los estudiantes, y ése no muere nunca, y todavía hay que seguir esperando, sabiendo que miles de peldaños te esperan más arriba. Los sonidos no llegan, las puertas no se abren y la noche permanece allí, afuera, llena de estrellas incomprensibles que te han estado acosando todo el día, pero que sólo ves ahora, porque la ausencia de luz te lo permite, y no es que no hayan estado en esos momentos: allá están esperándote permanentemente como los peldaños de una escalera. Y a veces quisieras darte un momento de tregua en la espera de sus murmullos, decirte ahora no voy a esperar nada, voy a descansar hasta que vea una coyuntura propicia, y entonces esperaré, pero ocurre que no tienes sosiego, el corazón te empuja, sigue latiendo aunque no oigas su murmullo, y no te va a dar paz hasta el final, hasta que encuentres

por tus propios medios la solución, hasta que escuches los sonidos que esperas, aunque tengas que inventarlos.

En el reloj eran las dos de la mañana. La casa y la ciudad y el silencio permanecían, pero los rumores de su mujer no habían comenzado su breve trayecto. Miró la hora y se metió debajo de las frazadas. El teléfono seguía reflejando la luz de los letreros que venían de la esquina próxima. No vino esta noche, se dijo. Tampoco habló Joaquín, porque sin duda está detrás de ella y de Mario; por fin se dieron las cosas; ahora podrás dormir tranquilo porque finalmente ella se entregó a su propia destrucción; te has salvado por fin; estabas en lo cierto cuando pensabas todo eso durante toda tu vida. Ahora tienes que reconstituir tus fuerzas. La ciudad lejana te espera con sus fachadas nuevas. Podrás abrir la ventana y sentir un aire nuevo en la cara, un aire de mar refrescante, y esperar que una vida nueva te lleve por su cauce indudable. Te apoyará en la ventana de un cuarto limpio y bien ventilado, verás el cielo límpido y transparente, vacío y virgen como un aire matinal. Por donde mires estará ese espacio inmensamente azul y prolijamente limpio. Llegará la noche serenísima y él no perderá su limpidez, su azul inextinguible. Tendrás tiempo todavía para dar una vuelta por tu nuevo cuarto y preparar tus ojos para los nuevos objetos que saldrán a tu encuentro. Ojos nuevos para ver un mundo nuevo. Entonces podrás, en el momento que lo desees, alzar los ojos hacia ese azul no violado y ver la cabellera del cometa desplazándose despacio, con la velocidad que quieren darle tus ojos.

Cerró los ojos como para dormir y oyó el estrépito de la moto que se iba. Algo había variado, algo se había deslizado fuera de sus cálculos. Se vistió apresuradamente. Desde la puerta de su dormitorio oyó los casi inaudibles pasos de Olga por la arena del jardín. Bajó la escalera y la esperó en la cocina. Olga entró y la miró temerosa.

—¿Qué hora es? —dijo el coronel.

—Un poco más de las dos, señor —dijo Olga.

—No volvió todavía —dijo el coronel con un tono que fluctuaba entre la afirmación y la pregunta.

Olga echó llave a la puerta de la cocina, boztezó y dijo

señalando más allá del comedor una puerta que recibía los reflejos de la luz de la cocina:

—La señora no ha salido hoy. Ayer se mudó al dormitorio bajo.

El coronel comenzó a subir la escalera por el centro de la alfombra.



X

Subía y recordaba unas palabras de su padre. Eran tan vívidas que parecían sonidos. “Usted no puede adaptar el mundo a sus pensamientos. En todo caso podrá adaptarlos a él. Las uvas madurarán sin que usted desee su crecimiento. Los astros seguirán su curso ajenos a su voluntad. La última vez usted habló mucho del mal. Me parece que en el fondo usted lo desea, quizás porque se siente demasiado fuerte y necesita un enemigo proporcionado a sus fuerzas. Yo he vivido mucho y nunca he visto eso que usted llama el mal. Amando a la gente me sentí siempre protegido y nunca tuve miedo a nada. Hay que saber aferrarse a la realidad.” Eso último era importante. Desde ahora trataría de aferrarse a la realidad. Podía buscar la carta donde su padre decía eso, pero no sabía en qué época había sido escrita y buscarla parecía una tarea agobiadora. Para encontrarla tendría que leer otras y enterarse de cosas que prefería ignorar. Enterándote de tantas cosas acabas viendo que todo es demasiado complicado y que en realidad acaba de iniciarse la complicación. A partir de allí hay un mundo tan caótico como el de las multitudes en la calle. Entró en su cuarto y se acostó. Cerró los ojos. A través de los párpados casi transparentes los letreros de la esquina mantenían su ritmo de luz y de sombra. Estuvo un rato percibiendo su monotonía. Después los abrió y vio por la

ventana los globos de las uvas de la parra del jardín de atrás. También allí los lettereros jugaban con sus latidos de luz. Quería aferrarse a la realidad, pero sentía que ésta lo abandonaba.

Cuando fuimos a Buenos Aires creí que no me seguiría más. Estábamos a más de mil kilómetros de distancia. Pero se fue él también, a vivir en cuartos inmundos, a pasar necesidades y a torturarme. La pieza que tenía en Lanús era un infierno. Cuando entramos con el soldado vimos la cama cromada sobre el piso de tierra. El cromo de las patas había desaparecido, comido por la herrumbre. Había platos con restos de comida, papeles y trapos sucios por todas partes, y el retrato de mamá colgado en la pared junto a las cucarachas, lleno de polvo y desfigurado por la inmundicia.

Se dijo que entonces, cuando él violaba los cuartos de su padre para obligarlo a vivir una vida más digna, se aferraba a la realidad.

La realidad lo había abandonado ahora, pero en una pantalla, hacia el final de un largo corredor, estaba el cuarto de su mujer. Víctor, en puntas de pie, recorre una distancia imprecisa y va hacia la puerta del dormitorio de Margarita. Es mejor sorprenderla dormida, tomarla súbitamente y decirle que no tema, que todo va a ser rápido. La solicitud de clemencia ha sido denegada. Todas las instancias fueron agotadas, eso es sabido, pero allí están los servicios sacerdotales. Mejor derivar el asunto hacia una cuestión espiritual. La ejecución es muy simple. Se hará rápidamente. Se trata simplemente de acostarse con Mario. Por desgracia los informes de Joaquín, el defensor, fueron desfavorables. De modo que tendrás que acostarte en esa cama, con Mario. No será difícil. Ya se sabe que detrás de esa puerta, en tu celda, estás con él, sentada en el banco del fondo. El trayecto hasta la cama es brevísimo. Después todo pasará muy rápido. El coronel caminaba despacio, con los zapatos en la mano para no hacer ruido. Cualquier ruido lo delataría, porque además ella estaba con el oído pegado a la puerta, procurando oír sus pasos, con los ojos muy abiertos, como si con ellos pudiera defenderse. Lamento profundamente esta situación, pero por desgracia soy el ejecutor y tú la víctima. No me culpes ni

me odies, porque lo que mata es el material. Es una fea costumbre esa de estar aguardando al destino con el oído pegado a la puerta tratando de saber lo que pasa. Dejándote sorprender, en cambio, la consumación será más rápida porque no habrá resistencia. Deja que el material actúe. Él, sin sabiduría y sin falsos sentimientos llevará a cabo su tarea.

Tomó el picaporte de la puerta, como dudando todavía. Tenía un poco de miedo: allá adentro habitaba el silencio de su mujer, ese silencio que lo había aterrorizado y que él había tratado de no percibir atisbando los sonidos de ella por la casa, el repique de sus tacos por la escalera. Pero había llegado el momento de actuar. Cerró más los ojos, como para protegerse del posible silencio, y abrió la puerta con todas sus fuerzas. Pero la puerta no se resistió, se abrió blandamente permitiéndole utilizar su ímpetu. Estaba adentro, en el patio de la pensión de la calle Pringles. Las madreselvas chorreaban desde lo alto de la tapia y tocaban el banco con sus puntas. Los métodos de piano, en un extremo del banco, dejaban escapar por páginas entreabiertas claves y ligaduras, signos para el uso del pedal y, dentro de un esquema de adagio, figuras con la digitación cuidadosamente indicada. Ella estaba al lado de los libros, mirando distraídamente hacia adelante, con el mentón apoyado en una mano y las rodillas totalmente cubiertas por la falda. Cuando vio a Víctor se levantó y corrió hacia él, sonriendo. Él movió rápidamente los ojos hacia varios puntos tratando de encontrar a Mario. Si no está acá tampoco está en otra parte, pensó.

—No te esperaba hoy; es una suerte que hayas venido —dijo Margarita.

—Sí, me adelanté un día —respondió.

Margarita había soltado su cabello.

—Vas a tener que perdonarme muchas cosas —dijo él.

—¿Por qué perdonar? ¿Perdonar qué? —dijo Margarita—.

Nunca me has hecho nada y además nos amamos.

Salieron. Estaban en el centro de la ciudad.

—Me siento muy bien. Me siento feliz —dijo el coronel casi avergonzado, mirando hacia un alegre tumulto de gente por las calles frescas y reconocibles.

—¿De veras? ¿Entonces no estás enojado ni triste, mi amor? También te quiero cuando estás triste o enojado, pero prefiero quererte cuando estás contento como yo.

Él estaba oyendo sus palabras pero como adivinaba o sentía de antemano su significado, se deleitaba escuchando los tacos de Margarita sobre la vereda. En cada repique de sus zapatos su cabello se movía rítmicamente. Los pasos que daban los alejaban cada vez más de Mario, del estudiante muerto y de su padre.

—Me gustaría —dijo el coronel— que entráramos en aquel barcito donde siempre hay poca gente y donde podremos estar solos. Quiero mirarte mucho.

La abrazó y sintió su ondeante estremecimiento.

Entraron. En el bar había una sola persona, leyendo un libro. Víctor se estremeció.

—Volvamos —dijo.

La persona aquella era el estudiante muerto. Sin duda había habido un gran error cuya complejidad no estaba dispuesto a tolerar ahora.

—Es Fernando; mi amigo —dijo ella.

Fernando los vio, se levantó y los saludó con una sonrisa todavía infantil.

—¿Por qué no se sientan conmigo? Será un honor para mí —dijo—. ¿Cómo te va, Margarita? —y le tendió la mano al coronel.

El coronel le dio la mano tímidamente pensando a la vez que teniendo su mano podía protegerse de cualquier movimiento falso que pudiera hacer el estudiante para atacarlo en el caso de que estuviera fingiendo y quisiera vengarse. Y pensaba también que si el estudiante no tenía propósitos agresivos, él, de cualquier manera, tendría que defenderse, porque sin duda hablarían de lo ocurrido. “Lo que mata es el material, no yo”, cruzó por su mente. Espero no haber caído en una trampa.

Fernando había puesto todos sus libros sobre una mesa próxima y los miraba a ellos como avergonzado.

—¿Qué van a tomar? —preguntó con una voz que Víctor sintió franca.

—Simplemente café, estamos de paso —dijo Víctor mirando los títulos de los libros. Posiblemente fueran libros subversivos.

Sintió que se encontraba otra vez ante una situación incomprensible.

—Mire Fernández —dijo el coronel.

El muchacho y Margarita sonrieron.

—Fernando —dijo el estudiante—. Me llamo fernando.

—Perdón, Fernando —dijo Víctor—. Yo creo que es muy lindo que estemos los tres acá, conversando, pero creo también que es necesario aclarar ciertas cosas.

Margarita y Fernando miraron con una expresión idéntica de incredulidad. En ese momento se parecían como si fuesen hermanos.

—Bueno —prosiguió Víctor—. En cierto momento estuvimos enfrentados. Yo soy responsable de algunas cosas que a usted le pasaron.

—¿Quién se acuerda de eso? —dijo Fernando—. Por favor, olvídelo.

Víctor quiso hablar, pero Margarita le cubrió suavemente la boca con la mano.

—¿Prometemos no hablar de eso? ¿Sí? —dijo ella.

—¿Prometemos olvidarlo? ¿Sí? —dijo Fernando.

Víctor sonrió y bebió su café. La juventud era generosa. Los libros, sin duda subversivos, sobre la mesa, eran también un signo de generosidad. Se sintió protector de todo eso.

—¿Cómo van los estudios? —dijo paternalmente.

—Me recibirá este año.

—¿Nunca te conté que se recibía este año? —dijo Margarita.

—Lo había olvidado —respondió.

Él y Margarita se pararon para salir.

—Bueno, le deseo mucha suerte, Fernando —dijo el coronel tendiéndole una mano efusiva—. Espero poder volver a verlo.

—En cuanto me reciba vuelvo a mi provincia. Me instalaré allá —dijo Fernando.

Margarita acarició la cabeza de Fernando

—Después te hablo por teléfono —dijo Margarita.
Víctor sintió que todo estaba bien; que él también hubiera hecho todo eso.

—O este muchacho es muy bueno, o muy tonto —dijo Víctor cuando estuvieron en la calle.

—Ni lo uno ni lo otro —dijo ella.

—No comprendo —dijo él.

—No importa. Después te explico todo —dijo ella y se apretó contra él.

—Es extraño —dijo Víctor; ahora no escucho el ruido de tus zapatos.

—Es que tengo zapatos con suela de goma, sin tacos. ¿No me ves más bajita?

—Creí que tenías los zapatos —dijo Víctor.

Ella habló en voz baja, como si se tratara de un secreto:

—Me los pondré cuando lleguemos a casa. Llévame a casa por favor. Quiero que estemos solos. Hace mucho que no estamos solos.

Él pensó en el trayecto por recorrer, pero advirtió que estaban en el jardín de la casa. Olga salía a recibirlos.

—Tienen una visita —dijo.

Víctor hizo una mueca de disgusto.

—Dígale que no regresaremos hasta muy tarde. Entraremos por atrás —dijo él.

—Es su padre —dijo Olga.

El coronel quiso escapar por los fondos mientras hacía señas a Olga para que le dijera que no regresaría, pero Margarita lo tomó por los hombros y le dijo: —¿Por qué huir? No tiene sentido. Después podremos estar solos. Él también te quiere mucho. Voy a ponerme los zapatos.

—Está bien —dijo él y abrió la puerta de la sala.

El padre estaba parado con las manos tomadas atrás mirando atentamente un cuadro sobre la pared. Cuando Víctor entró, su padre giró rápidamente, como sorprendido, y se acercó a él tendiéndole una mano. Su padre era un oficial del ejército.

—Cómo está, señor —dijo Víctor tendiendo una mano fraterna.

—Muy bien, hijo —dijo el oficial—. Vine a pasar este día

con ustedes, de acuerdo a lo convenido hace muchos años. Víctor se avergonzó de no recordar la invitación y, mucho menos, la condición militar de su padre.

—Lo había olvidado. Nunca me perdonaré esta distracción.

—No le dé importancia, señor coronel —dijo su padre abandonando por fin una expresión adusta y sonriendo con la misma franqueza con que lo había hecho Fernando.

Se sentaron. Víctor lo miró detenidamente. El uniforme parecía cortado en la mejor sastrería militar del país. Los bigotes de su padre tenían resplandores rojizos. El cabello era casi rubio. Llevó los ojos hacia las manos. Estaban cubiertas por los guantes, pero a través de ellos podía atisbar nudos suaves que le recordaban una infancia muy dulce. Hacía mucho que no veía a su padre. Realmente los años no pasaban para él. Estaba rejuvenecido.

Olga sirvió whisky.

—Excelente idea —dijo su padre.

—¿Dos hielos, señor coronel?

—Sí, por favor —dijo Víctor.

El padre bebió y dijo:

—¿De modo que había olvidado la cita que teníamos para hoy?

—La había olvidado completamente —dijo Víctor sintiendo que volvía a avergonzarse y que también tenía un poco de miedo.

El padre se levantó y tomándolo lo llevó hasta la ventana. Le pasó una mano por los hombros y señalando hacia arriba con la otra dijo:

—Esta noche el cometa estará en ese lugar. Podremos verlo juntos.

—Es verdad. Lo había olvidado —dijo Víctor.

Abrió los ojos y sintió la respiración de la luz: en el teléfono, en el sillón, en la botella vacía, en el suelo. El silencio de la casa se extendía por toda la ciudad. Miró por la ventana el cielo esplendente. Un cuerpo se incendió en la atmósfera y desapareció. La luz de los letreros latía también en las uvas casi maduras. Se puso boca abajo y trató de dormir. El

silencio no lo molestaba ahora. Al contrario, lo necesitaba. Sintió que el sueño que había tenido era reciente. La luz y las uvas eran quizás parte del sueño. Cerró los ojos. Parecía que quería pensar o desear algo, pero poco a poco caía como en un vuelo hacia abajo. “Me dijo que en casa se pondría los zapatos”, alcanzó a armar en su mente, pero no pudo ir más allá. Algo, más lejos, había quedado, inferrable, al final del pensamiento: el repique de los zapatos de Margarita subiendo por la escalera.

La Rioja, 1966.

daniel moyano



vida y obra



RELACIÓN BIOGRÁFICA

- 1930: Nace el 6 de octubre en Buenos Aires.
- 1934: Se traslada a Córdoba con su madre y su hermana.
- 1936-1946: Muere su madre, y el joven Moyano inicia una etapa de vida itinerante en los hogares de diferentes tíos para, más tarde, recalar en la casa de sus abuelos maternos en pueblos de la sierra cordobesa. Su padre le enseñará el oficio de plomero.
- 1947-1959: Se traslada a la ciudad de Córdoba para trabajar y estudiar. Sólo pudo hacer lo primero, aunque ésta es una etapa clave en su formación como músico y en su vocación literaria.
- 1960: Moyano se radica en la ciudad de La Rioja con su mujer, Irma Capellino. Allí ejercerá el periodismo, será profesor en el Conservatorio Provincial de Música y violista del Cuarteto de Cuerdas y Orquesta de Cámara de dicha institución. Pertenecerá al grupo cultural "Calibar" junto con Ariel Ferraro, Héctor Gatica y Ángel María Vargas entre otros. Se edita su primer libro de relatos, *Artistas de variedades*, por el que se le otorga el Premio de la Editorial Assandri.
- 1966: Obtiene el segundo Premio del concurso "Ricardo Rojas" por el relato *La lombriz*.
- 1967: Publica su primera novela *Una luz muy lejana* y obtiene el Premio "Instituto General Electric" de Montevideo por el relato *El escudo*.
- 1968: Su novela *Una luz muy lejana* obtiene el Premio del Fondo Nacional de las Artes. A la par, *El oscuro* gana el Premio Internacional de Novela "Primera Plana-Sudamericana", cuyo jurado integraron Leopoldo Marechal, Augusto Roa Bastos y Gabriel García Márquez.
- 1969-1975: Durante estos años, Moyano elabora y publica tres libros de relatos y una novela: *El trino del diablo*. Es corresponsal del diario *Clarín*. En el año 1970 recibe la beca de la Fundación Guggenheim de Nueva York.
- 1976: En los primeros días del golpe militar, Moyano es encarcelado. No hay acusaciones ni explicación alguna. Al ser liberado decide abandonar su país y embarca rumbo a España con su mujer y sus hijos.

- 1977-1984: Estos años representan los duros comienzos del exilio. Moyano se ve obligado a desarrollar todo tipo de labores ajenas a su tarea de escritor; entre otras, trabajó como obrero en una fábrica de maquetas durante siete años. Aparecerán *El vuelo del tigre* y *Libro de navíos y borrascas*.
- 1985: Se le otorga el Premio "Juan Rulfo" en París por el cuento *Relato del halcón verde y la flauta maravillosa*. Integraron el jurado Augusto Monterroso, Claude Fell, Severo Sarduy, Augusto Roa Bastos, José Manuel Caballero Bonald, Jorge E. Adoum, Miguel Otero Silva y Julio Ramón Ribeyro.
- 1987: En la universidad de Cádiz imparte un curso sobre literatura argentina y dirige un taller de creación literaria. En Mostolés (Madrid) dirigirá otro taller de creación.
- 1988: Participa en el Encuentro de Escritores *Narrativa 80*, celebrado en Oviedo. En esta misma ciudad imparte, junto con Carlos Mamonde, el curso "Literatura y política argentina". Reescribe *El trino del diablo*, que será editado junto con cinco relatos (entre los que se encuentran *Tía Lila* y *El halcón verde y la flauta maravillosa*) bajo el título *El trino del diablo y otras modulaciones*.
- 1989: Publica *Tres golpes de timbal*. Entre los meses de marzo a junio, dirige un taller de creación literaria en la ciudad de Oviedo. Comienza su labor como crítico literario para el suplemento de cultura "La Esfera" del diario madrileño *El Mundo*, tarea que desempeñará hasta 1992.
- 1990: Recibe el premio "Boris Vian" en Buenos Aires por *Tres golpes de timbal*. Imparte clases de divulgación literaria en institutos de bachillerato de Madrid, Oviedo, Móstoles y Cádiz. Participa en los *I Encuentros Hispanoamericanos* organizados por la Fundación Municipal de Cultura de Oviedo y en los *I Encuentros de Escritores Iberoamericanos* en Euskadi. Este año el Ministerio de Educación de Francia eligió su novela *Libro de navíos y borrascas* para los cursos de Agregation, y, por este motivo, pronunció conferencias en las universidades de Limoges, Toulouse, Bordeaux, Tours, París-Sorbonne, París-Nanterre, Rouen, Grenoble, Dijon, Lille, Pau, Montpellier y Aix-en-Provence. Participa en el Encuentro Latinoamericano de Escritores organizado en Buenos Aires por la Secretaría de Cultura.
- 1991: Imparte un curso de tres meses para alumnos de bachillerato dentro del programa europeo "Entrar en la leyenda" organi-

zado conjuntamente por los Ayuntamientos de Madrid y de París y el Ministerio de Cultura español. Participa en los *II Encuentros Hispanoamericanos* de la Fundación Municipal de Cultura de Oviedo.

1992: El 1º de julio muere Daniel Moyano en Madrid. Aunque su muerte fue sorpresiva y cruel, nuestro autor dejó escritas una novela corta, *El sudaca en la corte*, una colección de relatos musicales y una novela, *Dónde estás con tus ojos celestes*.



OBRAS EDITADAS

- Artistas de variedades (cuentos), Editorial Assandri, Córdoba, 1960.
El rescate (cuentos), Burnichón Editor, Buenos Aires, 1963.
La lombriz (cuentos), Nueve 64 Editora, Buenos Aires, 1964.
Una luz muy lejana (novela), Sudamericana, Buenos Aires, 1966; 2ª edición, Alción Editora, Córdoba, 1985.
El fuego interrumpido (cuentos), Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1967.
El monstruo y otros cuentos (cuentos), Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1967; 2ª edición 1972.
El oscuro (novela), Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1968.
Mi música es para esta gente Monte Ávila Editores, Caracas, 1970.
El estuche del cocodrilo (cuentos), Ediciones del Sol, Buenos Aires, 1974.
La espera y otros cuentos (cuentos), Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1982; 2ª edición 1992.
El trino del diablo (novela), Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1974; 2ª edición Casa de las Américas, La Habana, 1987.
El vuelo del tigre (novela), Editorial Legasa, Madrid, 1981; 2ª edición Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1984.
Libro de navíos y borrascas (novela), Editorial Legasa, Buenos Aires, 1983; 2ª edición Editorial Noega, Gijón, 1984.
El trino del diablo y otras modulaciones (novela y cuentos), Ediciones B, Barcelona, 1988; 2ª edición Editorial Z, Buenos Aires, 1989.
Tres golpes de timbal (novela), Editorial Alfaguara, Madrid, 1989; 2ª edición Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1990.



ANTOLOGÍAS

- Once cuentistas argentinos, Editorial Nueve 64, Buenos Aires, 1964.
Memorias de pequeños hombres, Ediciones Trilce, Córdoba, 1964.
Anuario del cuento rioplatense , Instituto General Electric,
Montevideo, 1967.
Antología consultada del cuento argentino , Fabril Editora,
Buenos Aires, 1971.
Narradores argentinos de hoy , Editorial Kapelusz, Buenos
Aires, 1971 (reeditado en 1979).
Los doce mejores cuentos argentinos de hoy , Editorial Rayuela,
Buenos Aires, 1972.
El cuento argentino contemporáneo , Centro Editor de América
Latina, Buenos Aires, 1973.
Cuentos de provincia , Editorial Orión, Buenos Aires, 1974.
Diez narradores argentinos , Editorial Bruguera, Barcelona,
1977.
Antología de la narrativa hispanoamericana 1940-1970 , Edi-
torial Gredos, Madrid, 1979.
Literaturas ibéricas y latinoamericanas contemporáneas , Edi-
torial Ophrys, París, 1982.
Cuentistas hispanoamericanos en la Sorbona , Editorial
Université de París-Sorbonne, París, 1982; 2ª edición Edicio-
nes Mascarón, Barcelona, 1983.
Cuentos regionales argentinos: La Rioja, Mendoza, San Juan,
San Luis , Editorial Colihue, Buenos Aires, 1983.
El cuento argentino 1955-1970 , Editorial Universitaria de Bue-
nos Aires, Buenos Aires, 1986.
Cuentos para pluma y orquesta, Editorial Trilce, Montevideo, 1989.



TRADUCCIONES

Al francés:

- Une lumière très lointaine , Editions Gallimard, Paris, 1969.
Le trille du diable , Editions Robert Laffont, Paris, 1983.

Le livre des navires et bourrasques , Editions Robert Laffont, Paris, 1987.

Al inglés:

The devil's trill , Editorial Serpent's Tail, Londres, 1989.

Al polaco:

Po drugiej stronie morza , Editorial Wydawnictwo Literackie, Kraków, 1986.

Al italiano:

Il trillo del diavolo , Gionti, Gruppo Editoriale, Florencia, 1993.



TRADUCCIONES (ANTOLOGÍAS)

Third world antology, Editorial Random House, New York, 1971.

Giant talks, Editorial Random House , New York, 1971.

Doors and mirrors , Grossman Publisher, New York, 1973.

Narrativa argentina (ruso), Moscú, 1981.

Antología del cuento argentino (ruso), Moscú, 1981.

Anthologie de la nouvelle hispano-américaine , Editorial Belfond, Paris, 1982.

Short story international 14 , International Cultural Exchange, New York, 1983.

Ein neuer name, ein fremdes gesicht , Luchterhand Verlag, 1987.

Kazdeago lata nowe opowiadania argentyńskie , Wydawnictwo Literackie, Kraków, 1988.

Contemporary latin american short stories , Faber and Faber, London-Boston, 1989.

Antología de narradores latinoamericanos (ruso), Moscú, 1990.

Tía Lila , Deutscher Taschenbuck Verlag, Ebenhausen, 1993.



APROXIMACIONES CRÍTICAS

De Augusto Roa Bastos:

Moyano procede por excavación y no por acumulación, por la creación de atmósferas de un cierto clima mental y espiritual, más que por el abigarrado tratamiento de la anécdota. Éste es también el mejor indicio de su realismo, que trabaja en profundidad. No busca reproducir las cosas, sino representarlas; no trata de duplicar lo visible, sino, principalmente, de ayudar a ver en la opacidad y ambigüedad del mundo: no sólo en la realidad física, sino también en la realidad metafísica; eso que, siendo reflejo de lo real, sólo un ojo límpido, educado en la visión interior, puede percibir.

De José Bianco (sobre *El oscuro*):

Daniel Moyano no propaga doctrinas, no teoriza, no argumenta; narra, sencillamente. Hacia su héroe no lo mueve un sentimiento de hostilidad. Junto con el padre, el único personaje del libro que no deja de quererlo, el propio novelista lo considera un ser humano, percibe las causas de desviación, lo compadece.

De Adolfo Prieto (sobre *El vuelo del tigre*):

Es en la resistencia del viejo Aballay en donde se encuentra el núcleo informador del relato, y resistir consiste en crear una cultura de la resistencia, en inventar una estrategia de rescate, en salvar de alguna manera, en algún estrato, en algún repliegue, las señas de la memoria colectiva y de la lengua.

De Eduardo Gudiño Kieffer (sobre *Tres golpes de timbal*):

Y pensamos que América latina no es sólo ese "tropicalismo" que encanta a editores y lectores del hemisferio norte: es también un ascetismo riquísimo en posibilidades oníricas y reales. *Tres golpes de timbal* es un libro que da valor a la palabra sin disecarla, al contrario: haciéndola vivir. ¿Cómo? Devolviéndole su función primitiva: dar no sólo vida, sino también supervivencia.

De Sara Bonnardel (en *Libro de navíos y borrascas*):

...el faro de Moyano se erige frente a la muerte para salvar la memoria y la esperanza (...) De la escritura puede nacer ese faro que no se apaga nunca.

De Leopoldo Castilla:

Yo no sé si sabrá España lo que su lengua ha perdido. Yo sí lo sé. Pocos volaron tan alto en ella. Sin paracaídas, como Daniel Moyano. Pocos también tan claros. Como un hombre con un violín en la mano.



SU MUNDO NARRATIVO

De Una luz muy lejana:

Pero, en el momento en que él llegó y percibió todo, había algunas personas, entre tantos miles de ellas, que se apoderaron de él; condicionaron sus días y sus noches, destruyeron su pasado (si es que lo había tenido) y le crearon un futuro donde no tenían cabida sus presentimientos. De esta manera, surgieron algunas posibilidades, pero se perdieron otras que hubieran podido tener en la medida de su anhelo. Porque habría bastado no trabajar en el bar donde conoció a Eusebio para que todo hubiese variado.

De El oscuro:

Todo llega en su tiempo justo. La postración obligada me ha llevado casi a las puertas de la sabiduría (calcule, lo que la sabiduría puede significar para mí). Ya no tengo impaciencias, y si antes hubiera podido pensar así jamás lo habría seguido por tantas calles y ciudades. Es bueno ver desarrollarse el día, sentir el movimiento de la tierra como algo que sucede íntimamente. Las estaciones, antes temidas, son ahora la misma existencia de uno que finge hermosas mutaciones. Los recuerdos mismos son una forma de permanencia, vida detenida, no sepultada, que está siempre al alcance de la mano, que es siempre una nueva posibilidad de vivir.

De Tía Lila:

Es molestísimo rezar cuando se suda a mares. Sudando es imposible concentrarse en el retrato del tío Jacinto, alumbrado con velas. Rezamos mirando de vez en cuando a Tía Lila, que llora en enaguas lavando su vestido en una palangana. Nunca sabremos si llora por su vestido o por el tío Jacinto. Titilo reza mirando el retrato, pero los ojos le relumbran de alegría. Yo rezo tratando de disimular la bronca que tengo todavía. Un poquito más y lo atajaba, le agarraba una pata, qué sé yo, lo echaba al córner. Si estiraba un poco más, ganábamos uno a cero. El tío Emilio, que reza con nosotros como si contara melones o cabritos. La tía Lila, que al siguiente verano habíamos olvidado como al tío Jacinto porque después no volvimos a las sierras. La tía Lila, creyendo en tantas cosas buenas. La tía Lila que dicen que nunca pudo sacar del todo las manchas de sangre que hicimos en su vestido blanco. La tía Lila, sin saber que nosotros seguiríamos matando sapos.

De El vuelo del tigre:

Lo importante con los pájaros, además de mirarlos, es dejarse mirar. Cuando usted ha conseguido estarse quieto, ellos vienen solos. Y no es por las semillas que uno les pueda dar; eso viene después, como un acto de amistad. Ellos se acercan porque usted mismo se ha convertido en puerta, que además de entrar sirve para salir. Por eso, ahora que tenemos que hacer de nuevo a Hualacato, debemos hacer de cuenta que estamos atrapando leones. Tenemos que hacer un cerco, de modo que el tiempo no se quede ahí encerrado, porque el tiempo es muy largo y contiene todas las migraciones. El tiempo tiene que poder ir y volver como los pájaros. Hay que hacer una puertita que no parezca puerta, por ahí entrará y saldrá el tiempo y las cosas que se ocultan. Y, en una de esas, capaz que atrapemos a esos dioses del monte que nos quedan, que se esconden miedosos todavía, que andan por ahí demorándose en el barro o en la nieve.

De Libro de navíos y borrascas:

¿Se han preguntado alguna vez qué mira la mujer del Quitasol? Porque ella está mirando algo ¿verdad? Ella mira el resultado de la actitud y del clima general del cuadro. Como Goya no podía pintar lo que todavía no podemos ver, entonces pintó el modo de mirarlo. Pintó una manera de mirar el mundo que se nos escapa.

Hasta que no aprendamos a mirar, no dejaremos de matarnos. En mi hijo, si lo mataron, como parece, intentaron destruir, sin saber qué es, lo que está mirando esa mujer.

De Tres golpes de timbal:

Con la pluma gruesa que uso para los títulos, escribí con jugo de limón la palabra desaparecida. La arrimé al calor del fuego. Los bordes del papel empezaban a tostarse, sin que apareciesen los tramos invisibles, como si yo tuviese voluntad de revivir. Lumbreras, Lumbreras, la llamé, ayudando al fuego, como a los cóndores cuando vuelan. Y no sé si por el calor o por mi voz, los trazos fueron apareciendo. Primero en las partes rectas de las letras, luego en las difíciles curvas recargadas de jugo. Sólo cuando la sentí viva, la retiré del calor. Temblaba, ella, en mis manos. Lumbreras, dije cuidadosamente de modo que sonaran bien todas las letras. Y para que empezaran a respirar como los recién nacidos, la escribí, por primera vez con tinta, en la cabecera de esta hoja. Entonces fue posible ver el pueblo que nombraba...



BIBLIOGRAFÍA

- BARUFALDI, R., BOLDORI, R., CASTELLANI, E.: *Moyano, Di Benedetto, Cortázar*, Editorial Colmegna, Santa Fe, 1969.
VV. AA.: *Novela y exilio. En torno a Mario Benedetti, José Donoso y Daniel Moyano*, coordinador Olver Gilberto de León, Editorial Signos, Montevideo, 1989.

INDICE

I	/	9
II	/	35
III	/	49
IV	/	61
V	/	81
VI	/	93
VII	/	119
VIII	/	137
IX	/	143
X	/	163

<i>Daniel Moyamo, Vida y obra</i>	/	171
Relación biográfica	/	173
Obras editadas	/	175
Antologías	/	176
Traducciones	/	176
Traducciones (antologías)	/	177
Aproximaciones críticas	/	178
Su mundo narrativo	/	179
Bibliografía	/	181

Se terminó de imprimir
en A.B.R.N. Producciones
Gráficas, Wenceslao
Villafañe 468, Buenos Aires,
en el mes de junio de 1994.

